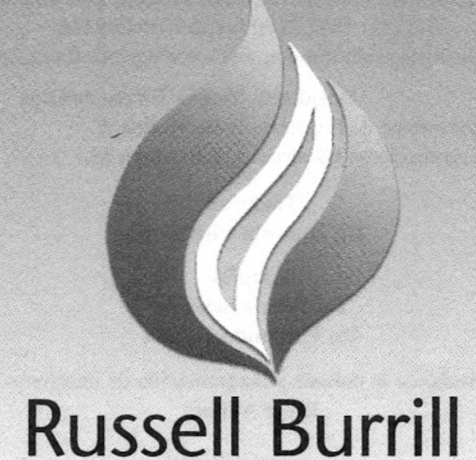
# Revolución en la iglesia

*Secretos para liberar el poder del laicado*

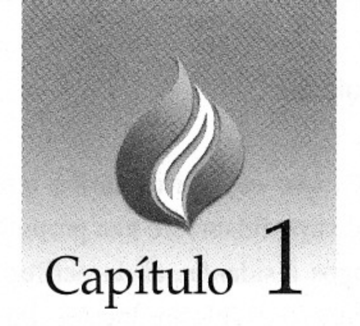


Russell Burrill






# Contenido



Capítulo 1

# Encender el fuego

¡EL FUEGO DEL REAVIVAMIENTO! ¡Cuánto anhela la iglesia que el Espíritu Santo la vivifique para alcanzar los objetivos finales de su misión! El adventismo nació como un movimiento dinámico comprometido con su misión. En la mente y el corazón de los pioneros imperaba la pasión por compartir el mensaje. Trabajaron hasta el cansancio. Sacrificaron salud y posesiones en su intento de predicar al mundo las nuevas de salvación en Cristo Jesús y el Mensaje del Tercer Ángel. ¡La misión los impelía! ¡La misión los motivaba! ¡La misión ardía en ellos!

Aproximadamente ciento cincuenta años más tarde, la Iglesia Adventista se enfrenta al tercer milenio de la Era Cristiana. ¿Qué ha pasado con la misión de la iglesia? ¿Dónde está el fuego del reavivamiento que ardía en la iglesia del primer siglo y en los pioneros del adventismo? ¿Todavía arde ese fuego? Si uno observa el adventismo en el ámbito mundial, la respuesta es un inequívoco "sí". El adventismo está vivo y saludable, creciendo a un paso sorprendente en el Tercer Mundo. Sin embargo, en Norteamérica, Europa Occidental y Australia, encontramos una situación diferente. Mientras el adventismo arde con una inmensa llama en el Tercer Mundo, apenas flamea en sus países de origen.

A veces nos parece que en Norteamérica retrocedemos en vez de avanzar. Dificultades de tipo financiero han propiciado recortes en el personal ministerial. Grupos disidentes en la periferia del adventismo han causado estragos en numerosas iglesias locales. La indiferencia ha embotado las mentes de muchos de sus miembros. El "adventismo cultural" les permite disfrutar del estilo de vida adventista, y asociarse con sus amigos adventistas, sin que manifiesten poca o ninguna preocupación por la misión de la iglesia.

Sin embargo, debajo de este aparente manto de pesimismo todavía arde en el espíritu adventista un inmenso deseo de ver la obra de Dios terminada. La dinámica explosión del evangelismo en la antigua Unión Soviética ha cautivado la imaginación adventista. Quizá incluso en Norteamérica podrían verse resultados similares.

Pero una cosa es tener el deseo, y otra muy diferente es la acción. Algunos piensan que lo único que podemos hacer es orar por el derramamiento del Espíritu Santo. No obstante, muy pocos se dan cuenta de lo que eso implica. Otros parecen satisfechos con pequeños logros, esperando que algún día ocurra la gran explosión.

Es la tesis de este libro que ambas cosas son necesarias. No solamente debemos orar para recibir el derramamiento del Espíritu Santo, sino prepararnos para que el Espíritu de Dios nos use en la terminación de su obra. Esto puede significar un cambio drástico en la forma en que acostumbramos a "jugar a la iglesia", para ocuparnos más en tratar de ser la iglesia de Dios.

La gran tragedia de la iglesia en América del Norte radica en que su forma de actuar ha sido copiada mayormente de las iglesias protestantes populares que la rodean. Sin embargo, el propósito de Dios es que la Iglesia Adventista actúe en una forma totalmente diferente. No es el plan de Dios que la Iglesia emplee pastores para llevar a cabo la obra del ministerio, mientras el laicado paga, asiste y observa. De hecho, esta práctica ha dado como resultado la actual condición laodicense.

Necesitamos experimentar un reavivamiento entre los laicos, unido a una preparación total para recibir el derramamiento del Espíritu Santo.

Una vez más los laicos deben llegar a ser "la iglesia". De la misma manera, los pastores necesitan revisar sus funciones en la iglesia y retomar la descripción bíblica de su labor como entrenadores de los laicos. Hasta que esto ocurra podemos orar incesantemente pidiendo la lluvia tardía, pero ésta no descenderá. Para restaurar la iglesia a sus orígenes bíblicos, con los laicos y pastores trabajando en equipo, la acción deberá combinarse con la oración.

> "La obra de Dios en esta tierra no podrá nunca terminarse antes que los hombres y mujeres abarcados por el total de miembros de nuestra iglesia se unan a la obra, y aúnen sus esfuerzos con los de los pastores y dirigentes de la iglesia" (*Obreros evangélicos*, p. 365).

Exploremos dos necesidades: recibir el Espíritu Santo, y que los laicos se integren a la obra del ministerio. Se han escrito muchos libros y excelentes artículos en cuanto a la necesidad que tenemos de recibir el Espíritu Santo. Por lo tanto, el énfasis de este libro se habrá de colocar en la necesidad que más hemos descuidado: la integración de los miembros laicos a la misión de la iglesia. Sin embargo, no podemos ignorar la relación que existe entre los dos elementos. Antes de examinar lo que sería una nueva integración de los laicos a la obra de la iglesia, necesitamos primeramente redescubrir nuestra gran necesidad del Espíritu Santo.

## El Espíritu Santo en acción

Es posible que algunas personas crean que el derramamiento del Espíritu Santo se llevará a cabo durante una gran reunión de los miembros de la iglesia. Quizá imaginan que nos sobrecogerá una ardiente y fervorosa sensación, acompañada de un gran derramamiento de lágrimas y confesión de pecados. Y que de allí saldremos disfrutando de un renovado poder.

Sin negar que el Espíritu Santo podría ser derramado de esa manera, debemos tratar de comprender el propósito del derramamiento del Espíritu

Santo. El Espíritu Santo no se nos concede para crear cálidos sentimientos, sino para restaurar en nosotros el poder para testificar. Por eso es difícil imaginar el derramamiento del Espíritu Santo sin que los laicos se hayan instruido e integrado a la obra de la iglesia.

El Espíritu Santo capacita a la iglesia en forma sobrenatural para cumplir con su misión de alcanzar al mundo para Cristo. Nunca podremos divorciar al Espíritu Santo de la misión de la iglesia. Esta fue la principal razón para el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés.

Antes de volver a su Padre, Jesús resumió su principal interés en "la gran comisión":

> "Jesús se acercó entonces a ellos y les dijo: 'Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo'" (Mat. 28:18-20, NVI).

Notemos que el interés de Jesús no radicaba solamente en el cumplimiento de la misión, sino además en la recepción del poder del Espíritu Santo que habría de capacitar a la iglesia para cumplir con su misión. No consistía simplemente en que la iglesia llevara a todo el mundo el mensaje de Cristo, sino que habría de marchar con el poder del Espíritu Santo.

Cada uno de los escritores de los evangelios establece una conexión entre el cumplimiento de la misión de Cristo y la recepción del poder del Espíritu Santo. Notemos las últimas palabras de Jesús:

> "Les dijo: 'Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas a toda criatura. El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no crea será condenado. Estas señales acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán en nuevas lenguas; tomarán en sus manos serpientes; y cuando be-

> ban algo venenoso, no les hará daño alguno; pondrán las manos sobre los enfermos, y éstos recobrarán la salud'" (Mar. 16:15-18, NVI).
>
> "Y en su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Ustedes son testigos de estas cosas. Ahora voy a enviarles lo que ha prometido mi Padre; pero ustedes quédense en la ciudad hasta que sean revestidos del poder de lo alto" (Luc. 24:47-49, NVI).
>
> "Una vez, mientras comía con ellos, les ordenó: 'No se alejen de Jerusalén, sino esperen la promesa del Padre, de la cual les he hablado: Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo'. Entonces los que estaban reunidos con él le preguntaron: Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel? 'No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre' les contestó Jesús. 'Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra'" (Hech. 1:4-8, NVI).

Al concluir Jesús su ministerio y regresar a su Padre, la abrumadora obsesión que perturbaba su alma era la necesidad de que los discípulos cumplieran con su misión, y la necesidad que tenían de recibir el poder para hacerlo.

El judaísmo del primer siglo había llegado a ser una especie de club exclusivo para gentes que creían poseer la verdad. Ellos creían tener segura la salvación porque eran parte de la simiente de Abraham. Sin embargo, vino Jesús y trastornó su exclusividad, llamándolos a dar cuenta porque no habían cumplido la misión que Dios les había encomendado.

Ahora bien, Jesús estaba preocupado porque no quería que le sucediera lo mismo a la iglesia cristiana. No era el propósito del Señor que su

iglesia llegara a ser una institución de tipo contemplativo. Había creado a esta nueva institución con un solo propósito: hacer discípulos entre todos los grupos étnicos. Su llamamiento fue una clarinada para que la iglesia se dedicara a su misión. Y para esto les prometió el poder capacitador del Espíritu Santo.

En esta dádiva inicial del Espíritu Santo descubrimos su gran propósito: habilitarnos para el cumplimiento de la misión. El Espíritu Santo se derrama a fin de capacitarnos para la acción: para dar cumplimiento a la gran tarea que Cristo nos encomendó. Nunca debemos contemplar el derramamiento del Espíritu Santo como algo separado de su función: hacer discípulos. Es por eso que no podremos terminar la obra sin el Espíritu Santo. El Espíritu no puede ser derramado a menos que haya gente dispuesta a ser colmada de poder, a ser capacitada para compartir a Cristo con el mundo que le rodea.

Los primeros discípulos pasaron diez días orando por el derramamiento del Espíritu Santo. Los instrumentos se prepararon para ser usados por Dios. El Espíritu Santo fue derramado sobre el ansioso grupo e inmediatamente comenzaron a trabajar en cumplimiento de la misión que se les había encomendado. Repetimos, no puede haber una separación entre el Espíritu Santo y el cumplimiento de la misión que se le ha encomendado a la Iglesia.

¿Cómo se manifestó el Espíritu Santo en la iglesia primitiva? En respuesta a lo que Cristo mismo había prometido en Marcos 16:15-18, un creciente número de señales milagrosas y maravillas comenzó a ocurrir rápidamente. Los discípulos hablaron en nuevos idiomas (Hech. 2:1-4), los enfermos fueron sanados, y se efectuaron milagros. Todos esos dones espirituales dotaron a la iglesia con poder para la acción.

El Nuevo Testamento parece colocar mayor énfasis en los más portentosos de esos dones espirituales: lenguas, sanidad, y milagros. Sin embargo, el mismo Nuevo Testamento indica que el Espíritu Santo también impartió dones espirituales que no eran de un carácter tan milagroso (Rom. 12:6-8).

Debido a que estamos viviendo bajo la dispensación del Espíritu Santo podemos esperar que los mismos dones espirituales que se manifestaron activamente en la iglesia del Nuevo Testamento, se manifiesten también en la iglesia remanente. No obstante, a veces y de manera extraña, los adventistas han rehuido los dones espirituales y casi han sentido temor de los dones más poderosos. Esto quizás tiene su origen en que tratamos de no ser engañados por las falsificaciones del diablo. Sin embargo, no debemos temer tanto las falsificaciones, que lleguemos al punto de rechazar el genuino derramamiento del Espíritu Santo en nuestro medio. Tal rechazo sería aun más asombroso si tomamos en cuenta el gran énfasis colocado sobre los dones espirituales por los primeros adventistas. En una manera muy especial podemos señalar el milagroso don de profecía manifestado en la labor de Elena de White.

Es realmente extraño que una iglesia que fue tan bendecida en sus primeros días con el don de profecía, esté hoy excesivamente preocupada por causa de la posible manifestación de dones espirituales en su medio. Oramos mucho por el derramamiento del Espíritu Santo durante la lluvia tardía. Pero, ¿qué es la lluvia tardía si no una intensificación de la lluvia temprana del Pentecostés? En esta primera manifestación el poder del Espíritu Santo se manifestó en los dones espirituales concedidos a su iglesia, incluyendo los llamados dones "prodigiosos" o "milagrosos". ¿No deberíamos esperar que durante la lluvia tardía ocurra lo mismo?

En la última parte de este libro exploraremos a profundidad el tema de los dones espirituales como una demostración del poder del Espíritu Santo. Si hemos de estar listos para este derramamiento final del Espíritu Santo sobre la iglesia, necesitamos preparar nuestras congregaciones para la recepción de dichos dones espirituales. De este modo, mientras el Espíritu Santo esté siendo derramado sobre la iglesia de Dios de los últimos días, nuestras congregaciones estarán listas para recibir todos los otros dones que Dios nos envíe.

Además de repartir dones espirituales, el Espíritu Santo dota de poder a la iglesia de Dios por medio de los frutos del Espíritu:

> "En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. No hay ley que condene estas cosas" (Gál. 5:22-23, NVI).

Tanto el fruto del Espíritu, como los dones del Espíritu capacitarán a la iglesia para cumplir su misión con el poder pentecostal. Hay una gran diferencia entre el énfasis que los carismáticos colocan sobre los dones espirituales y la función de los mismos, según se los presenta en la Biblia. Los hermanos carismáticos tienden a considerar los dones como algo maravilloso; algo que tiene el propósito de producir sentimientos de éxtasis espiritual.

La Biblia, sin embargo, describe esos mismos dones como algo que se nos ha concedido para ayudar al cumplimiento de la misión de la iglesia. Recordemos, el Pentecostés trajo como resultado un tremendo crecimiento de la iglesia; lo mismo ocurrirá con el Pentecostés de los últimos días. Cualquier manifestación de los dones del Espíritu que no resulte en ganancia de almas para Jesús es una falsificación.

Mientras que los dones "prodigiosos" del Espíritu dirigen la atención del mundo al pueblo remanente de Dios, el fruto del Espíritu demuestra, a través de ellos, el carácter perfecto de Cristo. Dios no puede llamar la atención del mundo hacia el Remanente mientras ellos estén peleando entre sí. Eso solamente se logrará si su iglesia refleja el carácter de Cristo. Elena de White lo presenta gráficamente de esta manera:

> "Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos" (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 47).

La Biblia declara que el carácter de Dios es amor (1 Juan 4:8). El amor es el primer fruto del Espíritu. Cuando su pueblo refleje el carácter de Dios —un pueblo amante y que ame— el resultado será el cumplimiento de la misión de Cristo. Notemos lo que ella continúa diciendo:

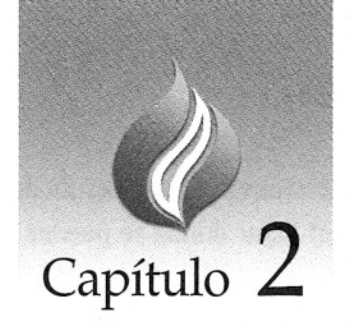
> "Si todos los que profesan el nombre de Cristo llevaran fruto para su gloria, cuán prontamente se sembraría en todo el mundo la semilla del Evangelio. Rápidamente maduraría la gran cosecha final y Cristo vendría para recoger el precioso grano" (*Ibíd.*, 47, 48).
>
> "Si nos humilláramos delante de Dios, si fuéramos bondadosos, corteses, compasivos y piadosos, habría cien conversiones a la verdad donde ahora hay una sola" (*Testimonios para la iglesia*, tomo 9, p. 152).

La mayor necesidad que tiene hoy la Iglesia Adventista del Séptimo Día es la de recibir el don del Espíritu Santo. El resultado será doble: producirá el fruto del Espíritu, y le concederá a la iglesia el poder necesario mediante los dones del Espíritu.

Sin embargo, no debemos esperar hasta que llegue un momento en el futuro cuando el Espíritu Santo sea derramado mediante la lluvia tardía. Si no hemos estamos recibiendo al Espíritu Santo de manera que nuestras vidas manifiesten tanto el fruto como los dones del mismo, tampoco recibiremos la lluvia tardía cuando caiga.

¿Será que la "manera" en que conducimos "la iglesia" hoy día, le está impidiendo al Espíritu Santo efectuar estas dos obras en el Remanente? El autor de este libro tiene la convicción de que ha llegado el tiempo para una reestructuración de la forma como "hacemos iglesia" a nivel local. En las páginas que siguen examinaremos una nueva estructura de la iglesia basada sobre el principio de que el "laicado" y el ministerio cumplan sus funciones bíblicas. Consideramos que un retorno al modelo bíblico, desencadenará el bautismo del Espíritu Santo, y ayudará a liberar a la iglesia para que se convierta en un canal que manifieste el carácter de Dios al mundo.

Tal como señaló Elena de White en una de las citas que utilizamos al principio de este capítulo, esta obra no podrá ser terminada hasta que los laicos y los pastores se unan. Es tiempo ya de que esto comience.



Capítulo 2

# Llamamiento a los laicos

IMAGINE UNA IGLESIA INFLAMADA por el fuego del Espíritu Santo. ¿Cómo sería una iglesia así? ¿Se parecería a la Iglesia Adventista del Séptimo Día que usted conoce? ¿En qué sería diferente?

Creo que puedo imaginar a una iglesia así, una iglesia participando plenamente del poder pentecostal. El Espíritu Santo se derrama sobre ella abundantemente, y la gente acude a la iglesia de todas partes. Los miembros se muestran rebosantes de vida en el evangelio de Cristo. Sus servicios religiosos no son formales y moribundos, sino llenos del poder del Espíritu Santo mientras los miembros comparten semana tras semana las maravillas que Jesús ha manifestado en sus vidas. Cada sábado la iglesia se regocija por las nuevas personas que han llegado a conocer a Cristo a través del ministerio de los laicos.

En esta iglesia imaginaria todo miembro tiene un ministerio. No hay holgazanes, porque en esta iglesia, ser cristiano significa estar involucrado en un significativo ministerio de servicio al Maestro. En los miembros de una iglesia tal se ven amor, gozo y paz, al reflejar ellos el carácter de Cristo ante la comunidad. Y la comunidad responde a su vez ante esas de-

mostraciones de verdadero amor. Como resultado, la iglesia es conocida en la comunidad como el lugar donde se pueden encontrar amor y aceptación.

¿No le gustaría que su iglesia fuera así? ¡A quién no le gustaría ser parte de una iglesia así! El mundo derribaría las puertas tratando de entrar. Si usted hubiera vivido en el primer siglo, ésta habría sido una iglesia común y corriente. Sin embargo, ahora la catalogaríamos como una iglesia anormal y fuera de lo común. Esto no debería ser así, porque Dios desea que su iglesia de estos tiempos sea dinámica, viva, amorosa y atenta; y tan entusiasmada con el ministerio como lo estuvo la iglesia del primer siglo. ¿Cuál es, entonces, la función que Dios tiene reservada para los laicos de su iglesia?

## El sacerdocio universal de todos los creyentes

En el jardín del Edén se halla el ideal de Dios para su pueblo. Allí, libre del pecado, la creación inicial de Dios se mantuvo en comunión cara a cara con su Hacedor. Nada separaba a Adán y Eva de una relación íntima con Dios. En el frescor de la tarde, Adán y Eva conversaban directamente con el Dios infinito del universo. Ése es nuestro Dios, el Dios de las relaciones.

Sin embargo, aquella relación se interrumpió. Adán y Eva desconfiaron de su Hacedor y pecaron. Una de las consecuencias fue la pérdida de la comunión íntima que habían gozado con Dios. Ya no disfrutaban de su original relación edénica con Dios. Sus descendientes ya no podrían dirigirse a Dios directamente. En lo sucesivo se introdujo un sistema de intermediarios. Debido a que ellos ya no tenían comunicación cara a cara con Dios, habría personas escogidas que intercederían a favor del pueblo. Inicialmente, el primogénito era el intermediario; más tarde, los patriarcas. Y finalmente, después del éxodo, los sacerdotes.

Los sacerdotes del Antiguo Testamento realizaban dos tareas que el pueblo no podía desempeñar por sí mismo: Primero, servían como inter-

mediarios –como intercesores que estaban entre el pueblo y Dios. Cuando alguien en el antiguo Israel cometía un pecado, no se acercaba directamente a Dios para pedir perdón. En su lugar, traía un cordero al sacerdote, quien llevaba su sacrificio dentro del santuario. Segundo, los sacerdotes realizaban un ministerio para el pueblo. A la gente común no se le permitía entrar en el Santuario, pero los sacerdotes eran admitidos. El Sumo Sacerdote era el único autorizado a entrar en el Lugar Santísimo; y sólo podía hacerlo una vez al año.

De esa manera, las funciones de intercesión y ministerio estaban reservadas exclusivamente para el sacerdocio en los tiempos del Antiguo Testamento. Sin embargo, éste no era el ideal de Dios. Fue solamente una medida provisional para cubrir la necesidad por un tiempo; hasta que Cristo pudiera venir y restaurar lo que Adán había perdido. Recordemos que en el Edén cada persona tenía el privilegio de comunicarse cara a cara con Dios, y de ejercer su ministerio directamente ante él. Nadie necesitaba los servicios de un sacerdote mediador; ellos mismos eran "sacerdotes".

Cuando Adán pecó, toda la raza humana perdió este privilegio. En el plan de Dios, el ministerio redentor de Cristo habría de restaurar la relación edénica a todos los redimidos por la sangre de Jesús. El Calvario puso fin al sistema sacerdotal del Antiguo Testamento, y restauró la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes.

Éste es el gozo de una nueva vida en Cristo. A causa de su ministerio redentor el creyente tiene acceso directo a Dios, y todos los privilegios del ministerio. Ese acceso y ese ministerio directos no son atributos exclusivos del pastorado. El privilegio de vivir en la era del Nuevo Testamento consiste en que cada cristiano puede ser su propio sacerdote. Observemos cómo Juan el revelador se gloría en ese nuevo estado del creyente:

> "Y de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de la resurrección, el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos

> ama y que por su sangre nos ha librado de nuestros pecados, al que ha hecho de nosotros un reino, sacerdotes al servicio de Dios su Padre, ¡a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén" (Apoc. 1:5-6, NVI).
>
> "Y entonaban este nuevo cántico: 'Digno eres de recibir el rollo escrito y de romper sus sellos, porque fuiste sacrificado, y con tu sangre compraste para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación. De ellos hiciste un reino; los hiciste sacerdotes al servicio de nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra" (Apoc. 5:9-10, NVI).

Notemos especialmente la conexión entre el ministerio redentor de Cristo en la cruz, y la restauración de la doctrina del ministerio de todos los creyentes. El nuevo Testamento anuncia en términos inequívocos la restauración de lo que Adán había perdido: el privilegio de todo creyente de ser sacerdote delante de Dios. La muerte de Cristo en el Gólgota ha eliminado a la clase sacerdotal para siempre. Cristo ha derribado toda pared, incluyendo la que separaba a los pastores de los laicos. En el reino de Cristo hay una sola clase: la clase sacerdotal en la que nacen todos los creyentes cuando aceptan a Cristo Jesús como su Redentor.

El apóstol Pedro, escribiendo a los cristianos gentiles esparcidos en todo el Imperio Romano, declara que todos los creyentes son el real sacerdocio:

> "También ustedes son como piedras vivas, con las cuales se está edificando una casa espiritual. De este modo llegan a ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por medio de Jesucristo" (1 Ped. 2:5, NVI).

"Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Ped. 2:9, NVI).

De acuerdo con el apóstol Pedro todos los cristianos pertenecen al sacerdocio. En el Nuevo Testamento la iglesia *no tiene* un sacerdocio. Ella

es un sacerdocio. El sacerdocio de todos los creyentes es el único sacerdocio autorizado en el Nuevo Testamento. Aquí tenemos la restauración completa de lo que Adán había perdido. Todos los hijos de Dios tienen ahora acceso directo al Padre, y todos los hijos de Dios tienen derecho al ministerio. Ese derecho ha sido enteramente establecido por el ministerio redentor de Cristo.

Siendo que todos los creyentes son sacerdotes, Pedro declara que cada uno debe ofrecer un sacrificio espiritual a Dios. Este sacrificio, dice él, consiste en la adoración racional como creyentes. ¿Cuál es el sacrificio que debe ofrecer el creyente? Esa pregunta la contesta claramente el apóstol Pablo en Romanos 12:1.

"Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios".

El sacrificio que los cristianos están llamados a ofrecer no es el de toros, machos cabríos, y ovejas, sino el de sus cuerpos que han de presentar en amoroso ministerio ante el Maestro. Pablo afirma que ésta es su adoración racional.

De acuerdo con Pablo y con Pedro, el ministerio no es un derecho, ni siquiera un privilegio exclusivo de cada uno de los creyentes del Nuevo Testamento; sino que es resultado natural de llegar a ser cristiano. La iglesia del Nuevo Testamento no concebía que hubiera algún cristiano que no estuviera involucrado en el ministerio. Era algo que estaba implícito en la teología de los primeros cristianos. Era su derecho y privilegio porque Cristo había muerto por ellos.

De alguna manera, en esta era moderna, hemos divorciado el ministerio del cristianismo básico. Ha ganado aceptación la idea de que es posible ser cristiano y no compartir las labores del ministerio. El ministerio, se han atrevido a declarar algunos, es únicamente responsabilidad del pastorado. Inclusive algunos pastores han advertido a los laicos que no entren en sus dominios. Sin embargo, ejercer el ministerio no es prerrogativa solamente del pastorado. Al contrario, es el dominio adecuado de

todos los creyentes. Ese derecho fue el legado de la muerte de Cristo en el Gólgota. Limitar el ministerio al pastorado es algo totalmente ajeno a la iglesia del Nuevo Testamento.

A los creyentes del Nuevo Testamento les era imposible no involucrarse en un ministerio significativo, en armonía con los dones espirituales que habían recibido. De hecho, todo el contexto de Romanos 12 es una discusión del tema de los dones espirituales. El que cada miembro se integrara al ministerio, en armonía con sus dones espirituales, era la norma para la iglesia del primer siglo. Asimismo, debe llegar a ser la norma para la iglesia de Dios de los últimos días.

## Lo que implica que "cada miembro sea un sacerdote"

Los adventistas siempre han creído en la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes. Al igual que todos los protestantes, hemos aceptado esta enseñanza como parte de nuestra herencia de la Reforma. Sin embargo, ni siquiera los reformadores lograron comprender el significado pleno de la aceptación de dicha doctrina. Algunos quizá la entendieron en teoría, pero no lograron ponerla en práctica.

La implicación más básica de aceptar esta doctrina es la comprensión de que cada creyente tiene acceso directo al Padre por medio de Cristo Jesús. Hay un solo Mediador entre nosotros y Dios: Jesús (1 Tim. 2:5). Ningún adventista pensaría en ir a su pastor y pedirle que perdonara sus pecados. Sin duda cualquier pastor que intentara conceder tal perdón perdería sus credenciales. Debido a nuestra firme creencia en la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes, consideramos un anatema siquiera pensar en un mediador que no sea Cristo, para recibir el perdón de nuestros pecados.

Sin embargo, la labor de intermediación entre Dios y el pueblo era sólo uno de los deberes del sacerdote del Antiguo Testamento. Como hemos visto, el sacerdote hebreo ejercía un ministerio a favor del pueblo, ya que ellos no podían hacerlo por sí mismos. Ésta es la parte de la doc-

trina que fue correctamente entendida por los reformadores, pero no lograron implementarla plenamente en la práctica en la iglesia. No obstante, el adventismo de los primeros años puso en práctica parte de aquella doctrina. Pero el adventismo moderno, trágicamente, no ha logrado reconocer su importancia. Y es este segundo aspecto de la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes el que necesitamos restaurar con urgencia, si deseamos seriamente terminar la obra de Dios.

Si cada miembro es un sacerdote, entonces cada cristiano es realmente un ministro; y por lo tanto, tiene un ministerio que ejercer. Una vez que el pueblo acepta la enseñanza del Nuevo Testamento del sacerdocio de todos los creyentes; debe aceptar el hecho de que, como sacerdotes, todos los creyentes tienen un ministerio, y todos deben identificar su ministerio, o ser considerados cristianos infieles.

Esta comprensión de la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes nos ayudará a eliminar las distinciones artificiales que han surgido entre los laicos y el pastorado. Siendo que cada cristiano es un ministro, el pastorado no tiene ante Dios una posición más elevada que los laicos. Las oraciones de los pastores no suben más alto que las oraciones de los laicos.

Lamentablemente, muchos laicos han considerado que sus pastores tienen un nivel espiritual más elevado que el de ellos; simplemente a causa de su función pastoral. Pero si entendemos correctamente el sacerdocio de todos los creyentes, nos daremos cuenta que no hay diferencia de rango entre laicos y pastores. Estamos todos al mismo nivel. Sin embargo, hay una diferencia funcional entre pastores y laicos. En otro capítulo consideraremos esta diferencia al examinar la descripción bíblica del trabajo del pastor. No obstante, debe decirse claramente ahora, que de acuerdo con la Escritura, la función del laicado es la de ejercer el ministerio. ¡Siempre que los creyentes estén ejerciendo el ministerio, estarán actuando en la capacidad de laicos, aunque pertenezcan al pastorado!

Al reconocer que cada creyente es un sacerdote, la iglesia del Nuevo Testamento establecía una total igualdad entre pastores y laicos. De ahí

que, esta doctrina —con todas sus ramificaciones— implica que nosotros, como iglesia debemos reconocer una vez más que la vida cristiana es un ministerio. Y ese ministerio es un derecho exclusivo de todos los creyentes.

## La forma en que el pastorado normalmente motiva a sus laicos

Debido a que muchos en la iglesia han estado operando bajo una teología incorrecta —que el pastor es el empleado que ha de realizar las labores ministeriales— se ha impedido el cumplimiento de la misión de la iglesia. Los pastores han pensado a veces que deben emplear a los laicos en las labores del ministerio; pero no han estado dispuestos a concederles completa libertad para ejercer dichas funciones; o para permitirles llevar a cabo un servicio significativo. Esto ha ocurrido porque el pastorado ha considerado al ministerio como una *actividad*, no como un *modo de vida*, del creyente.

Como resultado, el pastor imagina programas para poner a trabajar a los laicos. Y en ocasiones dichos programas ni siquiera concuerdan con los dones espirituales de los miembros. Como los miembros no han estado involucrados en la elaboración de dichos programas, no manifiestan grandes deseos de ser parte de ellos. Sin embargo, el pastor necesita la ayuda de ellos. Por lo tanto, predica un sermón acerca de la testificación, haciendo que cada miembro se sienta culpable. Con este pesado fardo de culpabilidad sobre sus espaldas, el laicado se presentará para participar en el programa elaborado por el pastor, y formará parte del mismo hasta que su sentido de culpabilidad se disipe. Más adelante el pastor tendrá que predicar otro sermón para reforzar el mismo complejo de culpa. Nuevamente, algunos pocos fieles se presentan. A la larga, el sentido de culpa se irá desvaneciendo de la mente de los miembros, y habrá de afectar a muy pocos.

Este método hace que los pastores se desanimen y sientan que los laicos son holgazanes que no quieren colaborar con él. Los laicos, por otro

lado, continúan cargando con un pesado y creciente complejo de culpa. Creen que deben involucrarse, pero se sienten cada vez más incómodos con un ministerio basado en la culpabilidad.

Nos preguntamos por qué se bloquea la obra al repetirse esta situación iglesia tras iglesia. ¿Era esto típico del proceso de testificación en la iglesia primitiva? ¿Implementaban ellos sus programas de testificación intimidando a la gente? ¡Absolutamente no!

Para ellos, testificar era un modo de vida. Cada creyente tenía un ministerio, y toda la iglesia trabajaba unida reconociendo que cada cual tenía su responsabilidad que cumplir en la obra de Dios. Había un trabajo especial para cada miembro. Algunos eran soldados de primera fila: enfrentaban al mundo por causa de Cristo. Otros eran tropas de relevo, ayudando a cuidar de los nuevos conversos; integrándolos a la confraternidad de la iglesia, y a la vez ayudando a los demás miembros. Otros eran los generales o administradores que mantenían a la iglesia en acción. Cada uno tenía un lugar y un ministerio especial.

En la iglesia primitiva se consideraba que cada miembro tenía un don espiritual, o una combinación de dones. No todos poseían los mismos dones. Dios concedía suficientes dones a su iglesia para que pudiera obrar apropiadamente. Él encaminaba a los creyentes hacia iglesias específicas tomando en cuenta que determinada persona había recibido el don que dicha congregación necesitaba en determinado momento. Cada creyente era importante y necesario.

Cuando cada cristiano identifica sus dones y se enfrasca en las labores del ministerio, no hay frustración a causa de que los dones no concuerdan con el servicio. Cada uno es feliz con un ministerio basado en sus dones. Como resultado, la iglesia crecerá en forma natural. Por esa razón es tan importante que cada creyente descubra cuáles son sus dones espirituales. Cuando esto suceda, los miembros no mirarán con desprecio a alguien que tenga un don diferente al suyo. Trabajarán como un equipo para llevar adelante la obra de la iglesia.

> "A cada uno se le ha asignado una obra, y nadie puede reemplazarlo" (*Servicio cristiano*, p. 15).

Es este concepto de un equipo de pastores y laicos ministros el que necesita ser reactivado en el adventismo actual. Al moldear el ministerio de la iglesia de acuerdo al patrón del Nuevo Testamento, ayudaremos a los miembros a armonizar sus ministerios con los dones espirituales que han recibido. Solamente un ministerio basado en los dones espirituales podrá cumplir adecuadamente el modelo del ministerio laico presentado en el Nuevo Testamento.

La mayoría de nosotros cree que el punto culminante de todo lo que hacemos como iglesia debe girar alrededor de la programación del sábado en la mañana.

> "Pero la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes indica que, para el cristiano, ¡el *clímax* es lo que se hace *en el mundo durante la semana*! Lo que sucede el sábado es para prepararlo para este ministerio en el mundo durante la semana".[1]

Debemos ir más allá del concepto de que el único lugar donde ocurre el ministerio es en la iglesia. El concepto bíblico del ministerio considera la vida entera del creyente como un ministerio. La función de la iglesia es preparar mejor al creyente para su ministerio. Es en ese sentido que la iglesia debe verse como un centro de adiestramiento para el ministerio cristiano.

## Diferencia entre pastores y laicos

La iglesia cristiana comenzó como un movimiento laico. Ninguno de los primeros discípulos fue entrenado para trabajar como pastor. Todos los dirigentes primitivos eran laicos. Los Doce fueron ordenados para que se dedicaran tiempo completo a la obra del ministerio; sin embargo, seguían siendo laicos, y de ningún modo estaban por encima de los demás discípulos. El Nuevo Testamento ordena un ministerio de tiempo com-

pleto, pero no establece la distinción que es tan aparente hoy entre los laicos y los pastores.

En el Nuevo Testamento, el pastorado estaba compuesto por laicos que dedicaban todo su tiempo a dirigir la obra evangélica. Los laicos eran considerados como los que ejercían el ministerio, mientras que los pastores se consideraban como entrenadores para el ministerio. Sin embargo, debido a que también eran parte del laicado, los pastores también ejercían el ministerio.

Al avanzar la Edad Media el clero fue gradualmente colocado en un sitial más elevado en la consideración del pueblo, hasta que se desarrolló más plenamente la clase sacerdotal y el papel del laicado se fue limitando a la función de contribuir con las finanzas y observar al clero realizar su ministerio.

El cristianismo medieval oscureció totalmente la función de los laicos. Como resultado el laicado fue manipulado y usado, pero ya no formó parte integral de la iglesia.

Estas diferencias de estatus continuaron incluso en el protestantismo. Como resultado, la labor del laicado en la mayoría de las iglesias modernas se ha reducido a servir como espectadores, y su principal función religiosa es la de ocupar un banco en la iglesia los sábados en la mañana. Mientras los miembros hagan acto de presencia los sábados por la mañana, serán considerados miembros de iglesia en regla. Esta idea se hubiera considerado como un anatema en la iglesia del Nuevo Testamento. Ellos no podían imaginar que hubiera cristianos que no estuvieran ocupados en algún aspecto del ministerio.

En la mayoría de las iglesias de hoy, el pastor realiza la mayor parte de las labores relacionadas con el ministerio; mientras que los laicos son espectadores. Afortunadamente, en algunas iglesias, la integración al ministerio se ha extendido hasta incluir unos pocos laicos importantes. Sin embargo, pocas iglesias han ampliado el campo de acción del ministerio para incluir a todo el laicado. En consecuencia, en la mayoría de las iglesias surgen frustraciones cuando llega el momento de elegir la comisión

de nombramientos. Esto sucede, porque aparentemente, muy pocos quieren asumir responsabilidades.

¿Será que la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que profesa ser la iglesia remanente de Dios en los últimos tiempos, ha heredado inconscientemente conceptos que pertenecen a la Iglesia Católica Romana? ¿Será que poseemos una teología equivocada de la iglesia, y que esta teología la está lesionando en estos últimos días?

Una teología correcta resultará en una práctica apropiada. Una teología equivocada resultara en una práctica tergiversada. Mientras no regresemos al concepto bíblico del laicado en la iglesia, seguiremos en la indiferencia laodicense, y no veremos la obra de Dios terminada. Afirmamos creer que la obra de Dios será terminada por un reavivamiento laico. Si alguna vez hemos de ver la obra de Dios avanzar como debiera, debemos hacer que nuestra iglesia sea nuevamente una iglesia laica. La iglesia entera debe estar involucrada en el ministerio de la iglesia entera. Los pastores deben estimular en forma directa las labores del laicado, y comenzar a preparar a la iglesia para el ministerio total de los laicos. Es tiempo de llamar a todo el laicado para que acuda en auxilio de la iglesia, en la completa restauración de dicho ministerio de los laicos. Ruego a Dios que podamos ver pronto ese día.

---

1. Algunas de las ideas expresadas en los capítulos 2 y 3 de este libro, fueron inspiradas por el libro del Dr. Rex D. Edwards, *Every Believer a Minister* [Cada creyente un ministro] (Boise, Idaho: Pacific Press Publishing Association, 1979). El autor desea reconocer la ayuda de esta obra que lo estimuló a profundizar en este concepto básico del Nuevo Testamento, así como en las repercusiones revolucionarias que ha provocado en su propio ministerio.



Capítulo 3

# ¿Quiénes son los laicos?

¿QUIÉNES SON, PUES, LOS LAICOS? ¿Le parece extraña esta pregunta? Todos saben quiénes son los laicos. ¡Los laicos son los aficionados, los pastores son los profesionales! Esta definición quizás se pueda utilizar en el mundo secular, pero es completamente extraña a la terminología del Nuevo Testamento.

El término *laico* se deriva del griego *ho laos*. Significa básicamente: "el pueblo de Dios". Así que cualquiera que sea parte del pueblo de Dios se considera parte del laicado. Según esta definición, aun los pastores son parte del laicado. Aprendimos en el capítulo anterior que todos los laicos son ministros. Ahora descubriremos que todos los ministros son laicos.

Cuando los ministros realizan su ministerio, están actuando en función de laicos. La obra del ministerio se ha encomendado a todos los miembros del pueblo de Dios, y nunca será la prerrogativa de unos cuantos privilegiados a los que llamamos pastores:

> "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo; y nos dio el ministerio de la reconciliación. Que Dios

estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio nuestro; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios" (2 Cor. 5:17-20, RVR 1960).

Dios nos ha reconciliado con él por medio de la muerte de Cristo en el Calvario. Note que es en virtud del ministerio de Cristo que la obra de la reconciliación se ha asignado a los cristianos. A todos los que han sido reconciliados se les ha asignado el ministerio de la reconciliación. Si todos los creyentes han sido reconciliados, entonces, obviamente, la obra del ministerio es para todos. Y si eso es cierto, entonces se sigue que, lógica y bíblicamente, todos los cristianos son ministros.

Los laicos son los soldados de la línea de batalla por Cristo. Su ministerio no ocurre en los edificios de la iglesia, sino en fábricas, oficinas, vecindarios y clubes de salud. Ellos ministran a favor de Cristo en todas las actividades normales de la vida. Es allí donde se efectúa el verdadero ministerio, no en el templo el sábado por la mañana. En este sentido, "los laicos" son más "ministros" que pastores.

En la iglesia primitiva los miembros y los líderes no ocupaban simplemente los bancos de la iglesia: estaban activamente involucrados en el ministerio. Como lo señala un escritor: "La iglesia no *tiene* un ministerio, es un ministerio".[1] Rara vez el mundo se pone en contacto con la iglesia a través de los pastores o de los teólogos. Los individuos que no son miembros de la iglesia se ponen en contacto con ella a través de un miembro promedio en el vecindario, en el trabajo, o en reuniones sociales. Es ahí donde el mundo se encuentra con la iglesia.

La función primaria de la iglesia debe ser, entonces, el adiestramiento de ministros que a su vez se pondrán en contacto con quienes les rodean por causa de Cristo. La iglesia no existe para perpetuarse a sí misma, existe para el mejoramiento de los ministerios individuales de sus miem-

bros. De esa manera, como ha dicho alguien: "la iglesia es un pequeño seminario, donde el pastor es el decano".

El pastor puede desempeñarse como líder, ser una fuente de inspiración, un organizador; sin embargo, no puede, y no debe, intentar hacer todo el trabajo del ministerio; porque éste es el trabajo de toda la iglesia. No obstante, el pastor en verdad ministra, no porque es pastor, sino porque es, primero que todo, un laico; y porque ésa es, precisamente, la obra del laicado.

Uno no necesita ser pastor para dar estudios bíblicos. Esa labor es parte del ministerio, y por lo tanto es una actividad del laicado. Uno no necesita credenciales ministeriales para visitar a los miembros de la iglesia, o para realizar una visita en el hospital. Eso también es parte del ministerio, y por lo tanto, está dentro de la obra del laicado.

Cada vez que un pastor da estudios bíblicos, hace visitas a los hogares y a los hospitales, o realiza cualquier otro tipo de ministerio, está realizando la obra del laicado y no la obra del pastorado. Es obvio que al pastor no se lo emplea para ejercer el ministerio. Ésa no es su función, sino la de los laicos.

Sin embargo, los pastores ciertamente realizan labores ministeriales: dan estudios bíblicos, visitan los hogares y los hospitales. ¿Por qué? Porque el pastor es también un laico, y como laico, debe ejercer su ministerio como parte del pueblo de Dios. Ejerce su ministerio, no porque es pastor, sino porque es, ante todo, un laico.

Alguien podría protestar diciendo que se supone que el pastor debe ser del rebaño, y que, como tal, debe cuidarlo. Sí, es cierto que es pastor, y que como tal debe cuidar el rebaño. Sin embargo, su cuidado no se debe ampliar al grado que también realice el ministerio que el rebaño debiera realizar. El trabajo del pastor es ayudar para que las ovejas se mantengan saludables, de tal manera que puedan procrear más ovejas. Si el pastor está realmente cuidando del rebaño, estará adiestrando a sus miembros para que cumplan su ministerio.

El peligro que corre una iglesia dominada por el pastorado es que se puede fomentar el surgimiento de una congregación altamente dada a la

crítica. Por eso se afirma que el mejor remedio para una iglesia enferma es ponerla a trabajar. Muchos de los problemas desaparecerán cuando esto se logre. En ocasiones, el pastor tendrá que tratar de resolver los problemas más serios. No estamos sugiriendo que ignore los problemas; sino que no los considere como absolutamente prioritarios. Muchas dificultades se resolverán si el pastorado permite que los miembros ejerzan el ministerio que les corresponde.

Es el espectador profesional, precisamente, el que se convierte en crítico profesional. ¿Quién es el fanático que siempre está gritando "maten al árbitro" en el estadio? ¿Quién es el gran estratega que analiza el juego de fútbol los lunes por la mañana? El espectador profesional, por supuesto.

"El cristianismo contemplativo se convertirá con el tiempo en crítico, estéril e improductivo. Observa y critica a otros, pero nunca llega a entregarse a una vida con Cristo".[2] Más aún, de un modo u otro, en el ámbito del Nuevo Testamento, "el espectador [...] no es un cristiano, aunque esté sentado en la iglesia".[3]

> "No es el criticón el que cuenta, cuando nos muestra cómo puede tropezar el fuerte, o cómo pudo haberlo hecho mejor el que ha realizado proezas. La honra pertenece al hombre que está en la palestra; aquel cuyo rostro está desfigurado por el polvo, el sudor y la sangre; que lucha con valentía; que yerra, y falla vez tras vez; pero que conoce y disfruta del entusiasmo y la dedicación. Quizás, al final podrá saborear el triunfo y los grandes logros de una causa noble; y si, en el peor de los casos, fracasa, lo hace mientras se esfuerza. De manera que nunca se lo encontrará entre aquellas almas frías y tímidas que no conocen ni la victoria ni la derrota" (*Teodoro Roosevelt*).

La iglesia primitiva tenía solamente unos pocos predicadores destacados como Pedro, Pablo, Apolos y Bernabé. Sin embargo, pudo revolucionar al mundo. ¿Por qué? Porque podía contar con el testimonio individual de cada uno de los creyentes. Sabemos muy poco acerca de los fundadores

de la mayor parte de las primeras iglesias cristianas. No hay grandes nombres. Fueron fundadas por laicos. Estos laicos anónimos fueron realmente los responsables del fantástico crecimiento de la iglesia primitiva. Y es precisamente en esa misma forma que la iglesia de los últimos días debe terminar la obra de Dios: con el poder del ministerio de los laicos.

Puede ser que el pastor sea un ministro que ha sido empleado por la iglesia; alguien que dedica todo su tiempo a dirigir los asuntos de la congregación. Sin embargo, el laico es también un ministro de tiempo completo para Cristo. Es alguien que lleva a cabo su ministerio, así como las funciones que le han sido asignadas; y que representa a la iglesia en todas sus actividades. Por favor, note que la diferencia entre laicos y pastores no radica en que uno sea un obrero de tiempo completo y el otro de tiempo parcial. Tanto los ministros como los laicos están empeñados en un ministerio de tiempo completo porque la vida cristiana es un ministerio.

Si es que la obra ha de terminarse, de algún modo debe retomarse la consigna de que pastores y laicos han de trabajar en concierto, como un equipo; tal como lo hicieron en los tiempos del Nuevo Testamento. Una vez más nuestra iglesia debe llegar a ser un verdadero movimiento laico. Recordemos la penetrante declaración de Elena de White:

> "La obra de Dios en esta tierra no podrá nunca terminarse antes que los hombres y mujeres abarcados por el total de miembros de nuestra iglesia se unan a la obra, y aúnen sus esfuerzos con los de los pastores y dirigentes de las iglesias" (*Obreros evangélicos*, p. 365).

## Visión del laicado y el pastorado en el comienzo del adventismo

Hemos visto claramente en la Biblia que la función del laicado es desempeñar un ministerio. El pastor no debe ser el único ministro en la

iglesia. De hecho, tal como se ha mencionado anteriormente, cada vez que los pastores realizan actividades ministeriales, están llevando a cabo el trabajo de los laicos; no necesariamente el de un pastor. En el siguiente capítulo hablaremos más acerca de las responsabilidades del pastor.

El adventismo de los primeros años, al enfatizar importantes temas bíblicos, entendió que Dios había creado a esta iglesia para que trabajara de una forma diferente. No debíamos ser como otras iglesias que tenían pastores que desempeñaban el ministerio en lugar de la gente. En sentido general, el pastor adventista debería estar libre del cuidado pastoral. Y los miembros deberían ser enseñados a cuidar de sí mismos y a no depender de sus pastores.

Sin embargo, al igual que el antiguo Israel, no nos gusta ser diferentes. Queríamos ser como las otras iglesias, cuyos pastores desempeñaban el ministerio en lugar de ellas. Así, nosotros también decidimos que queríamos "un rey sobre nosotros" —un pastor que nos atendiera. Y tal como sucedió en el Israel de antaño, Dios lo permitió, aunque era algo totalmente contrario a su plan para la iglesia.

Así pues, empleamos pastores. Entonces nosotros, los laicos, nos sentamos a contemplar cómo trabajan los pastores hasta el agotamiento, mientras los criticamos porque no se desempeñan tan bien. Con el tiempo ni siquiera nos sentimos satisfechos que los pastores estuvieran encargados de tres o cuatro iglesias. Cada uno de nosotros desea que un pastor esté al frente de nuestra propia iglesia. "Después de todo" —exclamamos—, "nosotros enviamos nuestros diezmos a la Asociación. ¿Por qué la Asociación no nos envía un pastor? ¡Estamos perdiendo miembros porque no tenemos pastor!"

Trágicamente, esa escena se ha repetido en todas partes. El resultado ha sido el de asociaciones financieramente sobrecargadas que no tienen suficiente dinero para enviar pastores a plantar iglesias en nuevas áreas. Hay iglesias que se aferran como sanguijuelas a los fondos de la Asociación, tratando de proteger sus propios intereses, en vez de estar interesadas en que se alcance a la población no evangelizada de la tierra.

Si la obra de Dios ha de ser terminada, necesitamos volver a los conceptos del adventismo original respecto al pastorado y al laicado primitivo. Las iglesias necesitan ponerse en pie e informar a sus asociaciones: "Podemos cuidarnos nosotras mismas. Ahórrense el dinero que usaban para pagar nuestro pastor y envíenlo a organizar nuevas iglesias, a ganar nuevos creyentes que deberán ser también enseñados a atenderse a sí mismos".

Esta idea puede parecerles revolucionaria a algunos. Pero el tiempo en que estamos viviendo demanda una revolución. No podemos continuar con el mismo concepto anticuado de iglesia. Los tiempos requieren que nos preparemos cabalmente para terminar la obra de Dios mediante un ejército de laicos bien preparados. Quizás sea necesario que esto suceda especialmente en iglesias pequeñas que tienen poca oportunidad para crecer. Puede que sea necesario tener pastores en las iglesias más grandes; pero será necesario cambiar la descripción del puesto para que esté en armonía con los correspondientes conceptos bíblicos; tal como veremos en el próximo capítulo.

La razón por la cual el adventismo creció tan rápidamente en Norteamérica en sus primeros años, y se mantuvo en una condición tan saludable, fue que el laicado estaba totalmente inmerso en el trabajo de la iglesia. En una entrevista realizada el 1º de octubre de 1886 con el evangelista G. B. Starr; el periódico *Plain Dealer* de Wabash, Indiana; informó lo siguiente:

## LOS ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA

### *Algunos hechos y datos suministrados por el pastor Starr. Cómo han crecido en cuarenta años y qué creen.*

> —¿A través de qué medios han llevado ustedes adelante su obra tan rápidamente?
>
> —Bueno, en primer lugar —contestó el pastor—, no tenemos

pastores establecidos en ningún lugar. Por lo general, enseñamos a nuestras iglesias a que se atiendan ellas mismas; mientras que todos nuestros ministros trabajan como evangelistas en nuevos territorios. Durante el invierno, acuden a iglesias, salones, o escuelas, y a otros lugares y ganan nuevos creyentes. Durante el verano usamos carpas. Las levantamos en las ciudades y aldeas, allí enseñamos nuestras doctrinas a la gente. Este año utilizaremos unas cien carpas de esa manera. Además, enviamos un gran número de colportores, con tratados y libros, a visitar familias, y a enseñarles acerca de la Biblia. El año pasado empleamos de esa manera a unos ciento veinticinco de ellos. Dar estudios bíblicos es otro tipo de trabajo. Los obreros van de casa en casa dando estudios bíblicos a grupos de hasta veinte individuos. El año pasado se impartieron unos diez mil estudios bíblicos. Al mismo tiempo empleamos unos trescientos colportores, los cuales están constantemente cubriendo el territorio y vendiendo nuestros libros más importantes. Además de esto, cada iglesia tiene una sociedad misionera. El año pasado estas sociedades llegaron a tener diez mil quinientos miembros. Cada uno de ellos realiza diferentes labores misioneras: vender libros, prestar o repartir tratados, conseguir suscripciones para nuestras revistas, visitar familias, velar por los pobres y ayudarlos, socorrer a los enfermos, etc. El año pasado se efectuaron ciento dos mil visitas y se escribieron cuarenta mil cartas. También se hicieron treinta y ocho mil setecientas suscripciones a nuestras revistas y se distribuyeron quince millones quinientos mil volantes con mensajes y un millón seiscientas mil revistas".

¿Es extraño que el adventismo en esos primeros años creciera tan rápidamente en Norteamérica? En aquel tiempo Norteamérica era algo parecida al Tercer Mundo de hoy, donde los miembros se cuidan ellos mismos, mientras que los pastores están primordialmente penetrando

nuevos territorios. El adventismo de aquellos tiempos estaba en completa armonía con la función bíblica del laicado. El laicado llevaba a cabo el ministerio, y los pastores estaban libres para evangelizar los nuevos territorios. Como resultado, el adventismo en Norteamérica creció con gran rapidez. La iglesia no sólo creció, sino que los miembros, al estar involucrados en el ministerio, eran espiritualmente más saludables y más vigorosos. Ése es el cristianismo del Nuevo Testamento en acción.

A la vuelta del siglo, aun los bautistas del séptimo día reconocieron la razón del sustancial crecimiento de los adventistas del séptimo día comparado con el de ellos. En un artículo publicado en el *Sabbath Recorder* de los Bautistas del Séptimo Día del 28 de diciembre de 1908, y reimpreso en la *Review and Herald* el 14 de enero de 1909, se mencionan varias razones para el éxito de los adventistas. Una de las razones mencionadas fue:

"Todos los pastores adventistas del séptimo día son misioneros —no son pastores de iglesias locales— y están ocupados predicando, enseñando, y organizando iglesias en todo el mundo".

Hasta el año 1912 inclusive, éste era el punto de vista predominante en la Iglesia Adventista respecto a la interrelación entre pastores y laicos. En marzo de 1912, el entonces presidente de la Asociación General, A. G. Daniells, en palabras pronunciadas en un instituto ministerial en Los Ángeles, California, hizo la siguiente evaluación de la situación imperante, así como una terrible predicción acerca del futuro si nos desviábamos de la fórmula bíblica laicos/pastores:

> "No hemos asignado a nuestros ministros, en forma extensa, como pastores en nuestras iglesias. En algunas de las iglesias más grandes hemos asignado pastores, pero como regla general nos hemos dedicado al servicio en el campo misionero y para el trabajo de evangelización. Y los hermanos y hermanas se han consagrado a mantener funcionando los servicios y la obra de la iglesia sin que sea necesario mantener pastores fijos. Espero que ésta nunca deje de ser la norma en nuestra denominación; por-

que cuando dejemos de marchar hacia adelante y comencemos a radicarnos en nuestras iglesias, y a quedarnos cerca de ellas; así como a pensar, orar y hacer por ellas el trabajo que les corresponde; entonces nuestras iglesias comenzarán a debilitarse, a perder su vida y su vigor: llegarán a paralizarse y fosilizarse, y nuestra obra comenzará a retroceder".

Poco se imaginaba A. G. Daniells que sus palabras serían tan proféticas. En las décadas que siguieron la Iglesia Adventista olvidó sus raíces bíblicas respecto a la relación que debía existir entre el pastorado y el laicado. Lentamente fuimos asignando pastores en varias iglesias. Los resultados se vieron rápidamente. Mientras más pastores locales asignábamos, menos crecíamos. Las iglesias que tenían sus propios pastores llegaron a ser más débiles espiritualmente. Las palabras de Daniells describen con exactitud a la actual Iglesia Adventista en Norteamérica. ¡Estamos fosilizados y paralizados, y nuestra obra está en pleno retroceso!

Ha llegado la hora para que los adventistas del séptimo día en Norteamérica despierten. Es hora de volver a la visión adventista de los orígenes respecto a las responsabilidades de laicos y pastores. Quizás nos hemos alejado tanto del ideal que nos resultará difícil regresar. Pero si queremos terminar la obra de Dios seriamente, debemos intentarlo. Escuchemos estas penetrantes palabras de la inspiración:

"Los ministros revolotean sobre las iglesias que ya conocen la verdad, mientras miles perecen sin Cristo. Si se dieran las instrucciones adecuadas y se siguieran los métodos apropiados, cada miembro de iglesia haría su trabajo como miembro del cuerpo de Cristo. Debería enseñárseles que a menos que puedan mantenerse firmes por sí solos, sin un ministro, necesitan convertirse y bautizarse de nuevo. Necesitan nacer de nuevo" (*General Conference Bulletin* [Boletín de la Asociación General], 12 de abril de 1901, p. 204).

Esto suena como algo verdaderamente radical. Y de hecho lo es. Pero es el concepto del Nuevo Testamento. Tanto el laicado como el pastora-

do son responsables del actual estado de la iglesia. El laicado ha pedido a los pastores que revoloteen sobre ellos. El pastorado ha disfrutado de la acogedora relación. Y el resultado es la actual condición.

El camino de regreso no será fácil. Nos ha tomado décadas apartarnos del plan de Dios para el laicado. Esperamos que no nos tome décadas regresar. Sin embargo, es demasiado tarde para seguir esperando. Comencemos ahora, por lo menos a enseñar el concepto bíblico de laicado, permitiendo al pastorado que regrese a su función bíblica según se describe en el próximo capítulo. Recordemos que si los miembros de la iglesia no pueden aprender a valerse por sí mismos, sin la presencia constante de los pastores; necesitan rebautizarse y convertirse de nuevo. Éste es un problema espiritual, y Elena de White ha indicado claramente a la iglesia un nuevo comienzo basado en una renovada relación entre el laicado y el pastorado.

¡Comencemos ahora!

---

1. Henrick Kraemer, *A Theology of the Laity* [Una teología del laicado] Filadelfia: Westminster Press, 1958), p. 137.
2. Rex D. Edwards, *Every Believer a Minister* [Cada creyente un ministro] (Boise, Idaho: Pacific Press Publishing Association, 1979), p. 20.
3. *Ibíd.*, p. 21.



Capítulo 4

# La función bíblica del pastor

HA COMENZADO LA CAMPAÑA de la recolección en una pequeña iglesia adventista. El pastor Juan acaba de incorporarse como nuevo pastor a una iglesia de treinta miembros activos. El anterior pastor alardeaba que él y su familia habían alcanzado solos el blanco de 800 dólares. Habían salido todas las noches a cantar villancicos desde principios de diciembre hasta el día de Navidad, y lo habían logrado. ¡Cuán orgullosa estaba la iglesia de su pastor!

Pero el pastor Juan no pensaba de la misma forma. Él creía que no era la voluntad de Dios que el pastor realizara por sí solo toda la obra del ministerio. Por lo tanto, anunció a la congregación que la campaña de la Recolección se iniciaría el sábado por la noche, después de la puesta de sol. Animó a todos los miembros a venir todas las noches, de manera que todos pudieran alcanzar su blanco al finalizar la semana.

El sábado en la noche el pastor llegó temprano a la iglesia y preparó todos los materiales para que los miembros salieran a recolectar. La hora anunciada llegó y pasó, y no apareció ningún miembro. El pastor esperó durante una hora, con la esperanza de que alguien llegara. Como nadie llegó, guardó los materiales de recolección y se fue a casa con su familia.

Esta escena se repitió cada noche durante toda la semana. Y cada una de aquellas noches, y el pastor disfrutó cada noche con su familia.

El siguiente sábado los miembros preguntaron cómo iba la Campaña de la Recolección. ¿Habían alcanzado ya su blanco? Quedaron completamente pasmados cuando el pastor anunció que no se había recolectado ni siquiera un centavo. "Pero —preguntaron—, ¿usted no salió?" El pastor les contestó que él había estado dispuesto a salir si se hubiera presentado siquiera un miembro, pero que no se esperaba que él solo alcanzara el blanco. Una de las hermanas se molestó bastante y dijo: "Pero pastor, ¡si no alcanzamos nuestro blanco no podremos tener nuestro banquete de la victoria!"

Ese año no alcanzaron su blanco de recolección. Pero la iglesia aprendió una valiosa lección. Dos años más tarde, aquella iglesia se colocó a la cabeza de las demás iglesias, en dinero recolectado por persona, en la asociación.

¿Suena ficticia esta historia? Realmente sucedió. Y temo mucho que la anterior actitud de aquella iglesia se repite en muchas iglesias adventistas. Esperamos que el pastor lleve a cabo todas las actividades ministeriales de la iglesia. Pero como aprendimos en el capítulo anterior, ése no es el plan de Dios para la iglesia.

Quizá algunos de los que son pastores estén preguntándose: "Entonces, ¿cuál es mi trabajo?" A través de los años de ministerio usted había pensado que se suponía que usted era el ministro de la iglesia. Si usted no da todos los estudios bíblicos y se encarga de la visitación, ¿qué hará? ¿Ya no tendrá trabajo? ¡No, estará libre para hacer el trabajo que Dios le ha asignado!

## Las responsabilidades del pastor

En la lista de los dones espirituales que aparece en Efesios 4, el apóstol Pablo dice que uno de esos dones es el del pastorado. De hecho, en Efesios 4 el apóstol está hablando, en primer lugar, de los "dones del pue-

blo" que Dios ha dado a la iglesia. Estos dones incluyen ser apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Y los dones se conceden con un propósito específico. Básicamente, todos son dones que se relacionan con el pastorado. Note lo que dice Pablo en cuanto a sus funciones:

"Él mismo dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros; a fin de perfeccionar a los santos para desempeñar su ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un estado perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo" (Efe. 4:11-13, NRV 2000).

Ahí están los dones espirituales que se han dado a la iglesia. El versículo 13 indica que dichos dones durarán hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe, lo cual ocurrirá en la segunda venida de Cristo. Los dones del pastorado siempre se necesitarán. El versículo 12 señala el propósito de los mismos. De acuerdo a la versión Reina-Valera, estos dones son para "la perfección de los santos, para la obra del ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo".

Sin embargo, una coma colocada fuera de su sitio en la versión King James, por ejemplo, crea serias consecuencias para nuestra teología del laico y del pastor. Si esta versión está en lo correcto, al colocar la coma después de "santos" en el versículo 12, es posible interpretar que el texto identifica a la obra del ministerio como uno de los trabajos del pastor. Sin embargo, hemos visto con claridad que la labor del ministerio pertenece al laicado, no al pastor.

Otras versiones modernas de este texto lo traducen con más exactitud al eliminar la coma, lo cual hace que se lea: "A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio". En otras palabras, la función del pastor sería la de perfeccionar a los santos para su ministerio. Este texto no describe al pastor como un actor en el ministerio; sino más bien como un entrenador de ministros. Veamos otras traducciones de este texto:

"Para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio" (*Biblia de Jerusalén*).

"Así preparó a los suyos para un trabajo de servicio, para hacer crecer el cuerpo de Cristo" (*Dios Habla Hoy*).

"A fin de perfeccionar a los santos para desempeñar su ministerio" (Nueva Reina-Valera 2000).

"Con el fin de equipar a los consagrados para la tarea del servicio" (*Nueva Biblia Española*).

"A fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio" (Nueva Versión Internacional).

Todas estas versiones señalan con la mayor claridad que el trabajo del pastor es adiestrar y habilitar a los miembros para el ministerio. El Nuevo Testamento no visualiza al pastor como "realizador" del ministerio, sino como instructor para que los miembros desempeñen mejor su ministerio. Según el Nuevo Testamento ésta es la función primaria del pastor.

La labor del pastor es preparar al pueblo de Dios para realizar la obra del ministerio. No es su trabajo ser el único ganador de almas en la iglesia. El trabajo del pastor no es realizar la obra del ministerio, sino más bien adiestrar a los miembros para que realicen esa tarea. Es cierto que el pastor, como se ha citado en capítulos previos, realiza también labores relacionadas con el ministerio. Da estudios bíblicos, aconseja, visita, etc. Pero no importa lo que haga, siempre estará actuando en su capacidad de laico y no como pastor. Al pastor se le paga para que adiestre a los miembros. Si no está haciendo eso, entonces, bíblicamente hablando, no está realizando su trabajo.

## El pastor como entrenador

No solamente la Biblia señala que la función principal del pastor es la de adiestrar; sino que Elena de White también lo hace:

"Dedique el ministro más de su tiempo a educar que a predicar. Enseñe a la gente a dar a otros el conocimiento que recibieron" (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 22).

Probablemente la mayoría de los pastores considera que la predica-

ción es su principal responsabilidad. Muchos laicos estarían también de acuerdo con esto. Elena de White declara enfáticamente que el pastor debe utilizar más tiempo en enseñar y adiestrar que en predicar, sin que por ello minimice la importancia, y la gran necesidad de que haya una poderosa predicación bíblica en la Iglesia Adventista. Sin embargo, la mayoría de los pastores dedica mucho más tiempo a la preparación de sermones, que a enseñar a los miembros a realizar su ministerio.

"No es el propósito del Señor que se deje a los ministros hacer la mayor parte de la obra de sembrar las semillas de verdad" (*Ibíd.*, p. 23).

Este consejo no se sigue hoy en la mayoría de las iglesias adventistas. Si el pastor no hace determinada tarea, simplemente no se hace. ¿Por qué no debían hacer los pastores todo el trabajo de siembra? Porque la siembra de la semilla es ministerio, y el ministerio es el trabajo del laicado. Elena de White nuevamente declara en forma enfática que el primer deber del pastor, aun por encima de la labor de alcanzar a los no creyentes, es adiestrar a los miembros.

"Cuando trabaje donde ya haya algunos creyentes, el predicador debe primero no tanto tratar de convertir a los no creyentes como preparar a los miembros de la iglesia para que presten una cooperación aceptable" (*Obreros evangélicos*, p. 206).

Cuando los pastores asumen totalmente las funciones del ministerio de la iglesia y descuidan la labor de adiestramiento, la iglesia llega a ser espiritualmente débil. Hay una conexión definida entre la forma en que los pastores dirigen la iglesia y la espiritualidad de ésta. Cualquier pastor que emplee la mayor parte de su tiempo en la tarea de ministrar a los miembros, creará una iglesia espiritualmente débil. Por otro lado, un pastor que dedica la mayor parte de su tiempo a capacitar a sus miembros, creará una iglesia mucho más fuerte espiritualmente.

> "Dios no encomendó a sus ministros la obra de poner en orden las iglesias. Parecería que apenas es hecha esta obra es necesario hacerla de nuevo. Los miembros de la iglesia a favor de los

> cuales se trabaja con tanta atención, llegan a ser débiles en lo religioso. Si las nueve décimas del esfuerzo hecho a favor de quienes conocen la verdad se hubiera dedicado a los que nunca oyeron la verdad, ¡cuánto mayor habría sido el progreso hecho!" (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 21).

Dice la sierva del Señor que cuidar de la iglesia sin que medie ninguna otra razón, producirá miembros de iglesia endebles. Algunos pastores sienten que deben alimentar a la gente. Y que entonces, esa gente ya nutrida, automáticamente saldrá a testificar. No obstante, eso es completamente opuesto al consejo recibido. El punto de vista de Elena de White es que esta metodología produce cristianos débiles —laodicenses. Y, debido a que esto es lo que la mayoría de los pastores ha estado haciendo, ¿es sorprendente que nuestras iglesias estén llenas de feligreses enclenques? Mientras más cuidado les brindamos, más débiles llegan a ser espiritualmente.

El mayor peligro que enfrentan las iglesias al llegar a la madurez, es dedicar más tiempo a cuidar el "acuario de los santos", que a ser pescadores de hombres. Sin embargo, extrañamente, mientras más tiempo se emplea en alimentar a los santos, más débiles se muestran. Aun la iglesia del Nuevo Testamento estuvo en peligro de perder ese sentido de misión en sus primeros años. El peligro residía en que la iglesia detuviera su avance y se concentrara en fortalecer a los santos de Jerusalén. Para evitarlo, Dios permitió que los creyentes de Jerusalén fueran perseguidos, de manera que al esparcirse se dedicaran a su misión, y se fortalecieran espiritualmente.

> "Olvidando que la fuerza para resistir al mal se obtiene mejor mediante el servicio agresivo, comenzaron a pensar que no tenían ninguna obra tan importante como la de proteger a la iglesia de Jerusalén de los ataques del enemigo. En vez de enseñar a los nuevos conversos a llevar el Evangelio a aquellos que no lo habían oído, corrían el peligro de adoptar una actitud que indujera a todos a sentirse satisfechos con lo que habían realizado. Para

> dispersar a sus representantes, donde pudieran trabajar para otros, Dios permitió que fueran perseguidos. Ahuyentados de Jerusalén, los creyentes 'iban por todas partes anunciando la palabra'" (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 86-87).

"La fuerza para resistir al mal se obtiene mejor mediante el servicio agresivo". Ése es el camino hacia la victoria. El mejor método mediante el cual la gente puede ser alimentada y a la vez obtener victorias en su vida personal, es trabajando a favor de las almas. Así lo declara la pluma inspirada.

"Aquellos que serían vencedores debían ser despojados de sí mismos, y lo único que logrará realizar esa gran obra es llegar a estar intensamente interesados en la salvación de otros" (*Fundamentals of Christian Education* [Fundamentos de educación cristiana], p. 207).

Es imposible alimentarse espiritualmente mientras uno está alejado de la obra de ganar almas. Elena de White es muy clara en esto: la única manera de salir de la tibieza laodicense es involucrándose en el ministerio evangelístico.

El Dr. Kenneth Van Wyk, pastor de la iglesia Garden Grove Community, en California, y uno de los expertos contemporáneos en los temas relacionados al crecimiento eclesiástico, confirma lo que Elena de White le aconsejó a esta iglesia hace unos cien años.

> "A mi juicio, la educación orientada a nutrir comete un grave error al convertir en un fin algo que se concibe como un medio. Por definición, si la iglesia se centra en sí misma, adolecerá de un problema de introversión básica [...] El programa de educación cristiana orientado hacia la misión sostiene que el propósito primordial de la educación es habilitar a la gente para el crecimiento y avance de la iglesia [...] La iglesia es un centro de adiestramiento donde el pueblo de Dios es entrenado para desempeñarse en sus respectivas áreas de ministerio y misión. Nutrir es realmente un producto secundario que se recibe al estar

habilitado e involucrado en el ministerio. Mi experiencia en la educación cristiana es que cuando existe una actitud de misión en la iglesia, se motiva a la gente a adiestrarse, y produce resultados asombrosos en el crecimiento espiritual, tanto a nivel personal como en toda la iglesia" (*Pastor's Church Growth Handbook* [Manual de crecimiento de iglesia para pastores], t. 1, p. 134).

El adiestramiento es el mejor cuidado que se le puede ofrecer al pueblo de Dios. Sin embargo, alimentarlo por el solo hecho de alimentarlo tendrá como único resultado que la gente se hunda más en la indiferencia laodicense. Nuestras iglesias han sido acunadas hasta la muerte. No necesitamos ser alimentados por más tiempo. Lo que necesitamos es más adiestramiento para llevar adelante nuestra misión. Adiestrar e involucrar a los miembros en el ministerio es el mejor cuidado que podemos darles. Porque, precisamente por no haberlos adiestrado e involucrado en el ministerio, es que tenemos hoy tanta necesidad de alimentar a la iglesia.

La mejor medicina para Laodicea no es predicar acerca de los pecados de la iglesia; tampoco es decirle a la congregación que debe salir a trabajar. El mejor remedio para Laodicea es permitir que los pastores adiestren a los miembros y los estimulen a participar en ministerios significativos, en armonía con sus dones espirituales. (Más adelante explicaremos cómo se puede organizar en las iglesias un programa de adiestramiento basado en los dones espirituales.)

"A veces los pastores hacen demasiado; tratan de abarcar toda la obra con sus brazos. Esta los absorbe y los empequeñece; y sin embargo continúan abrazándola en su totalidad. Al parecer piensan que ellos solos han de trabajar en la causa de Dios, en tanto que los miembros de la iglesia permanecen ociosos. Esto no es en ningún sentido la orden de Dios" (El *evangelismo*, pp. 87-88).

"La mayor ayuda que pueda darse a nuestro pueblo consiste en enseñarle a trabajar para Dios, y a confiar en él, y no en los ministros" (*Testimonios para la iglesia,* t.. 7, p. 21).

> "Mientras los miembros de la iglesia no hagan esfuerzo para impartir a otros la ayuda que ellos recibieron, habrá forzosamente gran debilidad espiritual" (*Ibíd.*, p. 21).

Es abundantemente claro el consejo que Elena de White ha dado a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Ella contemplaba la función de los ministros adventistas como totalmente diferente a la función pastoral del siglo XIX. Elena de White estaba adelantada cien años a su tiempo.

Hoy, la mayoría de los expertos en crecimiento denominacional dice que la función del pastor debe ser adiestrar y capacitar. Además, ¡los adventistas del séptimo día tienen un mandato de la Sra. White para que los pastores sean los que adiestren! ¿Cómo podemos continuar creando a Laodicea negándonos a volver a la función bíblica del pastor como instructor y habilitador del laicado para su ministerio?

Es tan categórico el consejo que Dios ha dado a esta iglesia al respecto, que Elena de White llega a insinuar que cualquier pastor que no esté adiestrando a sus miembros para el ministerio, debe ser despedido. Eso suena duro, pero es ella quien lo dice.

"En ciertos respectos el pastor ocupa una posición semejante a la del capataz de una cuadrilla de trabajadores o del capitán de la tripulación de un buque. Se espera que ellos velen porque los hombres que están a su cargo hagan correcta y prontamente el trabajo a ellos asignado, y únicamente en caso de emergencia han de atender a detalles.

"El propietario de una gran fábrica encontró una vez a su capataz en la fosa de un volante, haciendo algunas reparaciones sencillas, mientras que media docena de obreros de esa sección estaban de pie a un lado, mirando ociosamente. El propietario, después de averiguar los hechos, para tener la seguridad de no ser injusto, llamó al capataz a su oficina y le entregó su cesantía con su salario. Sorprendido, el capataz pidió una explicación. Le fue dada en estas palabras: 'Lo contraté para mantener a seis hombres ocupados. Encontré a los seis ociosos, y a usted haciendo el trabajo de uno solo. Lo que hacía podría haber sido hecho igualmente por

cualquiera de los seis. No puedo pagar el salario de siete hombres para que usted enseñe a seis de ellos a holgar.' "Este incidente puede aplicarse a algunos casos, pero no a otros. Pero muchos pastores fracasan al no saber, o no tratar de conseguir que todos los miembros de la iglesia se empeñen activamente en los diversos departamentos de la obra de la iglesia. Si los pastores dedicasen más atención a conseguir que su grey se ocupe activamente en la obra y a mantenerla así ocupada, lograrían mayor suma de bien, tendrían más tiempo para estudiar y hacer visitas religiosas, y evitarían también muchas causas de irritación" (*Obreros evangélicos*, pp. 207-208).

¿Le impresiona la anterior declaración? ¿Recuerda la declaración de A. G. Daniells que citamos en el capítulo anterior? Él conocía el consejo que el Señor había enviado a los pastores adventistas. Lo había recibido directamente de Elena de White. Sabía que si nos apartábamos de dicho consejo, nuestras iglesias se fosilizarían. No es de sorprenderse que él nos advirtiera al respecto. Pero mayor fue la advertencia de Elena de White. ¿Qué sucedería si los presidentes de las asociaciones siguieran dicho consejo? Pocos pastores quedaríamos con empleo.

No deseamos enjuiciar al pastorado adventista. Hemos trabajado tal como nos enseñaron. El laicado no debe culpar a los pastores, y que los pastores no culpen al laicado. Juntos nos metimos en este problema, y juntos necesitamos resolverlo. En vez de lanzarnos piedras unos a otros, vayamos a Dios y pidámosle perdón porque no seguimos sus instrucciones. Luego, bajo la dirección del Espíritu Santo, juntémonos pastores y laicos y tratemos de encontrar una solución a nuestros problemas actuales. Ha llegado el momento de salir de Laodicea. Es hora de que el laicado asuma de nuevo su función de protagonista en el ministerio. Es hora que los pastores tomen sobre sus hombros la responsabilidad de entrenar a los laicos. ¡Empecemos a seguir el consejo que Dios nos ha dado!

Debemos decir claramente que no podremos regresar al modelo bíblico de la noche a la mañana. Los pastores no pueden dejar de cuidar el

rebaño de repente y esperar que las iglesias sobrevivan —probablemente sucumbirían. Hemos creado una dependencia tal que solamente puede ser aliviada cuando los miembros sean adiestrados para cuidar del rebaño. Cuando sean adiestrados, los pastores podrán ser aliviados de sus responsabilidades paulatinamente. Aun si no podemos regresar del todo al ideal bíblico, debemos por lo menos comenzar a movernos en esa dirección. El primer paso será juntar a laicos y pastores para discutir el problema. Es de esperarse que esto se pueda hacer sin emitir juicios o tratando de proteger intereses personales, sino con un genuino deseo de traer nuestras iglesias de vuelta al ideal de Dios.

## Resultados del ministerio laico en la iglesia local

¿Cómo serían nuestras iglesias si se hubieran ajustado al ideal divino? En Efesios 4, el apóstol Pablo, después de informarnos acerca del propósito de los dones del pastorado, describe cómo puede ser la iglesia cuando dichos dones espirituales se utilizan de acuerdo a los planes de Dios.

> "Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un estado perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo" (Efe. 4:13, NRV 2000).

Uno de los grandes beneficios que se reciben de un programa de ministerios laicos que se ha establecido de acuerdo a los dones espirituales presentes en la iglesia, es la unidad. Una de las grandes necesidades de la Iglesia Adventista es la unidad. La receta bíblica para alcanzar la unidad es mediante el empleo de los dones del pastorado para adiestrar y capacitar, emplazando al pueblo de Dios a trabajar:

> "Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por cualquier viento de doctrina, por estratagema de hombres, que para engañar emplean con astucia los artificios del error; sino que hablando la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es en Cristo" (Efe. 4:14-15, NRV 2000).

El objetivo de los dones espirituales no es sólo la unidad, sino también la madurez. El uso apropiado de los dones hace que los creyentes actúen menos como niños fluctuantes. La Escritura nos dice, y Elena de White lo confirma, que cuidar y alimentar a los santos es el resultado de estar debidamente capacitados para el ministerio.

Uno de los problemas del adventismo contemporáneo es que los miembros parecen no estar firmemente cimentados en la fe. Los adventistas no conocen su Biblia como la conocían en el pasado; son fácilmente conmovidos por falsas doctrinas y atrapados por cualquier género de movimientos aberrantes. Pablo indica que una de las bendiciones de un ministerio basado en los dones espirituales es que los miembros no son ya "llevados por cualquier viento de doctrina". La razón es que cuando el pueblo está activamente entregado a trabajar por otros, crece espiritualmente; y se siente forzado a observar un programa regular de estudio de la Biblia y de oración. Es difícil que una iglesia que esté activa en el ministerio, tratando de alcanzar a los perdidos, se vea invadida por falsas doctrinas.

"De quien todo el cuerpo, bien ajustado y unido por todos los ligamentos que lo mantienen, según la acción propia de cada miembro, crece para edificarse en amor" (Efe. 4:16, NRV 2000).

Pablo compara aquí a la iglesia con el cuerpo humano, con todas sus coyunturas unidas perfectamente para cumplir la tarea del cuerpo. En la mano solamente hay catorce articulaciones, excluyendo la muñeca; sin embargo, todas ellas trabajan suavemente en armonía. Si una coyuntura no trabaja correctamente, la mano deja de funcionar en forma apropiada. Así es con el cuerpo espiritual; todos los miembros necesitan trabajar juntos armoniosamente.

Sin embargo, en el cuerpo humano las coyunturas no comienzan a trabajar juntas de repente. A un niño le es difícil lograr que sus articulaciones comiencen a trabajar en concierto para poder caminar. No obstante, al tratar con persistencia, con el tiempo aprende. Al crecer el niño, sus articulaciones automáticamente trabajan en armonía. Ni siquiera necesita

pensar en ello. No obstante, el proceso de aprendizaje puede ser doloroso. El niño cae, se magulla las piernas, y llora. Sin embargo, aprende a pesar de sus errores y de sus magulladuras. Así sucede con la iglesia. Es posible que surjan magulladuras mientras aprendemos a trabajar juntos, pero si no tratamos, nunca podremos lograr nada para el Señor.

¿Qué es una articulación? Es la unión de dos o más huesos diferentes, de tal manera que puedan trabajar juntos como si fueran uno. Los problemas en los huesos se desarrollan generalmente en esos puntos de contacto. En el cuerpo, las coyunturas son un peligro, sin embargo, son una necesidad vital. Así es la iglesia. Si un cristiano individual, permanece siempre solo, no crea fricción alguna, pero no contribuye en nada positivo para la iglesia. Es en nuestra relación con los demás que crecemos y contribuimos con la iglesia. Nos necesitamos el uno al otro. La salud y el crecimiento de la familia y de la iglesia dependen de nuestro trabajo armonioso.

Las articulaciones son una fuente de numerosas enfermedades y deformidades. Son también los únicos medios a través de los cuales podemos caminar, comer, cantar, o arrodillarnos a orar. La razón de la unidad en medio de la diversidad de dones desplegados en la iglesia es que todos están bien concertados y unidos a la Cabeza, que es Cristo. De esa manera, personas con diversos dones pueden trabajar juntas. Cada parte tiene una función especial que desempeñar. Cada miembro llega a ser un miembro que trabaja. Ésta es la única forma en que la iglesia puede cumplir el plan de Dios.

¿Cuáles serán, pues, los resultados de este conjunto de dones espirituales y de un programa de ministerios laicos, en la iglesia local? ¿Qué sucederá cuando el pastor se convierta en el instructor y capacitador, y los miembros desempeñen sus funciones ministeriales en armonía con sus dones y talentos? Hay dos resultados: primero, el crecimiento numérico de la iglesia, y segundo, un crecimiento individual en madurez y espiritualidad. ¡Que Dios realice ambas obras mientras realineamos nuestras iglesias en armonía con el ideal bíblico!



Capítulo 5

# ¿Quién necesita los dones espirituales?

¿SE LE HA PEDIDO ALGUNA VEZ que desempeñe en la iglesia una responsabilidad para la cual no se sentía capacitado, y sin embargo fue presionado a cumplir dicha función? Como resultado de presionar a los hermanos para que presten sus servicios en posiciones para las cuales no están dotados, muchos se desilusionan y se niegan a seguir participando en las actividades de la iglesia. Ésa es la principal razón por la cual es tan importante tener en la iglesia local un ministerio que esté cimentado en los dones espirituales. Si realmente queremos integrar a los laicos a la obra, debemos dedicar tiempo para ayudarles a que descubran sus dones espirituales e identifiquen los ministerios donde pueden prestar sus servicios.

Sin embargo, el tema de los dones espirituales ha tenido una historia tormentosa en la iglesia. Esto se debe, probablemente, a que ha prevalecido un mal empleo de los dones espirituales en la iglesia cristiana. De hecho, una de las primeras fuertes controversias que surgió en la iglesia cristiana de Corinto fue precisamente el tema de los dones espirituales.

En la Iglesia Adventista los dones espirituales han tenido también una historia tormentosa. Muchos adventistas les temen a los dones espiritua-

les por la manera en que se ha usado el don de lenguas en diferentes grupos pentecostales. No debemos permitir, sin embargo, que una falsificación borre las bendiciones de los genuinos dones espirituales que Dios ha derramado sobre su iglesia.

Los adventistas, desde sus orígenes, han creído en los dones espirituales. Lamentablemente, en ocasiones han sido tan culpables como los pentecostales al elevar un don por encima de los demás: el don de profecía. Aunque el don profético es valioso, esencial, y genuino, no debemos restringir los dones espirituales solamente al don de profecía. Todos los dones del Espíritu deben manifestarse en la iglesia.

Más adelante consideraremos la forma de establecer en la iglesia local un ministerio basado en los dones del Espíritu. Sin embargo, en este capítulo deseamos examinar las bases bíblicas para la doctrina de los dones espirituales. Nos proponemos demostrar que la identificación y el empleo de los dones espirituales es una parte vital de nuestra preparación para la segunda venida de Jesús. De ahí que el concepto de un ministerio basado en los dones espirituales sea una peculiar doctrina adventista. Así lo consideraba Elena de White, según puede notarse en las siguientes declaraciones:

> "Dios puso en la iglesia diferentes dones. Estos son preciosos en sus debidos lugares, y todos pueden desempeñar una parte en la obra de preparar un pueblo para la pronta venida de Cristo" (*Obreros evangélicos*, p. 496).
>
> "Ha habido gran demanda de sermones en nuestras iglesias. Los miembros han dependido de las declamaciones del púlpito en vez de depender del Espíritu Santo. No habiendo sido demandados y no habiendo sido usados, los dones espirituales que les fueron concedidos han menguado hasta ser débiles" (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 148).
>
> "Los pastores con frecuencia descuidan estos importantes ramos de la obra: la reforma pro salud, los dones espirituales, la

> dadivosidad sistemática y las grandes divisiones de la actividad misionera. Como resultado de sus esfuerzos, mucha gente puede aceptar la teoría de la verdad, pero el tiempo revela que hay muchos que no soportan la prueba de Dios" (*El evangelismo*, p. 252).

Ciertamente hemos dedicado más tiempo a la reforma pro salud que a los dones espirituales. No es que la reforma pro salud debe ser descuidada; no creemos que debe serlo. Hasta tenemos departamentos en nuestras iglesias para que se ocupen del tema de la reforma pro salud, mientras que muy pocos han sido instruidos respecto a los dones espirituales. Uno de los temas más descuidados en el adventismo es el de los dones espirituales.

¿Recuerdan la declaración de Elena de White, citada en un capítulo previo, acerca de que la obra nunca será terminada hasta que laicos y pastores se unan en un mismo equipo? Ahora la Sierva del Señor nos dice que hemos sido descuidados al no enseñar a nuestros hermanos el tema de los dones espirituales, y por lo tanto ellos no están preparados para la venida de Cristo. ¿Podría haber entonces una conexión entre la preparación para el advenimiento, los dones espirituales, y el ministerio de un laicado que ha sido adiestrado por sus pastores?

Creo que éste es el meollo de las declaraciones de Elena de White que hemos examinado. Es también la razón por la que necesitamos urgentemente desarrollar en nuestras iglesias un ministerio basado en los dones espirituales.

## La parábola de los talentos

No ha sido Elena de White quien ha enfatizado exclusivamente la necesidad que tenemos de descubrir nuestros dones espirituales, como parte de la preparación para la venida de Cristo; sino que Cristo mismo establece esta conexión en la parábola de los talentos registrada en Mateo 25:14-30. Jesús estaba acercándose al final de su ministerio; se aproximaba el tiempo de su crucifixión. Sentía ansiedad a causa de la situación de los

discípulos y en Mateo 24 les expresa su sentir en cuanto al futuro. Este capítulo es identificado como el gran sermón de Jesús respecto a su segunda venida. Pero el sermón no concluye simplemente con las señales de su regreso. Después de enumerar las señales, Jesús rápidamente relata dos parábolas: la parábola de las diez vírgenes, y la parábola de los talentos. Ambas se relacionan con la preparación para su venida.

La parábola de las vírgenes concluye con un mandato para que velemos. La parábola de los talentos, por otro lado nos dice cómo las vírgenes debían haber estado velando. La parábola de las vírgenes hace énfasis en la necesidad que tenemos del aceite del Espíritu Santo, a fin de estar preparados para la venida de Cristo. La parábola de los talentos revela que Dios, a través del Espíritu Santo, es el dispensador de los dones o talentos que capacita a su pueblo para trabajar en su servicio.

Cuando los cristianos reciben el Espíritu Santo utilizan los dones que el Espíritu Santo les concede. El elemento principal en estas parábolas es que el tiempo de velar no debe ser utilizado en una espera ociosa, sino en el trabajo diligente. De este modo, la parábola de las vírgenes nos instruye respecto a la preparación personal para el advenimiento; mientras que la parábola de los talentos nos indica que hay que realizar una obra a fin de preparar a otros para el regreso de Jesús. La parábola de las diez vírgenes señala hacia la vida espiritual interna de los fieles; mientras que la de los talentos describe su actividad externa.

## Qué enseñan estas parábolas en cuanto a los dones espirituales

Podemos aprender ocho lecciones al estudiar la parábola de los talentos:

### 1. Los talentos representan dones espirituales.

Aunque en la parábola los talentos se refieren originalmente al dinero que se le ha entregado a cada uno de los siervos, son también símbolos de los dones espirituales que Dios ha otorgado a su iglesia.

"Todos los hombres no reciben los mismos dones, pero se promete algún don del Espíritu a cada siervo del Maestro" (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 263).

## 2. Es prerrogativa de Dios conceder talentos.

Los dones espirituales no son de origen humano. Vienen de Dios. En la parábola se presenta al dueño de la vida —Dios— como el dispensador de los dones. Él decide a quién, qué y cuántos dones se han de conceder.

> "El reino de los cielos es también como un hombre, que al salir de viaje, llamó a sus siervos, y les confió sus bienes" (Mat. 25:14, NRV 2000).

Los dones (o propiedades) no les pertenecen a la gente —les pertenecen a Dios. Son sus dones, y solamente les han sido confiados a sus siervos. Los dones espirituales no se refieren a los talentos naturales que recibimos a través de nuestros genes; sino a los dones especiales otorgados a los creyentes a través del Espíritu Santo.

Para el creyente, ser cristiano significa una entrega completa de la vida a Cristo, incluyendo los talentos naturales y las habilidades. Cuando venimos a Cristo le entregamos todo. Él entonces nos devuelve esos talentos naturales, mejorados por el Espíritu Santo. En ese sentido, aun nuestros talentos naturales pueden llegar a ser dones espirituales. Sin embargo, Dios otorga a todos los creyentes, además de los dones naturales, dones espirituales específicos, para que los utilicen en el ministerio para el Maestro. Debido a que estos dones pertenecen a Cristo, no podemos darnos el lujo de hacer mal uso de ellos. Usar mal un solo talento podría indicar que menospreciamos los dones del cielo.

Dios, en su sabiduría, nos concede apropiadamente los dones correctos: ni más, ni menos. Nunca se queje por causa del tamaño del don que ha recibido. Si Dios no le ha dado un primer lugar; gloríese por el segundo o el tercer lugar. No podemos quejarnos, estar resentidos o celosos de

la gente que tiene dos, o quizás cinco dones, cuando nosotros sólo tenemos uno. Dios nos ha dado lo que podemos usar. Y ha prometido que si usamos el don que tenemos, él lo aumentará. Lo que enseña la parábola es que debemos usar nuestros dones, cualesquiera que sean. Es mucho mejor estar en el último lugar en el servicio de Dios, que el primer lugar siendo infieles.

Recuerde que el mandato de Cristo es que usemos nuestros dones, no importa cuán pocos sean. En la parábola no se hace la pregunta "¿Cuántos tienes? Sino, ¿qué estás haciendo con lo que tienes?

## 3. Quienes usen sus dones recibirán más. Los talentos que se utilizan serán multiplicados.

Una de las lecciones que enseña la parábola es que a aquellos que utilizaron sus dones se les añadieron más; y que los que dejaron de usarlos perdieron aun los que tenían. El Señor espera que utilicemos nuestros dones. La recompensa por el fiel uso de ellos es la recepción de más dones y mayores oportunidades de servicio.

El dueño de la viña de la parábola no les dice a sus siervos cómo deben usar sus dones. Él los distribuye y deja que su uso responda al ingenio de cada individuo. Muchas equivocaciones se han cometido asignando arbitrariamente a las personas ciertos roles basándose en los dones que se consideraba que tenían. Algunos dirigentes de la iglesia han confeccionado una lista de los distintos tipos de ministerios que la gente puede desempeñar si poseen determinados dones, en vez de permitir que la gente descubra, mediante la oración, la meditación, y la dirección divina la manera en que Dios quiere que utilicen sus talentos. Tales intentos han sido bien intencionados, pero por lo general destruyen un ministerio basado en los dones espirituales.

La gente necesita decidir por sí misma cómo debe utilizar sus talentos. Los dirigentes de la iglesia pueden ofrecer consejos, pero el proceso para identificar los dones recibidos no debe reglamentarse hasta el punto de que ordene que la gente utilice sus dones sólo en ciertas maneras. Dios puede

levantar a personas que puedan ayudar a la iglesia a romper este molde y salir de él. No debemos ahogar la creatividad, insistiendo en que la gente utilice sus dones solamente dentro del patrón que les hemos provisto.

Algunos han sugerido que, en vista de que algunas personas tienen el don de la hospitalidad, deben trabajar tratando de alcanzar a nuevos creyentes; o si tienen el don de liderazgo, deben ocuparse tratando de cuidar de los demás miembros. Sugiero que es posible usar todos los talentos recibidos tanto en alcanzar a otros como alimentando a la iglesia. Pero la iglesia debe ser cuidadosa para no limitar a los hermanos. Permitamos que la gente decida por sí misma.

## 4. Cada uno recibe algún don.

El Maestro, como distribuidor de dones, ha dado a algunos cinco, a otros dos, y a otros uno. Pero cada siervo recibe por lo menos un don. La desigualdad en la distribución de los talentos indica que cada persona recibe lo que puede usar: ni más, ni menos. Por lo tanto, no hay ningún cristiano que no haya recibido al menos un don para usarlo en el servicio del Maestro. Nadie puede decir que no hay nada que él o ella pueda hacer. Ésa es la razón por la que todos los miembros son llamados al ministerio y dotados por Dios para hacer algo.

## 5. Un talento es valioso

Hay quienes piensan que, como solamente tienen un don —muy poca cosa— no están obligados a hacer nada. Ése fue precisamente el problema del siervo infiel. Él no malgastó su talento; simplemente lo escondió y no hizo nada con él. Muchos creyentes piensan que como sólo tienen un talento, no tienen mucho que ofrecer. Pero debemos reconocer que cada don es precioso porque es de Dios.

En los tiempos bíblicos un talento de plata equivalía a veinte años del salario de un obrero común. Hoy equivaldría a cerca de medio millón de dólares. Eso no es poca cosa. Lo que Dios ha dado a cada persona en dones espirituales es algo de tremendo valor para él y para su iglesia. Nadie

puede decir que no es importante en la obra de Dios mientras la gente esté utilizando sus dones espirituales.

### 6. Utilizar los talentos significa asumir riesgos.

En la parábola, el siervo que asumió riesgos recibió el mayor encomio. Aquel siervo pudo haberlo perdido todo. Lo mismo debe suceder hoy con los creyentes que utilizan sus dones; deben proyectarse con fe. En la Biblia los más grandes siervos de Dios fueron aquellos que asumieron los mayores riesgos de fracaso, pérdida y vergüenza. Llegaron a convertirse en hazmerreír de la gente. Abrahán, Moisés, Pablo, y Pedro; todos asumieron grandes riesgos a fin de hacer avanzar la obra de Dios. Lo mismo hicieron los pioneros del adventismo: gente como Jaime y Elena de White. Las iglesias locales necesitan hoy personas que estén dispuestas a asumir riesgos para hacer avanzar la obra. Usar nuestros dones significa arriesgarnos al fracaso; sin embargo, dejar de usar nuestros dones es un fracaso.

### 7. Quienes dejan de usar lo que han recibido pierden lo que tienen.

El siervo infiel tenía la capacidad para duplicar su único talento. El dueño de la viña esperaba que lo hiciera. La expresión "Debías haber" (v. 27), indica claramente que el hombre debió haber utilizado su talento.

Toda la parábola parece concentrarse en el individuo que recibió un talento. ¿Por qué? Porque es la persona con un talento la que está más propensa a no hacer nada. La razón por la cual hoy la iglesia no está avanzando como debe, no se debe tanto a la gente que tiene muchos talentos; sino a los muchos que han recibido un solo talento y que no están haciendo nada porque creen que tienen muy poco. ¡Cristo quiere que la gente que tiene pocos dones comprenda que son muy valiosos para él. En la iglesia se necesitan urgentemente sus talentos.

### 8. Quienes utilizan sus dones espirituales se están preparando para entrar al cielo; quienes no los usan, sufrirán una pérdida eterna.

La utilización de nuestros dones espirituales es parte de la preparación cristiana para la eternidad. Dejar de utilizar nuestros talentos tendrá consecuencias eternas. Éste es un asunto serio.

> "Habrá una pérdida eterna por todo el conocimiento y la habilidad que podríamos haber obtenido y no obtuvimos" (*Palabras de vida del Gran Maestro*, p. 297).

El siervo improductivo fue despojado de su talento, y arrojado a la oscuridad de afuera. Si Cristo hubiera sido más enfático, podría haber dicho que el siervo fue enviado directamente al "infierno". Así de serias son las consecuencias de no utilizar los dones que se nos han otorgado como seguidores de Cristo.

La desobediencia del siervo improductivo no fue activa, sino pasiva. Al igual que muchos hoy, no estaba desobedeciendo activamente a su Maestro; pero al no realizar algo positivo desobedeció a su Señor.

> "Muchos de los que se excusan de hacer esfuerzo cristiano presentan como causa su incapacidad para la obra. ¿Pero los hizo Dios tan incapaces? No, nunca. La incapacidad fue producida por su propia inactividad y perpetuada por su elección deliberada. Ya, en su propio carácter, están percibiendo el resultado de la sentencia: 'Quitadle el talento". El continuo mal uso de sus talentos, apagará del todo para ellos el Espíritu Santo, que es la única luz. La sentencia: 'Echadle en las tinieblas de afuera', coloca el sello divino sobre la elección que ellos mismos han hecho para la eternidad" (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 299-300).

Ésta es una terrible acusación que se lanza a quienes dejan de utilizar sus dones espirituales. Nosotros, como adventistas que estamos preparándonos para el regreso del Señor, no podemos darnos el lujo de ignorar la doctrina de los dones espirituales; ya que es parte de nuestra preparación para la eternidad. Se nos dice que dejar de usar nuestros dones espirituales resultará en el rechazo del Espíritu Santo, nuestra única luz.

El mayor pecado en el servicio de Cristo es, como alguien ha sugerido, tratar de preservar y resguardar el don que se nos ha dado, de tal manera que cuando nos lo pidan, podamos presentarlo exactamente en su forma original. Es hora de comenzar a utilizar nuestros dones espirituales.

## Los dones espirituales y la iglesia primitiva

El derramamiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés produjo un increíble despliegue de dones espirituales. Como resultado de ello, podemos leer a través de todo el libro de Hechos acerca del impresionante éxito de la iglesia primitiva, que en treinta años predicó el evangelio a todo el mundo conocido en aquel tiempo.

Sin embargo, en el libro de Hechos no aparece ningún tratado teológico en cuanto a los dones espirituales. En vez de eso, encontramos una implementación práctica de la doctrina de los dones espirituales: ante todo vemos los dones espirituales en acción. El Espíritu Santo capacita a unos para predicar, a otros para enseñar, y a algún otro para ser hospitalario. En un capítulo vemos al Espíritu Santo estimulando a los miembros para que presten ayuda, en otro se los llama a que exhorten a los demás, y quizás en un capítulo siguiente se los insta a servir como dirigentes capacitados.

Descubrimos en la fase organizacional de la iglesia primitiva detalladas referencias a dichos dones. De hecho, el primer tratado teológico formal en cuanto a ese tema se relaciona con el mal uso que se le dio a los dones espirituales en la iglesia de Corinto. El problema de los corintios surgió del hecho que cada uno estaba deseando tener el mismo don: uno que les parecía mayor que los demás. Esto dio como resultado que quienes poseían el don de lenguas, considerado como superior, sintieran orgullo espiritual.

La respuesta de Pablo tuvo como propósito trastornar la jerarquía que la iglesia de Corinto había establecido (1 Cor. 12:28-31). Pablo trató de transmitirles a los creyentes la profunda verdad de que los dones espiri-

tuales están relacionados entre sí más bien en un plano horizontal, en vez de estar colocados en una línea vertical; y que consecuentemente, en realidad no hay dones "superiores". Y por lo tanto, no hay ningún cristiano "superior". Siempre que los miembros utilicen sus dones, serán considerados como creyentes fieles.

Pablo indica, además, que los dones espirituales no son una "señal" de que se ha recibido el Espíritu. La señal del bautismo del Espíritu son los frutos del Espíritu, especialmente demostrados en la vida de cristianos amables y llenos de amor. Es por eso que 1 Corintios 13 aparece en el mismo centro de este debate acerca de los dones espirituales. Los dones se conceden para el ministerio de los santos; el fruto del Espíritu se concede para demostrar la piedad. El cristiano los necesita a los dos, y debe utilizar a ambos; pero debe colocar a cada uno en su lugar apropiado.

Asombrosamente, la doctrina de los dones espirituales parece ser la primera que el diablo logró distorsionar en la iglesia primitiva. Aquello que produjo la gran explosión de crecimiento en esos primeros años, recibió el primer ataque de Satanás. Obviamente, el enemigo sabe que cuando la iglesia entiende e implementa cabalmente un ministerio basado en los dones espirituales, experimentará un gran crecimiento interno y externo; y por lo tanto su reino maligno estará en peligro. Es por eso que utiliza todo su poder para impedir que los adventistas del séptimo día implementen en sus iglesias un ministerio basado en los dones espirituales. Bien sabe Satanás que cuando hagamos eso recibiremos el derramamiento del Espíritu Santo con el poder de la lluvia tardía, y Cristo vendrá.

En el Nuevo Testamento hay tres tratados teológicos fundamentales respecto a los dones espirituales: Romanos 12, 1 Corintios 12-14, y Efesios 4. En estos tres pasajes, los dones espirituales aparecen siempre como parte integral del cuerpo de la iglesia.

En la actualidad las iglesias utilizan tres enfoques para desarrollar un ministerio basado en los dones. El primero es que todos los dones se le han concedido al cuerpo; por lo tanto, el evangelismo es un sub-producto del cuerpo que se alimenta a través del uso de los dones. El problema

con este enfoque es que carece de planificación intencional para la testificación y resulta en una actitud de servicio propio en la iglesia.

El segundo enfoque declara que algunos dones se le han dado al cuerpo, y que algunos dones trabajan a través del cuerpo a favor de la comunidad. Si el don de hacer contactos con los no creyentes no ha sido otorgado; entonces no es necesario implementar un programa de evangelismo. El resultado de este enfoque es que el evangelismo se considera como un don concedido a unos pocos, y no como una responsabilidad de todo el cuerpo.

El tercer enfoque, el que se defiende en este libro, reconoce que todos los dones se le conceden al cuerpo de creyentes, y que todos estos talentos ministran por medio del cuerpo. Este enfoque les permite a los miembros involucrarse en ministerios significativos, tanto para el cuerpo como por medio del cuerpo, en favor de la comunidad; sin que por ello descuiden sus dones espirituales. Este enfoque les permite a los creyentes decidir si Dios los está llamando a usar sus dones a favor del cuerpo, o por medio del cuerpo.

Todos los dones funcionan en, o través de, el cuerpo; pero también contribuyen a fomentar la unidad de la iglesia. En todos los pasajes que hablan acerca de los dones espirituales se discute la unidad de la iglesia como uno de los beneficios prácticos de un ministerio basado en los dones del Espíritu. En este sentido, cada miembro ha sido colocado en el cuerpo de creyentes, de acuerdo al plan maestro de Dios; y se le ha concedido uno o más dones espirituales para cumplir apropiadamente con esa función. Qué delicia es para los creyentes comprender que Dios los ha colocado en sus iglesias locales en un momento dado, porque allí se necesitan sus talentos. Si no los utilizan, la iglesia no tendrá tanto éxito como podría haber tenido. Por lo tanto, cada individuo es una pieza de vital importancia para el desarrollo del complejo mosaico que Dios dibuja en su iglesia.

El segundo enfoque al abordar el tema de los dones espirituales, mencionado previamente, conduce a veces a confundir los dones y las respon-

sabilidades. Para cada don, hay una función específica que cada cristiano debe cumplir. Por ejemplo, no todos los cristianos reciben el don espiritual de evangelismo, sin embargo, cada cristiano debe testificar. El don para evangelizar capacita a un creyente para que alcance en forma efectiva a otras personas para la causa de Cristo. Lo habilita a él o a ella para desempeñarse mucho mejor que aquellos que no poseen dicho talento. Aunque no todos tienen esta habilidad que ha sido dada por Dios, todos podemos y debemos, con la bendición del Señor, testificar ante la gente con quienes estamos regularmente en contacto.

Hay ocasiones en que la gente debe ministrar aunque no posea el don específico que se necesita. Si alguien tiene hambre, uno no lo envía a casa de la hermana fulana, quien quizás tenga el don de misericordia y hospitalidad. Un cristiano alimenta al hambriento aunque no posea dicho don. Por esa razón, en la medida de lo necesario, cumplimos con las responsabilidades que están asociadas a todos los dones, aun mientras realizamos las tareas requeridas por nuestros dones específicos. Habrá ocasiones en que se nos pida que hagamos cosas que están más allá de nuestras aptitudes. Sin embargo, la mayor parte de nuestro ministerio debe realizarse en el ámbito en que se nos haya dotado.

Los dones espirituales han causado inmensos problemas a través de la historia de la iglesia, pero han sido una fuente de grandes bendiciones cuando se los ha usado apropiadamente. La efectividad de la iglesia de Dios está relacionada con su habilidad para establecer en sus congregaciones locales un ministerio basado en los dones espirituales. Vale la pena utilizar tanto el tiempo como el esfuerzo necesarios para establecer en la iglesia de Cristo un ministerio basado en dichos dones. ¿Por qué no tomar la decisión de comenzar ahora mismo?



Capítulo 6

# Cómo identificar los dones espirituales

PUESTO QUE CADA CREYENTE POSEE a lo menos un don del Espíritu, todos pueden ocuparse en una búsqueda para identificar sus dones. Tan pronto como alguien se bautiza, se le debe animar a entrar en este proceso de identificación de sus dones para que pueda encontrar un ministerio que utilice sus talentos.

La gente que tiene los dones más "notables" lo sabrá rápidamente, sin que sea necesario realizar una gran exploración. Sin embargo, la mayoría de nosotros no ha sido dotada con tales dones. No obstante, debemos esperar que se manifiesten en la iglesia. Elena de White indica que al acercarnos al tiempo del fin, milagros, señales y prodigios estarán otra vez a la orden del día. Por lo tanto, los dones milagrosos reaparecerán. Debemos ser cautelosos, no sea que los rechacemos de antemano.

La mayoría de nosotros ha recibido los dones del Espíritu no considerados milagrosos que se mencionan en las Escrituras. Habrá, por lo tanto, en nuestro caso, un proceso de identificación a través del cual descubriremos cuáles dones del Espíritu nos ha otorgado Dios. Una vez descubiertos nuestros dones, necesitaremos explorar formas en que pueden ser utilizados en un ministerio basado en los talentos. Ése será el tema del

capítulo 8. Al descubrir los dones que poseemos sabremos también cuáles no tenemos. Este conocimiento es importante, pues es algo frustrante tratar de hacer algo para lo cual no estamos dotados.

El proceso de identificación nunca termina. Necesitamos seguir experimentando para descubrir nuestros dones. La parábola de los talentos enseña que si la gente utiliza sus dones, otros les serán añadidos. De manera que, los dones que no aparecen hoy, surgirán, quizás, dentro de cinco años. Por lo tanto, debemos continuar con el proceso de descubrimiento.

A continuación, enumeramos cinco pasos en el proceso de identificación:

## 1. Orar.

Siendo que los dones provienen del Espíritu, deben ser identificados en un contexto espiritual. No debemos elevar una oración precipitada pidiéndole a Dios que nos revele los dones que nos ha concedido el Espíritu Santo. Más bien, debemos empeñarnos en un período de oración intensa pidiéndole a Dios que nos revele su voluntad respecto a nuestro ministerio. Sería conveniente que al examinar los diferentes dones mencionados en la Escritura, preguntáramos a Dios en forma específica si nos ha otorgado ese don en particular.

Los creyentes no sólo debieran orar, sino también escuchar cuando Dios habla. Puede ser que algunos dones nos resulten sobrecogedores al principio, pero debemos orar para que Dios nos haga conocer su voluntad respecto a nuestra vida espiritual. Deberíamos recordar que las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. Es imposible, sin mucha oración y escudriñamiento de corazón, que descubramos nuestros dones espirituales, y que identifiquemos un ministerio que esté basado en ellos. Sin embargo, el premio que recibiremos por todo ese tiempo pasado con Dios será la satisfacción de saber que se está haciendo la voluntad de Dios con los dones que él nos ha dado. Nada traerá más gozo a nuestros corazones que el convencimiento de saber que estamos donde Dios quiere que estemos, y que estamos utilizando los dones que él nos ha confiado.

## 2. Explore las posibilidades.

Primeramente debemos familiarizarnos con los diferentes dones disponibles. El mejor lugar para comenzar es el listado de los dones mencionados en la Escritura. Como mencionamos anteriormente, los tres pasajes más importantes que enumeran los dones espirituales son: Romanos 12, 1 Corintios 12 y Efesios 4. Esto no significa, sin embargo, que los dones deben limitarse a aquellos mencionados en la Escritura. Estos pasajes sugieren los talentos que se necesitaban en la iglesia primitiva del primer siglo. Fueron los dones que eran necesarios para impulsar a la iglesia hacia el tremendo crecimiento que experimentó.

Sin embargo, ya no vivimos en el primer siglo; vivimos en el siglo XXI. Puede ser que los dones necesarios hoy para expandir la obra de Dios, sean diferentes o adicionales a los que se necesitaban en el primer siglo. El Espíritu no conoce limitaciones. Él puede dispensarnos continuamente nuevos dones, conforme se necesiten, para el avance de la causa de Dios. Aunque debemos comenzar estudiando los dones de la Escritura, no debemos limitar al Espíritu Santo ni tampoco a nuestra exploración a los dones mencionados en ella.

La primera lista de dones espirituales se encuentra en Romanos 12:6-8, donde se mencionan siete dones del Espíritu: profecía, ministerio, enseñanza, exhortación, dádivas, gobernar y misericordia. En 1 Corintios 12:8-10, se mencionan otros nueve: sabiduría, conocimiento, fe, sanidad, operación de milagros, profecía, discernimiento de espíritus, lenguas, e interpretación de lenguas. Ocho de estos dones son nuevos, mientras que el don de profecía ya se mencionó en Romanos 12.

En el versículo 28 de 1 Corintios se mencionan otros dones adicionales. Se alude aquí a ocho, la mitad de ellos son una repetición de los dones mencionados anteriormente: apóstoles, profetas, maestros, obradores de milagros, don de sanidades, ayudas, administradores, diversidad de lenguas.

Efesios 4:11 lista cinco dones, dos de los cuales son nuevos: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, y maestros.

En estos tres pasajes se mencionan un total de veintiún dones espirituales diferentes. Adicionalmente, hay otros talentos que se sugieren en la Biblia. En 1 Pedro 4:8 se nos dice que la hospitalidad puede muy bien ser incluida como uno de los dones espirituales, y en 1 Corintios 13:3 se incluye al martirio como otro don del Espíritu.

Considere estas listas y vea si alguno de ellos le llama la atención. Luego ore en cuanto a ellos para determinar si uno o dos dones sobresalen. Éste es el propósito del proceso de exploración: simplemente familiarizarnos con el tipo de talentos que nos puede conceder el Espíritu.

Puede ser que durante esta fase de descubrimiento uno utilice uno de los inventarios populares para la identificación de los dones espirituales. Sin embargo, debemos expresar una advertencia. Estos inventarios han sido muy mal utilizados. Se supone que deben ayudar en el proceso de exploración, de manera que la persona localice con mayor precisión un buen punto para comenzar a identificar sus dones. Sin embargo, el inventario no está destinado a decirnos exactamente cuál es el don de una persona. Eso no es posible descubrirlo solamente consultando un inventario. Apenas nos sugeriría dónde comenzar. Esto nos lleva al tercer paso en el proceso de descubrimiento.

### 3. Experimente con cuantos dones le sea posible.

Al explorar las diferentes listas de dones espirituales que se encuentran en la Biblia, y cuando obtenemos una lista de ellos en los inventarios, será posible reducir nuestra lista a unos pocos dones. Sin embargo, durante esa etapa, el cristiano debe continuar orando para que Dios le permita descubrir cuáles dones le ha concedido.

El siguiente paso es comenzar a experimentar con diferentes dones. En otras palabras, trate de utilizarlos y observe los resultados. Aquellos que han sido dotados pueden hacer las cosas mejor y más fácilmente que los demás. Ésa es precisamente la razón por la cual los creyentes son dotados con dones. Sin embargo, el cristiano no sabrá si posee un don hasta que lo ponga a prueba.

Algunos dones es difícil ponerlos en práctica. Usted no puede saltar de un edificio alto para descubrir si tiene el don de realizar milagros. El don del martirio también es difícil de someterlo a experimentación. Sin embargo, muchos de los dones espirituales se prestan para la experimentación.

Uno de ellos es el don de evangelismo. Muchos estudios indican que al menos el diez por ciento de los miembros activos de una congregación local ha sido dotado con ese don. Sin embargo, menos del dos por ciento está usándolo realmente. Si una persona ha explorado la lista de los dones, y ha descubierto que el evangelismo está cerca del tope de su lista de posibilidades, ¿cómo podría experimentar con él?

En primer lugar, debe recibir adiestramiento. El solo hecho de haber sido dotado por el Espíritu no significa que no necesite entrenamiento. Supongamos que una persona decide que Dios posiblemente le ha concedido el don de evangelismo, y que Dios la está dirigiendo a usar su don impartiendo estudios bíblicos. Lo primero que debe hacer es asistir a un programa de adiestramiento para aprender a dar estudios bíblicos. Después, podría tratar de acompañar a alguien que ha sido dotado o dotada con dicho don, y observarlo, antes de tratar de dar un estudio. Si descubre que ése no es su don, puede fácilmente dejarlo, y probar otro diferente.

Otra advertencia. Una iglesia que ha puesto en práctica un ministerio basado en los dones debe conceder a sus miembros la libertad para experimentar con ellos. Una iglesia no puede asignar arbitrariamente a la gente para que labore en actividades con las cuales estarán probablemente comprometidos durante varios años. Si eso sucede, el proceso de identificación de los dones personales será seriamente estorbado. Permita que los miembros sepan que tienen la libertad de moverse de un área a otra mientras experimentan con diferentes dones.

Si encontramos que tenemos un don, debemos probar otros más. Recuerde, Dios puede habernos otorgado más de un don. Y esto no lo sabremos a menos que estemos dispuestos a seguir experimentando.

## 4. Examine sus sentimientos

Los sentimientos no son siempre el mejor criterio, pero ciertamente deben tomarlos en cuenta los creyentes que estén tratando de identificar sus ministerios o sus dones. ¿Siente alguien algún tipo de satisfacción mientras experimenta con un don en particular? Por otro lado, si experimenta un total hastío o disgusto, esto podría muy bien ser una indicación de que ése no es su talento.

Sin embargo, no debe confundirse el nerviosismo o la inquietud por hacer algo por primera vez con una falta de satisfacción. Mucha gente se siente muy inquieta y nerviosa la primera vez que experimenta con el don del evangelismo. No obstante, descubren más tarde que experimentan un verdadero sentido de satisfacción.

Dios no nos pide que hagamos algo que nos haga sentir absolutamente miserables mientras lo hacemos. Ése es precisamente el punto clave al usar nuestros dones. Cuando utilizamos los dones que Dios nos da, debemos disfrutarlos, y más los disfrutaremos mientras más los utilicemos. Por esa razón, la gente involucrada en ministerios basados en los dones espirituales siente una honda satisfacción con lo que hace. Esto contribuye también al gozo del cristiano, que es otro de los frutos del Espíritu.

## 5. Evalúe su efectividad.

Los dones espirituales tienen un propósito. Están diseñados para alcanzar objetivos específicos. Si eso no está ocurriendo, el creyente tendrá razones para cuestionar si de veras posee ese don. Por ejemplo, en la ilustración anterior referente al uso del don del evangelismo para dar estudios bíblicos; si el creyente observa que nadie acude a Cristo después de dar varios estudios bíblicos, podrá muy bien cuestionar si Dios le ha llamado a ese don y ministerio.

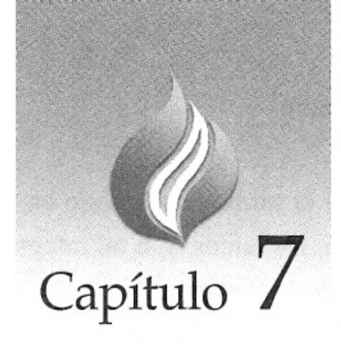
Ahora bien, debemos ser cuidadosos aquí. La gente tiende a subestimar su propia efectividad. Muchos cristianos, algunas veces a causa de su baja autoestima, sienten que no están logrando nada significativo para

el Señor. Por esa razón, no debemos depender exclusivamente de nuestra valoración personal.

Es una buena idea consultar con otros creyentes para saber qué piensan acerca de nuestra efectividad. Debemos solicitar varias opiniones. No debemos apocarnos, sino pensar positivamente. No nos ufanemos, más bien demos gloria a Dios por los dones del Espíritu Santo. Siendo que los dones espirituales se manifiestan en el cuerpo de la iglesia, podríamos esperar que el mismo cuerpo los confirmara. Somos parte de una gran organización: el cuerpo de Cristo. Si poseemos un don espiritual, éste se acoplará a los otros que están presentes en la iglesia. Los demás cristianos reconocerán nuestros dones y nos confirmarán que de veras los poseemos. Si pensamos que tenemos un don y el resto de los miembros piensa que no es así, debemos poner en dudas nuestra opinión al respecto.

Repetimos una vez más, es necesario establecer un clima de reafirmación en la iglesia. Cuando se ha implementado un ministerio basado en los dones espirituales, los miembros deberán ser animados, con el propósito de confirmarlos en sus dones. Cuando un cristiano observa que un compañero está realizando algo en una forma apropiada, debe felicitarlo por su capacidad para realizar esa obra. Como parte del proceso de identificación, es conveniente participar en un grupo reducido de personas que nos conozcan. Los participantes en esos grupos pueden emplear tiempo para compartir lo que cada uno considera como los dones espirituales de los demás miembros del grupo. Esto puede ser un maravilloso proceso de afirmación para los que están involucrados.

Éstos no son más que cinco sencillos pasos. Sin embargo, realmente no deben ser considerados en forma independientemente. Los dones espirituales operan en el cuerpo de Cristo, y el creyente necesita la ayuda del cuerpo en el proceso de descubrimiento de sus dones. Es por eso que el proceso descrito en el capítulo 8 es tan importante. Toda la iglesia necesita estar involucrada en la identificación de los dones de cada miembro. Eso es lo que significa ser parte de la iglesia de Dios. Ayudémonos unos a otros.



Capítulo 7

# Cómo mantener vivos los dones espirituales

MUCHAS IGLESIAS HAN CELEBRADO a través de los años reuniones para discutir el tema de los dones espirituales, o quizás en alguna ocasión han mostrado cierta preocupación por conocer más acerca de ellos. Sin embargo, muy a menudo, el interés en los dones espirituales se desvanece cuando concluyen las actividades que se han programado. No se le ha dado un verdadero seguimiento al tema. No estamos sugiriendo en este libro que todo lo que una iglesia necesita hacer es presentar un seminario o una serie de charlas acerca de los dones espirituales —aunque eso podría ser parte del proceso. Estamos animando a las iglesias para que hagan del énfasis sobre los dones espirituales todo un estilo de vida. Es por eso que el siguiente capítulo tratará exclusivamente acerca del establecimiento de un ministerio basado en el Espíritu en la iglesia local. Sugerimos que la estructura de la iglesia necesitará cambiar para acomodarla al modelo bíblico de los dones espirituales.

Antes de discutir el mecanismo necesario para establecer un modelo de ministerio basado en los dones, exploremos otra pregunta en cuanto a ellos. ¿Habrá una forma en que podamos mantener el concepto de los dones espirituales en forma permanente ante la congregación, de manera

que nunca lo olvide? Si el ministerio basado en los dones es fundamental para la integración de los laicos, y si tal integración es un elemento en extremo crucial para la vida cristiana, tal como lo indica la Biblia, entonces es algo que debe mantenerse constantemente frente a la iglesia local.

Obviamente, la iglesia primitiva del Nuevo Testamento tuvo éxito porque se mantuvo en forma constante atenta a los dones espirituales. Los nuevos creyentes se unían a la iglesia, descubrían sus dones, e inmediatamente eran integrados al ministerio. Por eso la iglesia creció rápidamente. ¿Cómo mantuvieron aquellos líderes de la iglesia los dones espirituales vigentes ante sus congregaciones de manera continua? ¿Cómo pudieron conservar la vigencia de los dones como algo que era de vital importancia para los nuevos conversos? ¿Cómo se logró que la gente que se unía a la iglesia se interesara en descubrir sus dones?

Lo que sugiero en este capítulo no tiene el propósito de ser algo obligatorio para todos los nuevos conversos. Sin embargo, sugiero que quizás podemos usar algunos de los métodos que utilizó la iglesia primitiva para mantener el tema de los dones espirituales vigente en cada congregación. Puede ser que haya otras maneras en que esto podría hacerse, pero he hallado que el ejemplo bíblico ha dado buenos resultados. Además, ayuda a despertar el entusiasmo de los nuevos conversos respecto al descubrimiento de sus dones tan pronto como se unen a la iglesia.

## Los sacerdotes del Antiguo Testamento

La doctrina del sacerdocio de todos los creyentes se desprende del concepto sacerdotal del Antiguo Testamento. En aquellos tiempos los sacerdotes eran ordenados en un servicio especial de consagración que se describe en el libro de Éxodo. En dicho pasaje se relata cómo Aarón y sus hijos fueron consagrados al sacerdocio:

"Para consagrarlos como sacerdotes a mi servicio, harás lo siguiente: Tomarás un novillo y dos carneros sin defecto, y con harina fina de trigo harás panes y tortas sin levadura amasadas con aceite, y obleas sin leva-

dura untadas con aceite. Pondrás los panes, las tortas y las obleas en un canastillo, y me los presentarás junto con el novillo y los dos carneros. Luego llevarás a Aarón y a sus hijos a la entrada de la Tienda de reunión, y los bañarás. Tomarás las vestiduras y le pondrás a Aarón la túnica, el efod con su manto, y el pectoral. El efod se lo sujetarás con el cinturón. Le pondrás el turbante en la cabeza, y sobre el turbante, la tiara sagrada. Luego lo ungirás derramando el aceite de la unción sobre su cabeza" (Éxo. 29:1-7 NVI).

Al concluir aquel servicio, el sacerdote era ordenado y estaba libre para comenzar su ministerio.

Cuatro cosas ocurrieron en la ordenación de aquellos sacerdotes del Antiguo Testamento:

- Aarón y sus hijos reconocieron que debía ofrecerse un sacrificio por sus pecados. Por lo tanto, eso fue lo primero que se hizo (vers. 1-3).
- Después de ofrecer el sacrificio, Aarón y sus hijos fueron lavados con agua de la fuente (vers. 4). Ésta fue la única ocasión en que los sacerdotes fueron totalmente lavados con agua. En otras ocasiones, sus manos y pies tendrían que ser lavados, pero en esta ocasión todo su cuerpo fue lavado.
- Después de haber sido lavado, el sacerdote debía ser vestido con vestiduras nuevas; las vestiduras del oficio sacerdotal (vers. 5-6).
- Finalmente, la cabeza del sacerdote fue ungida con aceite, ungiéndolo para su ministerio (vers. 7).

## Los sacerdotes del Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, todos los creyentes son sacerdotes delante de Dios. Ésta es la doctrina del "sacerdocio de todos los creyentes" que hemos examinado previamente. Sin embargo, en el Nuevo Testamento hay un servicio de iniciación al sacerdocio semejante al servicio de ordenación del Antiguo Testamento. Nótese lo que sucede en el Nuevo Testamento cuando alguien se entrega a Cristo:

- El individuo debe reconocer el sacrificio de Cristo Jesús por sus pecados. Así como los sacerdotes del Antiguo Testamento reconocían que se había realizado un sacrificio por sus pecados, también el creyente del Nuevo Testamento acepta el sacrificio de Jesús por sus pecados, como el primer paso para acudir a Cristo y prepararse para ser su ministro.
- Al aceptar el sacrificio de Cristo, el creyente es bautizado. Así como los sacerdotes del Antiguo Testamento eran lavados, el creyente del Nuevo Testamento es también lavado mediante el rito bíblico del bautismo.
- Al salir del agua el creyente es vestido con el manto de la justicia de Cristo: las vestiduras del sacerdocio del Nuevo Testamento. Aquí se establece de nuevo un paralelo con el servicio del Antiguo Testamento. Sin embargo, es lamentable que es en este punto donde concluye el paralelo para la mayoría de las iglesias. En el bautismo, el énfasis se coloca, muy razonablemente, en la limpieza de los pecados. Hay gozo porque la persona ha sido redimida.

Pero, ¿redimido, con qué propósito? Parece faltar algo en nuestra ceremonia bautismal. Un elemento que llame la atención al hecho de que el llamado de Cristo no es solamente para ser limpiados, sino para entrar al ministerio para él.

El servicio de consagración del Antiguo Testamento concluía con el ungimiento del sacerdote. Era algo que simbolizaba un reconocimiento de parte de Dios y de la congregación; una manera de reafirmar que el individuo había sido llamado al ministerio. Solamente después del ungimiento debía el sacerdote ejercer el ministerio. ¿Será que el hecho de que la mayoría de las iglesias no provee un paralelo del ungimiento del Antiguo Testamento es la razón para que muy pocos conversos entren de inmediato a trabajar en el ministerio?

El ejemplo de Jesús en el Nuevo Testamento da la idea de que el bautismo es más una ordenación para el ministerio que una limpieza del peca-

do. Jesús no fue bautizado con el propósito de ser limpiado de pecado. Él fue bautizado para servirnos de ejemplo; pero sobre todo, para autenticar el hecho de que estaba por iniciar su ministerio. Después de su bautismo el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de una paloma y lo ungió para su ministerio. En esa importante ocasión se le dio a Jesús una señal visible de que su bautismo inauguraba su ministerio a través del Espíritu Santo.

Al estudiar acerca de la iglesia primitiva descubrimos rápidamente que sus dirigentes tenían una forma de hacerle saber al creyente que había sido llamado al ministerio. Parece lógico que deberíamos seguir esta práctica del Nuevo Testamento de manera que los nuevos conversos, así como los miembros más antiguos, consideren la vida cristiana como una ordenación para el ministerio.

## Cómo reconocía la iglesia primitiva los llamados al ministerio

Si bien el Espíritu Santo descendió en forma visible sobre Jesús en ocasión de su bautismo, no sucedió lo mismo en los bautismos subsiguientes en los tiempos del Nuevo Testamento. En lugar de esto, la iglesia primitiva tenía una manera de mostrar que el invisible Espíritu Santo se había derramado sobre la gente para ungirlos para su ministerio. Un estudio del Nuevo Testamento revela que ellos utilizaban un medio muy sencillo para reconocer públicamente el llamado de un individuo al ministerio. Muchas veces, este reconocimiento apuntaba al ministerio del pastorado, otras veces a la posición de diáconos o de ancianos; y en algunas ocasiones, simplemente reconocían el llamado de los nuevos conversos al ministerio. En cada una de estos casos, este reconocimiento se sellaba mediante la imposición de las manos.

"Mientras ayunaban y participaban en el culto al Señor, el Espíritu Santo dijo: 'Apártenme ahora a Bernabé y a Saulo para el trabajo al que los he llamado.' Así que después de ayunar, orar e imponerles las manos, los despidieron" (Hech. 13:2-3, NVI).

Aunque éste es un caso de pastores que estaban siendo apartados y ungidos para el ministerio, ciertamente se nos indica que el método utilizado para sellar el llamado al ministerio era la imposición de las manos.

"Ejercita el don que recibiste mediante profecía, cuando los ancianos te impusieron las manos" (1 Tim. 4:14, NVI).

Es posible que este texto se refiera tanto a la ordenación del joven Timoteo a la función del pastorado, como también a la imposición de las manos que pudo coincidir con su conversión. El punto interesante aquí es que Pablo indica que Timoteo recibió un don espiritual en conexión a la imposición de las manos. ¿Será que la imposición de las manos es el medio para indicar que el Espíritu Santo ha descendido sobre una persona y le ha concedido dones espirituales?

Siendo que los dones espirituales no son, en modo alguno, exclusivos del pastorado, debemos tener cuidado de no aplicar este texto en forma exclusiva a los pastores. Si lo hacemos, sería fácil llegar a la conclusión de que los pastores reciben dones espirituales al imponérseles las manos en su ordenación al ministerio evangélico. Si bien podrían los pastores recibir dones adicionales para utilizarlos en sus diversas funciones ministeriales, deberían haber recibido algunos dones del Espíritu en el momento de su conversión.

En realidad, el Nuevo Testamento parece implicar que la doctrina de la imposición de las manos no debe estar reservada para ancianos, diáconos y pastores. Nótese cómo el autor de Hebreos presenta la imposición de manos como una de las doctrinas elementales de la fe cristiana.

> "Por eso, dejando a un lado las enseñanzas elementales acerca de Cristo, avancemos hacia la madurez. No volvamos a poner los fundamentos, tales como el arrepentimiento de las obras que conducen a la muerte, la fe en Dios, la instrucción sobre bautismos, la imposición de manos, la resurrección de los muertos y el juicio eterno" (Heb. 6:1-2, NVI).

De acuerdo a Hebreos, la doctrina de la imposición de manos es una

de las doctrinas elementales de la fe cristiana, junto con el arrepentimiento y la fe. ¿Cómo podría ser si la imposición de manos se reserva exclusivamente para pastores, ancianos, y diáconos? Las ordenaciones son momentos solemnes, incluso se le aconseja a la iglesia que no se impongan las manos a nadie demasiado pronto. Sin embargo, parece existir una doctrina en el Nuevo Testamento que coloca la imposición de las manos en las etapas elementales de la vida cristiana.

¿Practicaba la iglesia primitiva la imposición manos en el momento de la conversión? ¿Encontramos algún ejemplo en el Nuevo Testamento acerca de la práctica temprana de la imposición de manos a los nuevos conversos? Hay a lo menos dos casos:

> "Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén se enteraron de que los samaritanos habían aceptado la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Éstos, al llegar, oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo aún no había descendido sobre ninguno de ellos; solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces Pedro y Juan les impusieron las manos, y ellos recibieron el Espíritu Santo" (Hech. 8:14-17, NVI).

Éstos eran nuevos conversos, que acababan de aceptar a Cristo. Al enterarse los discípulos que aquellos creyentes habían aceptado al Señor, les enviaron a Pedro y a Juan. Habían sido bautizados, pero ahora, como una señal de que también habían de recibir el Espíritu Santo, Pedro y Juan les impusieron las manos, ordenándolos real y efectivamente al ministerio que le corresponde a cada miembro regular de la iglesia. Recuérdese que el derramamiento del Espíritu Santo se vincula a la recepción de los dones espirituales que han de habilitar a los miembros para ministrar. Esto parece ser lo que predicaban Pedro y Juan. La manera como lo reconocieron públicamente fue mediante la imposición de manos.

No sólo Pedro y Juan realizaron la práctica de imponer las manos a los

nuevos conversos, sino que el apóstol Pablo también demostró la aceptación de esta costumbre:

> "Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo recorrió las regiones del interior y llegó a Éfeso. Allí encontró a algunos discípulos. '¿Recibieron ustedes el Espíritu Santo cuando creyeron?' les preguntó. 'No, ni siquiera hemos oído hablar del Espíritu Santo', respondieron. Entonces, '¿qué bautismo recibieron?' 'El bautismo de Juan'. Pablo les explicó: 'El bautismo de Juan no era más que un bautismo de arrepentimiento. Él le decía al pueblo que creyera en el que venía después de él, es decir, en Jesús'. Al oír esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo vino sobre ellos, y empezaron a hablar en lenguas y a profetizar" (Hech. 19:1-6, NVI).

Aquí de nuevo encontramos conversos que habían sido bautizados, pero que aún no habían participado en el ministerio del Espíritu Santo; algo que implicaba recibir los dones espirituales e involucrarse en las actividades del servicio. Notemos que Pablo consideraba que aquellas personas recién bautizadas, pero que no habían sido colocadas en el ministerio, todavía no eran totalmente cristianas. Por lo tanto, los rebautizó y les impuso las manos, ordenándolos al ministerio que corresponde a los miembros de la iglesia. Elena de White, en un comentario acerca de este pasaje, dice:

"Fueron bautizados entonces en el nombre de Jesús; 'y habiéndoles impuesto Pablo las manos', recibieron también el bautismo del Espíritu Santo, por el cual fueron capacitados para hablar los idiomas de otras naciones, y para profetizar. Así fueron habilitados para trabajar como misioneros en Éfeso y en su vecindad, y también para salir a proclamar el Evangelio en Asia Menor" (*Los hechos de los apóstoles*, p. 229).

Evidentemente, la iglesia primitiva utilizaba la imposición de manos para mantener constantemente ante los creyentes la necesidad de que todos los conversos al cristianismo encuentren un ministerio basado en

los dones recibidos, en armonía con el Espíritu Santo. Estaban tan convencidos de esto que, al parecer, en ciertas ocasiones rebautizaban a la gente que aún no estaba involucrada en el ministerio. Esto ciertamente es un agudo contraste con el cristianismo de hoy, que le permite a la gente ser considerada como miembro regular y en regla, aunque no esté involucrada en el ministerio.

Quizá sería una buena idea que la iglesia contemporánea siguiera el ejemplo del Nuevo Testamento de la imposición de manos a los nuevos miembros de iglesia. Con esto se lograrían dos cosas:

Primero, mantendría constantemente delante de la congregación la importancia de los dones espirituales y la necesidad de que cada miembro se involucrara en el ministerio. Se mantendría viva en la congregación la necesidad de un ministerio basado en los dones cada vez que se celebrara un bautismo.

Segundo, haría necesario que los pastores enseñaran acerca de los dones espirituales y de la importancia de una entrega al ministerio de parte de los nuevos conversos. Se les explicaría que el bautismo simboliza tanto una entrada al ministerio, como una limpieza del pecado.

En congregaciones donde esto se ha puesto en práctica, los nuevos conversos entran a la iglesia con el ánimo de encontrar su lugar en el ministerio local. Como resultado, tienen gran entusiasmo por unirse a una clase especial donde se puede aprender más acerca de los dones espirituales. Entran a la iglesia con la expectativa de que tienen que involucrarse en alguna faceta del ministerio.

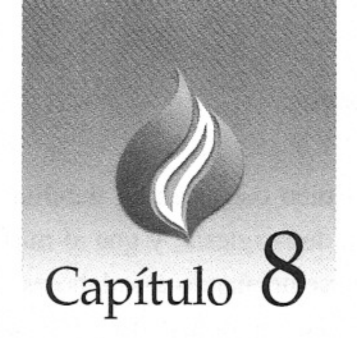
¿Cómo debería celebrarse un servicio de ordenación tal? No debería ser un servicio emocional. No lo era en la iglesia primitiva. Era simplemente un reconocimiento de que cada miembro ha sido llamado al ministerio. Para reconocer dicho llamamiento la iglesia les impone las manos a los nuevos creyentes, como un símbolo de que la vida cristiana es un ministerio.

Después del bautismo, los candidatos pueden ser llamados al frente de la iglesia como de costumbre, para recibir la bienvenida y la diestra de

compañerismo. Pueden expresarse unas pocas palabras explicando que el sacerdocio de los creyentes requiere que todos los cristianos se integren al ministerio. El bautismo significa nuestra entrada al ministerio de la vida cristiana. Se podría señalar que, en reconocimiento a ese llamamiento, seguimos la práctica del Nuevo Testamento de imponer las manos; que es el reconocimiento de la iglesia de que los nuevos conversos han sido llamados al ministerio. Y un reconocimiento de que Dios les ha otorgado dones espirituales apropiados para su ministerio. Luego, el pastor puede públicamente encargarles a los nuevos conversos la tarea de descubrir sus dones y encontrar su lugar en el ministerio laico de acuerdo a sus talentos.

Los ancianos y el pastor pueden entonces, en el momento apropiado, arrodillarse para orar, imponiendo las manos sobre los nuevos creyentes, y comisionándolos para su ministerio. Otra variante podría ser, pedir a las personas que los trajeron a la iglesia, estar al lado de ellos, e imponerles las manos mientras el pastor ora.

Puede haber otras formas para mantener vivo, ante la congregación el concepto de que "cada miembro es un ministro". Es un lema que recibe un fuerte énfasis en el Nuevo Testamento. La mayor parte de los miembros que han estado presentes en la ceremonia, a menudo se pregunta, por qué la iglesia no practica esta costumbre de los creyentes primitivos. Quizás ha llegado el momento cuando, como parte de la nueva orientación a un ministerio basado en los dones, se le conceda un reconocimiento público al llamamiento de los miembros de la iglesia al ministerio.



Capítulo 8

# Es hora de un nuevo comienzo

AL LEER ESTAS PÁGINAS, quizá le ha venido a la mente la idea de que si la iglesia local ha de retornar al ideal divino de un ministerio efectivo tiene que ser reestructurada. Si el laicado ha de ser la parte activa del ministerio y los pastores sus entrenadores; la iglesia, definitivamente, necesita una reestructuración.

Actualmente nuestras iglesias no facilitan la identificación de los dones del Espíritu ni la ubicación de la gente en ministerios que se relacionen con ellos. En vez de eso, nuestro actual sistema parece estimular el concepto de asignar "tareas" a los miembros en vez de asignarlos a sus "ministerios". Y estas tareas tienden más bien a responder a las necesidades de la institución, antes que a las de los individuos. Así, la decisión de una iglesia local de iniciar un programa de ministerios vinculado a los dones implica la necesidad de hacer serios cambios.

¡Es hora de un nuevo comienzo!

## ¿Qué es un ministerio laico?

El ministerio laico no es simplemente lograr que los miembros de iglesia realicen las tareas que el pastorado crea que deben hacer. Los

ministerios laicos más bien consisten en habilitar a los miembros para que cumplan la misión de la iglesia; y que al mismo tiempo encuentren satisfacción personal desempeñando esas labores.

Ambos propósitos deben cumplirse. El ministerio laico no ha de cumplir con las tareas de la iglesia a expensas de sus miembros. Los ministerios laicos no "usan" a la gente; más bien mantienen un equilibrio apropiado entre la misión de la iglesia y el desarrollo de los miembros.

Debido a que el ministerio laico incluye no sólo la misión de la iglesia, sino el desarrollo de sus miembros; la iglesia deberá proveer múltiples opciones para dicho ministerio. Existe una gran diversidad en el conglomerado humano; asimismo sus necesidades individuales también difieren. Si los miembros han de encontrar satisfacción en el ministerio, se les debe ofrecer múltiples opciones para su desempeño. De igual manera, la iglesia debe adaptarse a sus miembros, creando nuevos ministerios en los cuales puedan utilizar sus dones.

Mientras más tiempo de fundada tenga una iglesia local, más enfatizará su supervivencia y perpetuación convirtiéndolas en su objetivo principal; hasta que, con el tiempo, los miembros tengan que convertirse en sirvientes de dicha perpetuación. Un programa de ministerios laicos orientado hacia la gente deberá evolucionar en forma regular, porque la gente en nuestra presente sociedad se mueve y cambia a un paso cada vez más acelerado. Por lo tanto, la iglesia deberá actualizar constantemente su programa de adiestramiento y oportunidades si pretende que su programa de ministerios laicos se centre en la gente y no en la institución. De esta manera podrá mantenerse al día respecto a las cambiantes necesidades de la gente. Los objetivos de los ministerios no cambiarán, pero los medios para alcanzarlos sí lo harán.

Cuando la iglesia habla de ministerios laicos, la mayor parte de los miembros visualiza involucrarse en algún tipo de ministerio de avanzada, o de cuidado de los fieles, apoyados por la estructura de la iglesia local. Sin embargo, para que se lleve a cabo un verdadero ministerio del laicado, esta visión debe cambiar. El ministerio laico se lleva a cabo no

solamente en la iglesia, sino también —y de manera más frecuente— fuera de ella. Los miembros deben comenzar a entender que su ministerio para Cristo puede efectuarse los lunes en la mañana en la oficina, en vez de los sábados por la mañana en la iglesia.

La iglesia debe darse cuenta que el ministerio laico abarca la totalidad de la vida del cristiano. El ministerio no está confinado al edificio de la iglesia, o a las sagradas horas del sábado. El ministerio más significativo de los miembros de la iglesia podría ocurrir en un ambiente secular durante el transcurso de la semana. Con esta visión del ministerio laico, el miembro de iglesia ya no necesita sentir que estar involucrado en un ministerio significa que debe aceptar la tarea que le ofrece la iglesia con el fin de perpetuar su permanencia institucional.

Es hora de que los cristianos adventistas rompan su capullo, salgan de su castillo, y se integren a la comunidad, para que el mundo vea la diferencia dinámica que Cristo puede efectuar en nuestras vidas.

## Reestructurar la iglesia para el ministerio de los laicos

A estas alturas ya debe ser claro que el ministerio de los laicos que estamos considerando exige que la iglesia reexamine la estructura que en la actualidad posee a fin de que pueda involucrar a la feligresía en sus ministerios. Quizás necesite realizar una revisión drástica.

La mayoría de las iglesias opera basada en la premisa de que la comisión de nombramientos debe seleccionar a las personas para que sirvan en la iglesia cumpliendo una “tarea” o desempeñando un “ministerio”. Realmente, las comisiones de nombramientos pueden llegar a ser más un obstáculo que una ayuda para el ministerio laico. Puede ser que realmente estemos estructurando a nuestras iglesias para mantener a la feligresía fuera antes que dentro del ministerio.

La mayoría de las comisiones de nombramientos juegan al gato y al ratón con los miembros. Se reúnen para adivinar lo que le gustaría hacer a cada miembro; luego le tuercen los brazos a la gente para lograr

que acepten un cargo en la iglesia. Como resultado, muchas veces se les asigna a los miembros una labor para la cual no están dotados. Esto resulta en una actuación pobre, en frustración y, algunas veces, en la renuncia a cualquier cargo en la iglesia. Entonces la comisión de nombramientos celebra reuniones maratónicas para tratar de llenar las nuevas vacantes.

Un primer paso en una posible reestructuración a favor de los ministerios laicos comienza por lo menos con la negociación del desempeño de las comisiones de nombramientos. Por lo general el proceso se inicia con la consideración de una lista de posiciones que la comisión trata de asignar. En el enfoque del ministerio laico que proponemos, el proceso comienza, más bien, con la lista de los miembros. Se considera a cada persona —sus dones y sus deseos (los cuales deben haber sido sometidos a la comisión)— así como las necesidades de la iglesia. La comisión de nombramientos procede, entonces, a través de la lista de miembros, a colocar a cada miembro en las responsabilidades que armonicen con sus necesidades personales y sus dones espirituales.

En las iglesias donde el autor de estas páginas ha implementado esta técnica se ha revolucionado el proceso de nombramientos. En vez de celebrar innumerables reuniones tratando de llenar las vacantes, la comisión, raramente, ha tenido que reunirse después de haber completado su revisión de la lista de los miembros. Como los cargos que se les encomendaban estaban en armonía con los dones y deseos de los miembros, éstos aceptaban alegremente, sin necesidad de un largo proceso de persuasión, y sin que ningún miembro aceptara de mala gana una responsabilidad por causa de un extraviado sentido del deber.

Aunque éste es un buen primer paso, debe verse sólo como eso. No es la solución final. Quizá con el tiempo la iglesia desee eliminar por completo a la comisión de nombramientos, y sustituirla por una comisión permanente, que podría llamarse la comisión o junta de ministerios laicos. Su tarea sería colocar a los miembros en ministerios que estén en armonía con sus dones espirituales. Esto se haría no una vez al año, sino

continuamente, al añadirse nuevos miembros, o al presentarse la necesidad de nuevas asignaciones.

Otro problema con las comisiones de nombramientos es que tratan de asignar demasiadas responsabilidades. Una iglesia con una feligresía de seiscientos miembros estaba tratando de llenar quinientas posiciones. Esa tarea hercúlea destruiría a cualquier iglesia y a su comisión de nombramientos, especialmente si esto se repite cada año. Sin embargo, ése es el problema que afrontamos de acuerdo a la estructura vigente en la mayor parte de las iglesias. La gente necesita la aprobación, o quizás una invitación específica, de la comisión de nombramientos, para cualquier cosa que quiera hacer en la iglesia. Algunas veces agregamos o "establecemos" cargos para que la gente sienta que se la necesita. Luego esto se convierte en una posición que se debe llenar en el futuro. Esa interminable lista de cargos y posiciones que se crea, desanima a la gente y dificulta la integración de los laicos.

Algunas veces establecemos tantos puestos, que al miembro promedio le dejamos poco tiempo para que pueda involucrarse en un ministerio significativo. Muchas de las personas más dotadas de la iglesia utilizan el tiempo que dedican a la iglesia para permanecer sentadas en juntas y comisiones. Ciertamente podría dársele un mejor uso a su tiempo. Cualquier iglesia que esté seriamente interesada en el ministerio de los laicos, necesitará modificar su estructura, a fin de concederles tiempo a sus miembros para involucrarse en el ministerio. Algunos no estarán de acuerdo, pero me gustaría indicar que estar sentados en una comisión o junta no es un ministerio —ciertamente, no lo es en el sentido activo necesario para que la iglesia termine su misión en la tierra.

Una de las quejas que más a menudo se escucha entre los dirigentes de la iglesia es que no tienen tiempo para participar en las actividades misioneras de la iglesia. Algunas veces los pastores responden a esas observaciones culpando a los mismos miembros. Sin embargo, es hora de que la iglesia tome esas quejas en serio. Necesita reconocer que en la

sociedad de hoy, llena de tensiones, la gente realmente tiene sólo cierta cantidad de tiempo que puede dedicar a la iglesia.

Para algunos, quizás eso significa cinco horas a la semana –sin contar el tiempo que asisten a la escuela sabática y al culto divino. Es posible que la iglesia pueda convencer a unas cuantas personas para que aumenten el tiempo de sus ministerios a seis o siete horas, pero raramente más de eso. Esto no significa, necesariamente, que la gente que dedica menos tiempo no es tan consagrada. La iglesia debe reconocer que el trabajo secular y los negocios de la gente ocupan una enorme cantidad de tiempo en estos días.

Tomemos, por ejemplo, el caso del hermano Pedro. Él es anciano de iglesia y maestro de escuela sabática. Para que Pedro pueda hacer bien su labor en la iglesia, necesitará pasar un mínimo de tres horas preparando la lección de escuela sabática. Además de eso, por ser anciano, probablemente deberá asistir a varias comisiones de la iglesia, como la Junta de la Iglesia, la comisión de ministerios personales, el concilio de la escuela sabática, la comisión de finanzas, o la comisión de mayordomía. Puede ser que tenga que pasar dos o tres noches por semana asistiendo a diferentes comisiones. Además como anciano, se espera que dedique una noche cada semana a visitar los miembros. No obstante, rara vez puede hacer visita alguna, debido al trabajo de todas esas comisiones.

Aun así, el hermano Pedro atiende los ruegos de algunos miembros para que se involucre en actividades misioneras con el fin de alcanzar a los no creyentes; pero no tiene tiempo. Está comprometido con la iglesia durante seis o siete horas cada semana. Otra obligación más, y su familia se quejará.

Algunas veces las iglesias han logrado que sus miembros se sientan culpables debido a que no están más involucrados en las actividades programadas, y esto ha sido la causa para que descuiden a sus familias. ¡Eso es un crimen! Con la alarmante tasa de disolución de hogares adventistas, la iglesia debe asegurarse de que no hace trabajar con exceso a la gente o los aparta excesivamente de sus familias. No debemos destruir familias en el nombre de Cristo.

Obviamente, según el actual esquema, el hermano Pedro está involucrado a capacidad en su iglesia. Sin embargo, se siente frustrado por los pocos resultados que muestra todo su trabajo en las diferentes comisiones. Desea hacer algo más, pero todo su tiempo está ocupado en mantener la institución de la iglesia. ¿Qué puede hacerse? Evidentemente no se le puede pedir a Pedro que haga más, pero quizás sea posible modificar la estructura de la iglesia de manera que no tenga que estar presente en tantas comisiones. Así podrá tener más tiempo libre para dedicarlo al ministerio laico.

Lo que le está sucediendo al hermano Pedro, les ocurre a muchos miembros de la iglesia. Están tan atareados atendiendo y manteniendo a la iglesia, que no tienen tiempo para involucrarse en sus ministerios. Y como los miembros siguen a sus líderes, y los dirigentes no le dedican tiempo a la misión de la iglesia; será completamente natural que pocos miembros muestren interés en un ministerio laico orientado a cumplir la misión de la iglesia. Quizá necesitamos eliminar algunos de los cargos y puestos, a fin de liberar a la gente para el ministerio.

Alguien podría preguntar, ¿qué posiciones podemos eliminar? Porque cada posición será considerada como muy importante por alguien. El pastor Ron Gladden, cuando era pastor de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Madison, Wisconsin, trató de implementar un ministerio centrado en la gente, en vez de que estuviera enfocado a la posición o el puesto, algo muy común en la mayoría de las iglesias. Como parte de ese proceso, estudió con su iglesia el caso, a fin de determinar cuáles posiciones eran absolutamente necesarias tratando de conservar la identidad de la Iglesia Adventista en la congregación. ¿Qué sucedió?

> "Analizamos la lista, discutimos cada posición individualmente (¡algunas veces vigorosamente!). Al final conservamos cuatro de ellas: un primer anciano, un jefe de diáconos, una jefa de diaconisas, un tesorero y una secretaria de iglesia.

¡Asombroso! ¡Y pensábamos que necesitábamos todos aquellos cargos! Muchísimo de lo que hacemos como iglesia es aparentar estar ata-

reados. Eso no nos está ayudando a cumplir con nuestra misión; más bien podría estar sirviendo de obstáculo para que eso suceda.

Al liberar a la gente de la carga de necesidades institucionales en su iglesia, el pastor Gladden la organizó en diferentes renglones o ministerios. Esto es precisamente lo que se quiere decir con la frase una "iglesia de ministerios laicos".

Debe tenerse cuidado de no colocar sólo nuevos nombres a los puestos llamándolos ministerios, y procediendo luego como de costumbre. Recuérdese que los ministerios se deben desarrollar en torno a las necesidades de los miembros y deben concentrarse en el cumplimiento de la misión de la iglesia. Esto no significa que la iglesia no tendrá una escuela sabática, pero sí podría implicar que la escuela sabática será muy diferente. Además, podría ocurrir que quienes estén involucrados en ella obtendrán una mayor satisfacción.

## Requisitos básicos para un programa de ministerios laicos

Para que un programa de ministerios laicos pueda operar en forma efectiva en el ámbito local, se requieren cinco elementos básicos.

- **Primero** debe haber un compromiso a largo plazo con el concepto y con sus implicaciones. Una iglesia no debería comenzar un programa de ministerios un año dado, para luego volver a su modelo previo al año siguiente. Las necesidades de reestructuración, y el tiempo que se requiere para desarrollar a plenitud dicho programa, significa que la iglesia necesitará entregarse por un tiempo determinado a esta nueva manera de hacer las cosas. Se necesita un mínimo de tres a cinco años para desarrollar un programa de ministerios laicos. Sin embargo, cuando la iglesia experimente el reavivamiento de sus miembros, será rápidamente testigo de los resultados positivos que son los frutos del experimento que permitirá al laicado convertirse realmente en la iglesia. Nuestra dedicación al ministerio laico no debe ocurrir simplemente para poner en práctica un programa más

en la iglesia. Más bien, debe verse como un intento serio para volver al modelo del laicado del Nuevo Testamento.

- **Segundo**, el ministerio de los laicos exige el apoyo de toda la iglesia. No será suficiente la dedicación de sólo unos cuantos miembros. Cualquier iglesia que desee experimentar en este sentido necesitará planear el proceso cuidadosamente a fin de que tanta gente como sea posible comprenda lo que está sucediendo, y se integre al programa. Varias acciones y procedimientos ayudarán a la iglesia a entender la necesidad de implementar este tipo de ministerio: discusiones en comisiones pequeñas, un compromiso definido de parte de la Junta de la Iglesia, sermones sobre el tema, y quizás la distribución masiva de este libro entre los miembros.
- **Tercero**, un compromiso con el ministerio de los laicos necesitará un decidido liderazgo. Un pastor que no esté firmemente comprometido con este concepto no podrá implementar en su iglesia un ministerio del laicado. De hecho, este concepto puede parecer amenazante para aquellos pastores que han sido entrenados para ser "ministros". Podrían sentirse renuentes a liberar al laicado y entrenarlos para el ministerio. Por otro lado, los pastores no debieran empujar a los laicos demasiado rápido, pues ellos han estado acostumbrados a que los pastores sean los ministros, y podría serles difícil cambiar su manera de pensar. Por lo tanto, en la implementación de este concepto, es necesario un liderazgo vigoroso y a la vez delicado.
- **Cuarto**, se requerirá un buen sistema para administrar la información requerida en la implementación de este programa de ministerios. Si la iglesia tiene una computadora, deberá adquirir un buen programa de bases de datos, que permita almacenar y recuperar la información pertinente acerca de cada miembro. La iglesia no sólo necesitará recuperar los datos almacenados, sino antes que nada desarrollar un instrumento de medición que permita obtener dicha información. Los datos que deben recopilarse pueden incluir: dones espirituales de los miembros, cargos previamente desempeñados en

la iglesia, actividades que realiza actualmente en su ministerio, ambiciones y deseos para proyectos futuros, tiempo disponible, etc.

- **Finalmente**, la iglesia necesitará implementar un sistema regular de adiestramiento para los miembros que estén involucrados en los ministerios que ya están en marcha. Involucrarse en un programa de ministerios laicos requerirá poner en práctica un vigoroso programa de adiestramiento en la iglesia. Discutiremos esto más ampliamente en un capítulo subsiguiente.

## Pasos en la reestructuración

Antes de concluir este capítulo, resumamos los pasos que serán necesarios al reestructurar la iglesia para el ministerio laico:

1. **La iglesia necesitará una clara comprensión de lo que es el ministerio laico.** Dicho ministerio cumple la misión de la iglesia a través de gente que crece espiritualmente a causa de su participación.
2. **El ministerio de los laicos debe estar centrado en la gente, no en la institución.** Por lo tanto, el propósito de dichos ministerios es el crecimiento personal, en vez de únicamente atender a las necesidades institucionales.
3. **Un primer paso en la reestructuración de la iglesia para el ministerio de los laicos es hacer que la comisión de nombramientos llene los cargos vacantes apoyándose en las necesidades de los miembros, y no en las necesidades de la iglesia.** Cualquier vacante que no se llene ha de ser eliminada. Si Dios quiere que la misma se llene, él dotará a alguien para dicha posición.
4. **Una manera más radical de abordar el tema sería eliminar la mayoría de las posiciones que actualmente se desempeñan en la iglesia.** Las cuatro o cinco que permanezcan, podrían ser asignadas por la comisión de nombramientos. El resto de la iglesia entonces se organizaría en función a los diferentes ministerios. Los miem-

bros se asignarían a los mismos a través de la comisión de ministerios laicos, cuya tarea principal consistirá en conseguir que la gente se involucre en armonía con los dones que posee. Mientras una persona esté satisfecha realizando una labor apropiada, permanecerá en el ministerio donde fue asignada. Cuando la persona desee participar en una manera diferente, la comisión de ministerios laicos trabajará con el individuo para hacer una nueva asignación en armonía con sus dones.

5. **Estos ministerios pueden implementarse mientras la persona ministra para Cristo en la iglesia, o en el mundo.** Todo el tema de la estructura del ministerio de los laicos en la iglesia puede resumirse en que hemos de concederle libertad al pueblo de Dios que ministre para Cristo en el mundo, y no que esté confinado a la iglesia. Es hora de que la iglesia expanda sus muros y se convierta en la sal de la tierra, tal como Jesús quiere que sea.

Esto, obviamente, es una desviación radical de la manera en que se desempeña la mayoría de las iglesias adventistas. Se necesita mucha oración, estudio y discusión para iniciar el proceso de transformar las iglesias actuales en un modelo de ministerios laicos. Los próximos dos capítulos tratarán acerca de la participación de los miembros en un ministerio que esté en armonía con sus dones espirituales, y acerca del establecimiento en la iglesia local de un centro de adiestramiento para los ministerios.

Ha llegado la hora de un nuevo comienzo para la Iglesia Adventista mientras procura terminar la obra de Dios, reestructurándose para llevar a cabo un ministerio que se convierta más que nada en una forma de vida para todos sus miembros.

---

1. Ron Gladden, (*The Drama of Church Recruiting* [El drama del reclutamiento en la iglesia], manuscrito inédito).



Capítulo 9

# Cómo ubicar a los miembros en un ministerio

EN EL CAPÍTULO ANTERIOR describimos la posibilidad de establecer en la iglesia local un ministerio basado en los dones espirituales, en vez de uno que esté enfocado en tareas. Para lograrlo, la iglesia debe tener una actitud de plena dedicación a un ministerio que esté basado en los dones del Espíritu. El presente capítulo lo consideramos esencial para aquellas iglesias que deseen implementar este tipo de ministerio

Asignar a los miembros tareas específicas en un ministerio laico es, sin embargo, una de las partes más difíciles del proceso. Muchas iglesias han contemplado la necesidad de establecer un ministerio basado en los dones espirituales, y se han dado cuenta de que los laicos deben ser capacitados para dicho ministerio; sin embargo, no han sabido cómo lograrlo.

Las iglesias podrán ofrecer seminarios acerca de los dones espirituales, predicar sermones acerca de los mismos, así como reunir y arengar a los soldados de la cruz para que se incorporen a la lucha; pero, a menos que realmente se asigne al laicado a las diferentes tareas de un ministerio activo, basado en los dones del Espíritu, no se logrará algo que produzca un impacto duradero.

Antes de que una iglesia esté preparada para alistar a sus miembros en el ministerio, deberá cumplir varios requisitos. Considerémoslos.

- **Primero** debe existir en la iglesia local un alto grado de dedicación a implementar una estructura ministerial laica, apoyada en los dones espirituales. Este compromiso se podrá incentivar mediante seminarios, sermones y discusiones en grupo, especialmente dirigidos al liderazgo de la iglesia.
- **Segundo**, una iglesia que esté lista para asignar a sus miembros a diferentes ministerios habrá iniciado un programa centrado en la gente tal como lo presentáramos en el capítulo anterior. En otras palabras, se logrará la implementación de un ministerio centrado en la gente, en vez de centrarse en la institución. El énfasis se coloca en ayudar a la feligresía a encontrar satisfacción en el ejercicio de sus ministerios, en vez de estar tratando de suplir las necesidades de la iglesia.
- **Tercero**, la iglesia habrá conducido al menos un seminario acerca de los dones espirituales. Durante dichas reuniones los miembros deberán haber utilizado alguno de los inventarios o instrumentos usados para identificar los dones espirituales. Pero, más importante aún, habrán dialogado acerca de los dones espirituales en grupos, y comenzado el proceso de descubrimiento e identificación. No es necesario que el seminario sea extenso o complicado. De hecho, mientras más simple, más efectivo será.

Éstos son los requisitos previos al comienzo de la etapa de puesta en práctica de un ministerio basado en los dones. Muchas iglesias no han cosechado los resultados después de celebrar sus seminarios acerca de los dones espirituales, porque han considerado al seminario como un paso final, en vez de contemplarlo como un requisito previo a la implementación del proyecto. Si todo lo que hace la iglesia es dirigir el seminario, no sucederá nada más. Los pasos que se discuten a continuación son cruciales en el proceso.

## Entrevista para asignación de los miembros al ministerio

Después de celebrado el seminario acerca de los dones espirituales, deberá celebrarse con cada uno de los participantes en el seminario una serie de entrevistas para fines de asignación al ministerio. Estas entrevistas serán, probablemente, conducidas por el pastor, al iniciar la iglesia el proceso de transición a un ministerio basado en los dones espirituales. Sin embargo, el pastor debería estar al mismo tiempo adiestrando a otra persona para que haga esto. Por lo tanto, es imperativo que el pastor lleve a cabo las entrevistas, mientras que la persona a quien él esté adiestrando, observa. Con el tiempo, según progrese la iglesia en la implementación de un ministerio basado en los dones, podrá formarse una comisión especial de laicos cuya tarea principal sería dirigir las entrevistas de ubicación en los ministerios y proveer el seguimiento apropiado para asegurarse que cada persona se integre efectivamente.

La labor de esta comisión —o del pastor— será algo pesada al principio del proceso, ya que estará asignando a los miembros a los diferentes ministerios. No obstante, después de ese momento inicial, la responsabilidad de la comisión solamente habrá de abarcar a los nuevos conversos de la iglesia. A fin de ayudar a agilizar el proceso, sería conveniente limitar la matrícula del primer seminario sobre los dones espirituales, a un número que la iglesia crea que puede darle seguimiento y ubicarlo en los diferentes ministerios.

El propósito de la entrevista de ubicación es repasar con cada miembro los resultados del seminario sobre los dones espirituales, y especialmente los resultados del inventario que han completado. Asimismo se considerarán las observaciones que hayan hecho los demás miembros durante el seminario, tocante a la presencia de dones espirituales en cada participante. Otros aspectos que deberían ser explorados durante la entrevista, incluirían la posible satisfacción de los miembros con el compromiso realizado con el programa por la iglesia, y cualesquiera otros elementos del ministerio que pudieran ser del interés de ellos.

Es importante, como parte del proceso, que se discuta a cabalidad con los miembros dónde piensan que podrían integrarse mejor al programa. En este punto de la entrevista es importante escuchar cuidadosamente. Se espera que en este intercambio se descubran algunas áreas de interés.

El segundo propósito de la entrevista es establecer pasos específicos que serán dados en los próximos meses, tanto por el miembro como por la iglesia; a fin de identificar un ministerio acorde con sus dones, fuerzas, intereses y preocupaciones. Esta serie de pasos debe ser registrada por escrito y entregada una copia al miembro, y otra para la iglesia.

## Pautas para la entrevista

A fin de que la iglesia pueda celebrar con éxito la entrevista de ubicación, se sugieren las siguientes pautas:

1. **La entrevista debe celebrarse en el hogar del miembro, o en la oficina de la iglesia; nunca debe hacerse por la vía telefónica.** Si consideramos que la asignación al ministerio es importante, como hemos indicado anteriormente, entonces merecerá que la entrevista se celebre personalmente.
2. **La persona que esté conduciendo la entrevista debe recordar que el propósito del ministerio laico no es colocar a los miembros de la iglesia en un trabajo o tarea, sino habilitarlos para que encuentren satisfacción en el ministerio que seleccionen.** Sin embargo, al mismo tiempo el entrevistador o entrevistadora, no debe olvidar que la misión de la iglesia es hacer discípulos; y que hacer discípulos involucra tanto a los ministerios de captación de nuevos miembros como retener a los antiguos.

   El entrevistador o entrevistadora debe tratar de conciliar las necesidades e intereses del individuo con la misión de la iglesia. Al mismo tiempo debe resistir la tentación de "usar" al miembro con el propósito de colocarlo donde exista una necesidad institucional; en vez de priorizar las necesidades del individuo. El entrevistador o entre-

vistadora, deberá asegurarse que el ministerio seleccionado contribuirá al logro de la misión de la iglesia.

3. **La persona que realice la entrevista evitará expresar juicios categóricos, o parecer dominante.** El propósito de la entrevista es que el entrevistador y el miembro lleguen a algún tipo de entendimiento en cuanto a la ruta y a los pasos a dar en el proceso para identificar el ministerio apropiado para el miembro en cuestión. Quien realice la entrevista no debe dar tampoco la impresión de que conoce de antemano todas las respuestas. La identificación de los dones es un esfuerzo que involucra a todo el cuerpo; y el miembro debe estar plenamente convencido de que está determinando su propio destino. Si por alguna razón el miembro cree que ha sido "encasillado" o presionado a aceptar un ministerio o una tarea; no asumirá la tarea con el mismo grado de responsabilidad que tendrá. Él es quien determina los pasos para descubrir su propio ministerio. El entrevistador o entrevistadora debe ser sensible, cuidadoso, y comprensivo, escuchar mucho, y tener en mente que las más importantes son las preocupaciones y prioridades del miembro.
4. **La persona que realice la entrevista debe asegurarse de que conoce las expectativas particulares del miembro, en cuanto a su posible ubicación en el programa de la iglesia; y acerca de la imagen que el miembro tiene acerca de lo que representa un ministerio "ideal".** Luego deberían trabajar juntos tratando de identificar los pasos necesarios para poder alcanzar una gozosa labor de servicio. A la vez, deben mantener en sus mentes que el blanco del ministerio es dar y servir; no tanto recibir. La pregunta clave es, ¿dónde puede el miembro servir de una manera más efectiva y con una mayor satisfacción?
5. **Durante la entrevista debe tomarse tiempo para conversar acerca de los temores que el miembro sienta acerca de su proyectado ministerio, en caso de tener algunos.** ¿Cuáles son sus recelos, dudas, inquietudes, o temores? No deberá dudar sacarlos a

la luz. De otra manera, se agravarán e impedirán el desempeño del ministerio que se haya seleccionado.

6. **El entrevistador debiera resistir la tentación de hablar sólo acerca de las oportunidades actuales para ministrar en la iglesia.** Dios puede haber puesto en el corazón de algunos de los miembros la idea de iniciar algún ministerio completamente nuevo. No apaguemos la llama del Espíritu limitando la variedad de los ministerios a aquellos que ya existen en la actualidad. A menudo los más efectivos y satisfactorios ministerios de la iglesia se encuentran en el futuro, y podrían ser diferentes de aquellos que la iglesia está implementando actualmente.

   Esto no significa que cada miembro debería comenzar un nuevo ministerio. Son pocos, y surgen muy de vez en cuando, los que tienen el don de iniciar nuevos ministerios. Pero la iglesia no debe tampoco desestimar la implementación de nuevos ministerios en su seno. Puede haber en la iglesia algunos miembros a quienes Dios ha bendecido para de esa manera ampliar significativamente el número de los ministerios, y a la vez hacer más valioso el ministerio individual del creyente.

7. **El entrevistador debería discutir con el laico la posible necesidad de recibir algún tipo de adiestramiento para así realizar un ministerio más efectivo.** El hecho de que a un individuo se le haya concedido un don, no significa que no necesite algún tipo de adiestramiento. Quizás podrían llevar a cabo su ministerio sin recibir instrucciones, pero su desempeño mejorará significativamente si se les proporcionan las instrucciones adecuadas. Esto es algo vital e indispensable en el caso de miembros que no tengan experiencia previa.

8. **El entrevistador o entrevistadora debe recordar que el propósito primordial de la entrevista es reconocer algunos pasos específicos que el miembro debe dar en los próximos meses, a fin de identificar su ministerio.** Deben fijarse fechas para completar cada etapa. Ya cerca del final de la entrevista el blanco debería ser llegar

a un acuerdo en cuanto a los pasos apropiados que deben darse. Estos puntos pueden ir desde solicitar al miembro que medite más acerca de la identificación de su don; matricularse en un programa de adiestramiento y estudio de la Biblia; visitar una reunión de Conquistadores durante el próximo mes; hasta cualquier otro paso específico. Cada entrevista de ubicación en el ministerio debería resultar en una serie completa de pasos, fechas, y responsabilidades delineados por escrito.

9. **Al proseguir la entrevista surgirán ministerios o funciones definidas, en los cuales el miembro querrá involucrarse.** Si se vislumbra la integración a un ministerio ya existente, el primer paso sería permitir al miembro observar dicho ministerio o función, sin que medie un compromiso, a lo menos por un mes. Eso ayudará al miembro a tomar una decisión, en un contexto donde no existen obligaciones, si tal ministerio es el apropiado para él o ella. Le ofrecerá además, una oportunidad para evaluar sus sentimientos en cuanto a dicho ministerio, así como para recibir retroalimentación de parte de los demás miembros del equipo respecto a su efectividad y a la habilidad para trabajar en equipo con ellos. Una vez concluido ese período experimental, es necesario que un miembro de la Comisión de Ministerios Laicos entreviste nuevamente al miembro, y evalúe lo sucedido.

## Después de la entrevista

Después de completada la entrevista, y de redactar una serie de expectativas, la persona encargada debe entregar al miembro una copia de los pasos a seguir, y guardar una copia en los archivos de la iglesia. El entrevistador o entrevistadora deberá dar seguimiento a la visita, asegurándose de implementar cada uno de los pasos consignados. Por ejemplo, si la persona cree que Dios la dotó para el ministerio de los niños, y piensa que el mejor lugar para usar sus dones en la iglesia es el Departamento de

Menores, entonces, uno de los primeros pasos que debe dar el entrevistador, es ponerse en contacto con el director de dicho departamento. Luego hará los arreglos para que el miembro permanezca, sin compromiso de ninguna de las partes, un mes en ese departamento. A su vez, el director o directora del departamento se pondrá en contacto con el miembro y hará arreglos para su integración al programa de actividades.

El paso que acabamos de mencionar es crucial para involucrarse en los ministerios. La responsabilidad de realizar estos contactos nunca deberá descansar sobre el miembro; de otra forma, no se lograría mucho. Cualquier contacto que necesite hacerse, de acuerdo a los pasos acordados con el miembro, debería hacerse dentro de la semana siguiente a la entrevista. Si el miembro no comienza a involucrarse poco después de ser entrevistado, será más difícil que lo haga después.

Si el creyente desea iniciar un nuevo ministerio que requiere financiamiento de parte de la iglesia, uno de los pasos sería presentar su plan a la Junta de la iglesia, o al Concilio de Ministerios, para su aprobación. La persona que representa la Comisión de Ministerios Laicos debe facilitar dicha presentación a la Junta.

El seguimiento de los procedimientos bosquejados en este capítulo es, quizá, uno de los pasos cruciales en el proceso de involucrar a cada miembro en un ministerio. No hacer esto es una de las razones principales para que los miembros se motiven y se entrenen, pero no se involucren en ningún ministerio.

Este proceso requerirá mucho tiempo y esfuerzo, pero la cantidad de laicos que se involucren mostrará que el esfuerzo valió la pena. A medida que la iglesia comienza su transición, el pastor podría llevar a cabo la mayoría de las entrevistas. El pastor sabio, sin embargo, involucrará a otros miembros en el proceso; adiestrándolos al mismo tiempo para que más adelante puedan realizar las entrevistas. Con el tiempo, este proceso requerirá menos atención pastoral. Recuérdese que el objetivo central de la iglesia que opera siguiendo este modelo es involucrar a los miembros en algún tipo de ministerio significativo.

Algunos pudieran pensar que a su iglesia no le será posible implementar este ministerio laico, a causa de todos los problemas internos que están afrontando. Sin embargo, el ministerio laico puede ser la mejor forma de resolver algunos de esos problemas. Como ha dicho alguien: "El mejor remedio para una iglesia enferma es ponerla a trabajar". Esto no significa que podemos ignorar todos los problemas, pero muchas de las pequeñas dificultades desaparecerán cuando la iglesia esté completamente ocupada.

El logro de la integración de los miembros al ministerio implica un cambio en las actitudes tanto del pastorado como del laicado; lo mismo que una reestructuración de la iglesia que ahora se cimentará en un ministerio, en vez de basarse en una tarea. Aunque esto parezca difícil, puede lograrse. Debe hacerlo. Y se logrará por la gracia de Dios.

Comencemos el proceso.



Capítulo 10

# Adiestramiento para el ministerio

DE ACUERDO CON LAS ESCRITURAS, la tarea primordial del pastor es adiestrar y capacitar a los miembros para que ejerzan sus ministerios. La mayor parte del tiempo del pastor debería dedicarse a ayudar a los miembros a descubrir un lugar en algún ministerio que esté en armonía con sus dones espirituales. Hemos discutido este proceso en el capítulo anterior. Sin embargo, el hecho de ubicar creyentes en diferentes ministerios no es una garantía de que serán competentes, aunque hayan sido plenamente dotados por el Espíritu. Si la gente ha de funcionar en forma efectiva en el ministerio, el adiestramiento es un componente vital que requerirá una atención pastoral significativa.

Un buen adiestramiento se puede reforzar utilizando descripciones apropiadas para cada ministerio. Muy a menudo la gente acepta una función o tarea en la iglesia, sin comprender plenamente las expectativas y las obligaciones que conlleva. Antes de ubicar a los creyentes en diferentes ministerios debe entregárseles una descripción claramente redactada de las actividades y obligaciones que demandan dichos ministerios, así como una explicación de la integración que se espera de ellos.

Esta descripción de trabajo debería incluir, no sólo las tareas requeridas en cada ministerio, sino también algunas de las habilidades y dones espirituales que se necesitan para realizar adecuadamente las funciones de dichos ministerios. Además, se deben incluir otros elementos, como el nombre de la persona ante quien el miembro es responsable; la persona con quien debe ponerse en contacto para apoyo y el tipo de adiestramiento que la iglesia recomienda para capacitar a la persona para desempeñar ese ministerio.

Si todos estos factores se formulan cuidadosamente antes de que el miembro acepte la asignación, se evitarán malos entendidos y el creyente se sentirá mucho más confiado en el servicio a su Señor. El área de entrenamiento es una de las que debe recibir adecuada atención, a fin de que los miembros de la iglesia puedan involucrarse en ministerios significativos.

Como alguien ha sugerido, la iglesia local es realmente como un "mini-seminario" del cual el pastor es el "decano". Siendo que una de las responsabilidades más importantes de la iglesia es servir como centro para adiestrar a los obreros cristianos, las necesidades de entrenamiento debieran tener prioridad en el presupuesto financiero, así como en la asignación del tiempo.

Hoy en día la mayor parte de los adiestramientos que se llevan a cabo en iglesias locales no son sistemáticos ni bien planificados; más bien se ofrecen porque alguien siente la carga de proveer adiestramiento en determinada área. No se visualiza ningún esfuerzo centralizado para habilitar a los miembros para el desempeño de sus ministerios. La Iglesia Adventista ha desarrollado magníficos recursos de adiestramiento en muchas áreas de la vida de la iglesia. Tristemente, la mayoría de las iglesias los usan muy raramente. Debido a que en muchos casos operan bajo dificultades financieras, la mayoría de las iglesias opta por no invertir en los recursos necesarios, o piensa que debería recibir gratis estos recursos. Sin embargo, cuando se ofrecen sin costo, pocas iglesias los obtienen, porque no existe un interés particular en ellos.

Si el adiestramiento es una de las funciones prioritarias de la Iglesia Adventista, entonces deberíamos asignar en el presupuesto de la iglesia local las partidas necesarias para adquirir los materiales de adiestramiento, así como apartar el tiempo de calidad suficiente en el calendario de la iglesia.

Algunas asociaciones, reconociendo lo limitado de los recursos que poseen ciertas iglesias, han optado por celebrar programas de adiestramiento más amplios, mediante los cuales se reúne a los miembros de varias congregaciones en un lugar central durante un fin de semana o un sábado, para que de esa manera reciban algún tipo de adiestramiento especializado. Esto es esencial y debe continuar; sin embargo, si la iglesia ha de ser en verdad un centro de adiestramiento, deben ofrecerse programas adicionales. Las reuniones que incluyen a todas o varias iglesias de una zona o distrito, deben ser contempladas como suplementos al programa de la iglesia local, no como sustitutos de él.

Pocos miembros de una iglesia local asistirán a un cursillo de adiestramiento de toda la Asociación. Muchas veces ni siquiera el mismo pastor asiste y no sabe qué tema se está presentando. Los asistentes a estos programas de adiestramiento regresan animados, entusiasmados, y listos para la acción. Sin embargo, los miembros que no asistieron no sienten la misma convicción. Algunas veces los miembros que asistieron encuentran oposición o se les ignora, y muy poco o casi nada ocurre. Algunas veces terminan desanimándose.

Puede ser que el centro de adiestramiento de la iglesia local sea pequeño; pero cierto tipo de entrenamiento debe llevarse a cabo sobre bases regulares en todas las iglesias adventistas del séptimo día locales. Algunas iglesias muy pequeñas quizá estén de acuerdo en combinarse con otras iglesias en la zona, para llevar a cabo un programa de adiestramiento distrital.

Debe recordarse que al establecer un centro de entrenamiento para el ministerio laico local no estamos hablando de programas de adiestramiento ofrecidos de manera ocasional. Más bien nos referimos a cursos

regulares, sistemáticos bien planificados; que servirán para adiestrar a los miembros de la iglesia con efectividad.

Parte de este adiestramiento será ofrecido en forma general. Los hermanos que estén involucrados en muchos diferentes tipos de ministerios podrán aprovechar tal adiestramiento. Otros, podrían ser más específicos, proveyendo instrucción personalizada para los ministerios especiales de la iglesia local. Cuando un miembro se incorpora a un ministerio en una iglesia donde funciona un centro de adiestramiento, se le proporcionará una lista de cursos que debiera tomar, de manera que esté mejor capacitado para el ministerio que ha seleccionado. La iglesia será responsable de asegurarse que tales cursos sean ofrecidos en el transcurso de un tiempo razonable. Algunos cursos pueden ofrecerse varias veces al año. Las iglesias más grandes quizás pueden ofrecer varios cursos al mismo tiempo, mientras que las más pequeñas probablemente ofrecerían un solo curso a la vez.

Proveer adiestramiento adecuado para todos los miembros de la iglesia integrados en el ministerio significa que hay consistencia en los diferentes ministerios aun cuando el personal cambie, porque el adiestramiento ofrecido a cada persona involucrada en dichos ministerios ha sido similar. La feligresía tendrá la oportunidad de desarrollar sus dones espirituales plenamente porque se le ha provisto un adiestramiento regular. Esto los habilitará para trasladarse a otros ministerios que requieran el uso de algunos de sus talentos menos desarrollados. Como la gente está cambiando de manera continua, deben desarrollarse nuevos ministerios y nuevos lugares para trabajar. Así, el adiestramiento necesitará estar siempre en marcha.

Cuando se provee el adiestramiento apropiado se envía el mensaje a todos los miembros de la iglesia diciendo que su ministerio es importante. De lo contrario, ¿por qué estaría dispuesta la iglesia a proveerles un buen adiestramiento? Por lo tanto, la pericia e ingenio de los miembros aumentan continuamente mientras se desempeñan en los diferentes ministerios.

Debe proveerse, de manera especial, un tipo de entrenamiento que acreciente el conocimiento, la visión y la misión de la iglesia. Como resultado, los miembros pronto descubrirán qué es lo que la iglesia considera importante. Más miembros captarán, no sólo la visión de la iglesia, sino que contribuirán activamente en aquello que la iglesia considera que es vital.

Cuando pensamos en entrenamiento, de manera casi automática nos viene a la mente el adiestramiento de los miembros de la iglesia; sin embargo, quizás necesitamos también considerar a esas actividades como un vehículo para crear puentes entre la comunidad y nuestra iglesia. Muchos de los cursos que se imparten en el centro de adiestramiento para ministerio laico local pueden ser de interés para los miembros de la comunidad. Por ejemplo, una iglesia podría dirigir un seminario de enriquecimiento matrimonial como parte del adiestramiento laico en el área del hogar. Tanto la gente de la comunidad como los miembros de la iglesia podrían beneficiarse de un curso tal.

Además de dirigir cursos que sirvan para adiestrar tanto a los miembros como a personas que no lo son, el centro de adiestramiento para el ministerio de los laicos de la iglesia local puede patrocinar clases preparadas especialmente para la gente de la comunidad. Por ejemplo, en una iglesia donde fui pastor, dictábamos cada semana tres o cuatro clases en noches específicas. Una de esas clases se había diseñado de tal forma que los miembros podían traer a sus amistades. En cierta ocasión ofrecimos una clase de mecánica automotriz, enseñada por un miembro de la iglesia que era instructor en el distrito escolar local. Otras veces ofrecimos clases de cerámica, u otro tipo de clases sencillas. Asistieron muchas personas que no eran miembros de la iglesia.

Muchos de los miembros de la comunidad que quizás asistieron inicialmente a una clase de primeros auxilios desarrollaron el hábito de asistir regularmente a estas reuniones. Y sabiendo que las demás clases se ofrecían la misma noche, se matriculaban después en otros cursos, como clases de cocina, o quizás un seminario del Apocalipsis. En ese

sentido fue posible hacer del adiestramiento para los laicos eventos evangelísticos.

Siendo que nuestra tarea primordial era tratar de que se desarrollara una relación entre los miembros y los que no eran miembros, la mayoría de los tópicos se preparaban para personas que no eran miembros, y no se consideraban como bíblicos. Las amistades son la principal razón por la cual la gente decide asistir a una iglesia. De allí que una iglesia que establezca un programa de adiestramiento encaminado a ayudar al mejoramiento de las relaciones con quienes no son miembros, está obrando sabiamente.

## Cómo organizar un centro de adiestramiento para los ministerios laicos

Una vez que la iglesia ha decidido operar un centro de adiestramiento para el ministerio laico local, debiera comenzar rápidamente a hacer planes para implementar dicho programa. Una de las primeras cosas que se deben considerar son las asignaturas. ¿Qué cursos enseñará la iglesia y cuándo? ¿Enseñará la iglesia varios cursos en una determinada noche una vez por semana, u ofrecerá solamente un curso a la vez?

Algunas de las clases que una iglesia debiera ofrecer son cursos destinados a mejorar las destrezas de los ministerios laicos, como el desempeño de los ujieres, cómo enseñar una clase de escuela sabática; adiestramiento para el puesto de anciano, diácono o diaconisa. El coro podría muy bien practicar esa misma noche como un grupo aparte. Cualquier función asumida por un laico en la iglesia local debe requerir, aunque sea en forma mínima, algún tipo de adiestramiento. Eso se podría proveer aquí.

Además de lo anterior, hay varios temas generales de adiestramiento que muchos miembros pueden aprovechar: clases de investigación bíblica para aumentar el conocimiento acerca de determinados libros, como Romanos, Gálatas, Daniel y Apocalipsis; o quizás algunas que incluyan un estudio general de la Biblia.

Otras clases podrían dirigirse al mejoramiento familiar y personal: la buena comunicación, expectativas para los nuevos miembros de iglesia, identificación de los dones espirituales.

Una parte vital de las asignaturas podría incluir cursos acerca de testificación y evangelismo. En esta sección se ofrecerían clases de evangelismo de la amistad, testificación, cómo dar estudios bíblicos, cómo lograr decisiones, conducción de seminarios, y otros tópicos similares.

Un cuarto grupo de asignaturas abarcaría temas de interés para la comunidad. En esta sección la iglesia ofrecería periódicamente clases que se dirigen especialmente a la comunidad. Es aquí donde encajarían muy bien las clases de mecánica automotriz, las de primeros auxilios, de prevención en contra de las drogas, contabilidad, y otras. Además, se podrían ofrecer clases acerca de temas bíblicos específicos, con el propósito de ayudar a la gente de la comunidad a acercarse a Cristo y a la iglesia. De esa manera, se programaría a lo menos una vez al año una clase o Seminario de Revelación Profética, o algún programa similar. Al interesarse la gente, podrían ser invitados a asistir a los grupos pequeños de la iglesia, donde podrían también comenzar a interactuar espiritualmente con los miembros.

La mayor barrera que enfrenta la mayoría de las iglesias para iniciar un programa de adiestramiento para los ministerios laicos es encontrar maestros calificados. Por esa razón, una iglesia pequeña debe comenzar con un programa reducido; quizás ofreciendo solamente una clase a la vez. Sin embargo, la iglesia no necesita limitar su selección de maestros a los miembros de la iglesia. Quizás el amigo de un miembro estaría dispuesto a enseñar una clase de reparación de autos. La colaboración de esta persona podría hasta ser un medio para conducirlo a Cristo.

Podría también invitarse a algún oficial de la Asociación que esté capacitado en determinada materia, para ofrecer alguna clase en forma periódica. Aun podría enseñarse una clase mediante videos, utilizando algunos de los excelentes cursos que actualmente están disponibles en diferentes organismos institucionales de la iglesia. Si la iglesia está com-

prometida con este proceso, encontrará la provisión adecuada de maestros que necesite para dichas clases. Si se requiere la colaboración de algún tipo de maestros, y ninguno está disponible en la congregación local, quizá la iglesia debe posponer la clase hasta que Dios envíe el instructor apropiado. Mientras tanto, los miembros deben orar con fervor para que Dios les envíe la persona correcta para enseñar la clase. La iglesia se maravillará de lo deseoso que está Dios de contestar esas oraciones.

Algunas iglesias han llevado este concepto de adiestramiento un poco más lejos, otorgando credenciales de ministros laicos a aquellos que han completado un nivel específico de instrucción. Esto no significa que dichos individuos no necesitan más adiestramiento, sino que han completado las clases requeridas y han demostrado la habilidad necesaria en su ministerio. Una vez cada seis meses, o una vez al año, la iglesia reconocerá públicamente, por medio de algún tipo de ceremonia, a aquellos que han completado los cursos correspondientes. Este reconocimiento público animará a otros a integrarse al programa de adiestramiento para el ministerio.

Cada iglesia tendrá que decidir respecto a cursos específicos y a normas uniformes de desempeño para los miembros que han de recibir sus credenciales. Muchas asociaciones han establecido ya esas normas mediante el programa de ministro bíblico laico. Aquellas personas que reciban su credencial deben haber completado un total específico de horas de adiestramiento, haber dado estudios bíblicos o en un ministerio similar, y haber ganado un alma para Cristo durante los doce meses anteriores. Lo que estamos sugiriendo aquí es que este proceso se implemente también en forma local.

Puede ser que algunas asociaciones deseen establecer una norma uniforme, y que las credenciales las otorgue la misma Asociación. Eso está bien, siempre que dichas credenciales sean reconocidas localmente, ya que esto motivará a otros a integrarse al programa de adiestramiento. No obstante, los entrenamientos serán más efectivos si se llevan a cabo localmente. De otra manera, solamente se creará un impacto limitado en la

iglesia local. Si todo este proceso ha de cambiar a la iglesia local, necesitamos un grupo nutrido de hermanos que sean conocedores, que hayan sido entrenados, y que estén utilizando en sus ministerios el adiestramiento recibido.

## Cómo comenzar

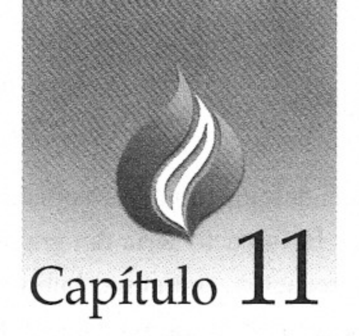
Quizá ustedes se estén preguntando: ¿Cómo podemos comenzar? Lo que hemos leído suena bien, pero, ¿podremos nosotros realmente llevar a cabo un programa así en nuestra pequeña iglesia? La respuesta es afirmativa, pero exigirá un decidido compromiso y una plena dedicación. Al leer estas páginas, debe ser obvio que estamos hablando de cambios mayores en la forma en que concebimos la iglesia. La iglesia ya no será un lugar adonde sólo acudimos el sábado por la mañana; llegará a ser más bien un componente vital en la experiencia de cada miembro. Si su iglesia no está entregada al revolucionario proyecto de convertir al laicado en la iglesia, ninguna cantidad de adiestramiento podrá realizar con éxito esta transformación. Pero si usted está dedicado totalmente a este nuevo estilo de iglesia, encontrará la manera de hacer que el proyecto sea exitoso.

Comience indagando acerca de otras iglesias que ya tienen un programa de adiestramiento laico. Descubra qué cosas han hecho bien, así como las que no funcionaron. Pregúnteles qué cosas harían de una manera diferente si comenzaran de nuevo. Recuerde que lo que funciona en una situación, no necesariamente funciona en otras circunstancias. No se recomienda copiar o imitar a otros, sino aprender de ellos.

Quizá su iglesia desee comenzar ofreciendo solamente uno o dos cursos y gradualmente añadir otros según se desarrolle el programa. Asegúrense de seleccionar los mejores maestros que se puedan encontrar; igualmente traten de ofrecer cursos de interés general al principio. Hagan planes para el éxito. Hagan publicidad acerca de sus cursos entre los miembros de la iglesia y en la comunidad, si es apropiado. Puede ser que

la comisión de ministerios laicos piense en otras actividades adicionales para ayudar en el proceso.

¡Adiestramiento laico! ¡Qué excitante aventura le espera a su iglesia local! Recuerde que todo comienza con una entrega y con el deseo de abandonar el estado actual de cosas. Estamos hablando de hacer que la iglesia regrese a sus raíces bíblicas, donde el laicado es la iglesia, y el pastor es el instructor del laicado. Esto significa nuevas funciones tanto para el pastor como para los laicos. Necesitamos ser condescendientes los unos con los otros en la transición al nuevo modelo. Con mucho amor y gracia, nuestras iglesias pueden cobrar vida, mediante la labor de un laicado inflamado con el fuego del Espíritu y de Cristo, y deseoso de compartir el evangelio eterno con todo el mundo. Entonces Jesús vendrá. ¡Que ese día llegue muy pronto!



Capítulo 11

# ¡Comencemos ahora!

ABRIR LAS PUERTAS DEL MINISTERIO AL LAICADO; pastores que adiestran en vez de pastorear; identificar dones espirituales; asignar a los hermanos a los ministerios; entrenar a los miembros... ¿Lo ha dejado todo esto intranquilo? Cálmese. No se pueden hacer muchas cosas a la vez. El sueño laodicense no ha sobrecogido a la Iglesia Adventista mediante un simple proceso de diez pasos. Por lo tanto, tampoco será fácil lograr un retorno al modelo bíblico. Puede ser que algunas iglesias necesiten un buen tiempo para deshacer el andamiaje que han ido montando en los últimos setenta y cinco años. Pero debe comenzar el proceso renovador bajo la conducción y dirección del Espíritu Santo.

Dicho proceso debe iniciarse acompañado de mucha oración, para que el Espíritu Santo dirija realmente a la iglesia hacia un reavivamiento de origen celestial. Este reavivamiento podrá capacitarla para que regrese al modelo tanto del Nuevo Testamento como del adventismo de los pioneros. Debe también prevalecer, de parte de la iglesia y de sus dirigentes, el sincero deseo de abrazar de nuevo la metodología bíblica, donde el laicado desempeñaba las labores ministeriales, en vez de que lo hicieran exclusivamente los pastores.

Para que no se malentienda lo que hemos expresado en páginas anteriores, deseamos enfatizar en forma categórica que en ninguna iglesia

debe el pastor cesar en el desempeño de su ministerio, esperando que los laicos tomen el control. El impacto sería tan grande que probablemente destruiría a dicha congregación. Así como hubo un gradual desvío del ideal, el retorno debe hacerse de la misma manera. Sin embargo, debe haber un coordinado esfuerzo para moverse en la dirección apropiada.

Siendo que el único cuidado pastoral que se recibe en muchas iglesias lo proporciona el pastor, si éste deja de ministrar, no se ofrecería nada. Si eso sucediera, los miembros de la iglesia no serían atendidos espiritualmente, y se le haría un daño irreparable al cuerpo de Cristo. Por tanto, es imperativo que el pastor continúe proporcionando el actual cuidado, hasta que un adecuado número de creyentes sea adiestrado.

Cuando los pastores laicos sean entrenados y capacitados para proveer el necesario cuidado pastoral, los pastores podrán reducir el tiempo que dedican a ese aspecto de su ministerio, y dedicarse a adiestrar a los miembros para otros ministerios. Al principio este proceso será lento, pero una vez que sea adiestrada la feligresía, el proceso se acelerará. En el nuevo modelo, al pastor nunca le faltarán tareas que realizar. Aunque esté haciendo cosas diferentes, se mantendrá completamente ocupado.

¿Cómo entrenará el pastor a determinados miembros para que puedan proveer cuidado pastoral al resto de la iglesia? En esta fase de transición, la iglesia debe ofrecer el adiestramiento que se ha mencionado en el capítulo anterior. Este entrenamiento formal, aunque es de vital importancia, no será suficiente para capacitar a los laicos para dicho ministerio. Debe haber también un programa de adiestramiento práctico en la iglesia. Cada vez que el pastor haga una visita, ya sea pastoral o evangelística, debe hacerse acompañar de un laico. Debe permitirle primeramente que observe, y luego el laico debe actuar, mientras el pastor observa.

Deberán intercambiar impresiones y hacer una evaluación después de cada visita, de manera que al compartir sus percepciones, el laico pueda desarrollar sus destrezas ministeriales. Después que el laico haya alcanzado cierto grado de pericia, el pastor puede enviarlo solo, mientras él queda disponible para consejos y ayuda. Después el laico puede hacerse

acompañar de otro hermano o hermana, para que se adiestre de la misma manera. El pastor también continuará adiestrando a otros hermanos. Ahora habrá dos que estarán recibiendo entrenamiento al mismo tiempo. Al incrementarse este proceso, crecerá el nivel de competencia; y se desarrollará un poderoso grupo de pastores laicos adiestrados para las tareas del ministerio. Esta práctica supervisada y la experiencia directa es el único método adecuado de adiestramiento.

Por demasiado tiempo la Iglesia Adventista ha dependido de talleres y cursillos de fin de semana para adiestrar a su feligresía. Éstas son técnicas excelentes, y deben continuar. Sin embargo, no puede descuidarse por más tiempo el adiestramiento combinado con la práctica. Los hermanos podrán aprender de los ministros, quienes les servirán de mentores. La razón por la cual este método no ha sido exitoso en el pasado es porque la mayoría de los mismos pastores nunca tuvieron mentores. Se les dijo lo que debían hacer, pero nunca se les enseñó cómo hacerlo. La educación pastoral del futuro debe enfocarse en la integración del conocimiento, y en el uso práctico de dicho conocimiento. Sólo cuando los pastores sean adiestrados de esa manera, aprenderán cómo entrenar a sus miembros en ministerios prácticos.

Sería ideal si la Iglesia Adventista pudiera volver a sus raíces: no habría pastores asignados a las iglesias. Se implementaría más bien el modelo del Tercer Mundo. Aunque esto puede ser ideal, debemos reconocer en forma realista que es algo que quizás no sucederá. Hemos ido muy lejos cuesta abajo. Dependemos demasiado de los pastores. No obstante, Dios no nos ha abandonado. Él puede encontrarnos donde estamos para guiarnos a un nuevo comienzo.

## La iglesia del futuro

Puede ser que las iglesias del siglo XXI sean de un tamaño más grande que las que tradicionalmente estamos acostumbramos a ver. Sin embargo, en cierto sentido, serán realmente más pequeñas, porque los

miembros serán ministrados como si estuvieran en una iglesia pequeña. Las actividades del pastor en esas iglesias serán diferentes de las que realizan los pastores de hoy día. El pastor empleará la mayor parte de su tiempo en dirigir al laicado en sus múltiples ministerios. El pastor se dedicará, no tanto a realizar funciones ministeriales, sino más bien a adiestrar y supervisar al laicado. De modo que, aun cuando el pastor sea asignado a una sola iglesia, su descripción de trabajo será muy diferente de lo que es en la actualidad, y estará más en armonía con el ideal bíblico.

La Iglesia Adventista del siglo XXI será más grande; sin embargo, en cierto sentido será más pequeña. La razón de esto es que la iglesia funcionará sobre la base de grupos pequeños, en vez de estar establecida en el modelo congregacional. La mayor parte de las actuales estructuras de la Iglesia Adventista se han delineado alrededor de un pastor que ministra a una congregación de entre veinticinco y mil miembros. En la iglesia del futuro el pastor supervisará a los líderes de grupos pequeños, quienes a su vez dirigirán grupos de diez a doce personas. Estos pastores laicos serán los proveedores de los cuidados pastorales primarios en la iglesia. El pastorado supervisará a los laicos, y éstos a su vez pastorearán a los miembros. La feligresía estará mejor atendida por los pastores laicos que por el pastor ordenado, sencillamente porque solamente tendrán de diez a doce personas en sus grupos. Se considera que el mayor número de miembros que un pastor ordenado puede atender adecuadamente es de alrededor de cincuenta personas. Y de hecho, la razón por la cual el sistema de cuidado pastoral falla tan a menudo, es porque la mayoría de los pastores tienen congregaciones de mucho más de cincuenta personas.

El aspecto primordial que ha de observarse en el programa de adiestramiento para la iglesia del futuro es capacitar a los líderes de los grupos pequeños. Estos pastores laicos a su vez adiestrarán a los miembros de sus grupos para que se cuiden y se atiendan unos a otros, así como para que evangelicen a sus amistades y vecinos. En el escenario de la iglesia del siglo XXI será imprescindible pertenecer a un grupo pequeño así como ahora es necesario asistir a la iglesia el sábado por la mañana. En

efecto, un adventista no será considerado como miembro fiel y en regla, a menos que esté involucrado en algún grupo pequeño.

La proliferación de grupos pequeños en el siglo XXI requerirá el adiestramiento de muchos pastores laicos para dirigir y cuidar de esos grupos. La gran variedad de ministerios que generan los grupos pequeños creará la necesidad de un programa de adiestramiento para el futuro. Quizá mientras discutíamos el tema del adiestramiento en el capítulo anterior, algunos se habrán preguntado qué harán todos los miembros de la iglesia. ¿Cuáles serán los nuevos ministerios en los cuales la gente estará involucrada? Los mismos estarán mayormente centrados en los grupos pequeños de la iglesia.

## ¿Por qué grupos pequeños?

El movimiento de los grupos pequeños está extendiéndose y está destinado a revolucionar totalmente la iglesia del futuro. No es una moda pasajera, es un retorno a nuestras raíces bíblicas y adventistas.

La iglesia primitiva no se reunía en grandes catedrales; en lugar de eso, los primeros creyentes se congregaban mayormente en los hogares. Las casas de adoración no se comenzaron a construir sino hasta varios siglos después de la muerte de los apóstoles. Debido a que los lugares de reunión de la iglesia primitiva eran los hogares de los creyentes, era necesario que estas primeras iglesias estuvieran conformadas por grupos pequeños. (Véase Rom. 16:5; 1 Cor. 16:19; Col. 4:15; File. 2.)

Es claro que la iglesia primitiva estuvo organizada sobre el principio de grupos pequeños, con un anciano laico como director de cada grupo. No existían los pastores tal como los conocemos hoy. El pastorado estaba constituido por los apóstoles y los misioneros, quienes iban a todas partes levantando nuevas iglesias y nombrando laicos como ancianos en las congregaciones para que cuidaran de los creyentes. Luego seguían a otros lugares para levantar otras nuevas iglesias. Al crecer la iglesia primitiva, y luego comenzar la decadencia, se inició la práctica de emplear

pastores para que atendieran a las iglesias, debido al aumento del número de miembros. Lo ideal hubiera sido que la iglesia formara nuevos grupos y continuara su crecimiento, en vez de emplear pastores. Una vez que los pastores se encargaron de las congregaciones, el nivel de atención disponible para el rebaño decayó dramáticamente.

La Iglesia Adventista en sus primeros años siguió muy de cerca el patrón del Nuevo Testamento. Aunque la mayoría de las primeras iglesias adventistas eran grupos pequeños encabezados por ancianos, pronto crecieron y llegaron a convertirse en grandes congregaciones. Sin embargo, tal como hemos visto, durante casi cincuenta años después de su organización, e incluso después que las iglesias crecieron, el adventismo no empleó pastores en lugares fijos. Los pastores evangelizaban, y las iglesias eran atendidas por ancianos laicos.

¿Cuán adecuado era el cuidado pastoral en aquellas primeras iglesias adventistas? Aunque no poseemos un registro concreto del cuidado que se ofrecía en ellas, fácilmente se puede asumir que era superior al que se ofrece hoy, porque el número de las apostasías era dramáticamente menor. ¿Cómo lo hacían?

Los primeros adventistas asistían a tres servicios básicos cada semana. Cada sábado se congregaba el cuerpo de creyentes, para alabar a Dios. Este podría ser el mismo servicio que hoy identificamos como el culto de adoración del sábado a las 11:00 de la mañana. Aquellos servicios les proporcionaban la convicción de que pertenecían a un cuerpo mayor de creyentes. Y aunque su iglesia fuera de regular tamaño, esta certeza se fortalecía mediante las actividades de los campamentos, donde los primeros adventistas se reunían anualmente junto a otros cientos y miles en una gran convocatoria de adoración. Necesitaban aquellos momentos especiales, sobre todo si pertenecían a una iglesia pequeña. Las grandes reuniones les ayudaban a convencerse de que ellos pertenecían a una organización que era mucho más grande que el pequeño grupo de su iglesia local. Y, aunque su iglesia fuera de un tamaño regular, esta convocatoria anual ayudaba a los miembros a sentir que eran parte de una gran organización.

Además del culto de adoración y las reuniones campestres, los primeros adventistas asistían cada semana a la escuela sabática. Esta actividad era reconocida como un período dedicado al estudio de la Palabra.

La escuela sabática ministraba y respondía a las necesidades intelectuales del creyente. Su énfasis primario era el desarrollo intelectual del cristiano. Las discusiones en la escuela sabática proporcionaban a la iglesia la orientación cognitiva que los adventistas necesitaban.

Sin embargo, los primeros adventistas no estaban satisfechos solamente con la adoración colectiva y con el estímulo espiritual proporcionado por la escuela sabática. Notaron que el adventismo debía estar preocupado no sólo por el desarrollo mental del creyente, sino también por su desarrollo emocional, o de carácter social. De hecho, consideraron que el desarrollo armonioso de nuestras facultades físicas, mentales, sociales y espirituales, es la esencia de la verdadera educación.

¿Cómo atendían al desarrollo social? Por medio de grupos pequeños. Es esencial, para comprender el crecimiento del joven movimiento adventista, entender el papel que desempeñaron los grupos pequeños.

Aunque la escuela sabática, como un grupo pequeño, atendía al desarrollo intelectual, había otras reuniones de grupos pequeños que satisfacían también sus necesidades de relacionarse socialmente. Los primeros adventistas las llamaron "reuniones sociales".

No todo el tiempo de aquellas reuniones sociales se empleaba en el estudio de la Biblia con el propósito de obtener información y conocimientos: la escuela sabática se encargaba de eso. De hecho, en ellas se estudiaba relativamente poco la Biblia. Al parecer, el propósito de aquellos grupos pequeños era ayudar a los miembros a crecer espiritualmente. Trataban, por lo tanto, de atender las necesidades relacionales de los miembros, y hacían que se sintieran responsables de su bienestar espiritual. Oraban, cantaban, e intercambiaban sus testimonios. Nótese como Elena de White describe las actividades de esas reuniones sociales celebradas por aquellos grupos pequeños de los primeros adventistas:

"Todos deben tener algo que decir en favor del Señor, porque al hacerlo serán bendecidos" (*Primeros escritos*, p. 114).

"No hemos de reunirnos para permanecer en silencio; los únicos recordados por el Señor son los que se congregan para hablar de la gloria y honra de él así como de su poder; sobre los tales descansará la bendición de Dios, y serán refrigerados" (*Primeros escritos*, p. 115).

"Algunos callan en la reunión porque no tienen nada nuevo que decir, y si hablan deben repetir la misma historia. Vi que esto se basa en el orgullo, que Dios y los ángeles escuchaban los testimonios de los santos y les agradaba y glorificaba que fuesen repetidos semanalmente" (*Primeros escritos*, p. 115).

"En todas las reuniones sociales se dieron muchos testimonios en cuanto a la paz, el consuelo y el gozo que los hermanos habían encontrado al recibir luz" (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 418).

Un examen rápido de estas citas de Elena de White revela que ella consideraba las reuniones sociales como un momento especial cuando el pueblo de Dios podía disfrutar de una mutua compañía. Nótese que no pasaban el tiempo discutiendo doctrinas, ni siquiera estudiando la Biblia.

La función primordial de las reuniones sociales era la edificación de las relaciones entre los creyentes. En un capítulo titulado "Reuniones sociales", Elena de White describe el propósito de esas reuniones:

"¿Cuál es el objeto que se tiene al reunirse? ¿Es para informar a Dios, instruirle, diciéndole en oración todo lo que sabemos? Nos reunimos para edificarnos unos a otros mediante el intercambio de pensamientos y sentimientos, para obtener fuerza, luz y valor al conocer mejor nuestras esperanzas y aspiraciones mutuas; y al elevar con fe nuestras oraciones fervientes y sentidas, recibimos refrigerio y vigor de la fuente de nuestra fuerza. Estas reuniones deben ser momentos muy preciosos y deben ser

hechas interesantes para todos los que tienen placer en las cosas religiosas" (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, p. 512).

De alguna manera, al crecer el adventismo, perdimos la costumbre de celebrar estas reuniones sociales. Retuvimos la adoración corporativa y las funciones de la escuela sabática, pero perdimos la edificación personal que puede encontrarse en las reuniones sociales de los grupos pequeños. Una vez más, hoy surge un poderoso movimiento en el adventismo para recuperar el énfasis en los grupos pequeños del adventismo original.

Sin embargo, algunos han entendido mal el propósito de los grupos pequeños, y los han convertido en reuniones de estudio de la Biblia, similar a la clase de escuela sabática. Cuando esto ocurre, el grupo pequeño no está cumpliendo el objetivo de suplir las necesidades relacionales que se satisfacían en las reuniones sociales del adventismo de los primeros años.

Parte de la genialidad del movimiento adventista ha sido la combinación de las facultades físicas, mentales, sociales o relacionales y espirituales. Es por eso que el buen funcionamiento de los grupos pequeños es un ingrediente tan necesario en la iglesia moderna que procura alcanzar a la persona total.

¿Por qué en este capítulo desviamos nuestra atención hacia los grupos pequeños? Precisamente porque la experiencia de los grupos pequeños necesitará del adiestramiento de muchos nuevos líderes en la iglesia. Estos grupos serán en esencia de un carácter relacional antes que cognitivos. Esto demandará el adiestramiento de un nuevo tipo de líder. La mayor parte de nuestro actual liderazgo sabe cómo dirigir grupos cognitivos, pero pocos han sido adiestrados en los conocimientos prácticos que son necesarios para grupos relacionales.

Los líderes de estos grupos deberán realmente convertirse en pastores asistentes para el cuidado del rebaño, ya que estos grupos de carácter relacional son el lugar donde la gente comparte con otros su experiencia

con Cristo, y donde los miembros y los recién llegados reciben afirmación y discipulado. Si la iglesia ha de retornar al plan que Dios diseñó para ella, donde el laicado en vez del pastor atiende al rebaño, entonces deberán utilizarse los grupos pequeños, tal como se hacía en los primeros años del adventismo. En aquellos tiempos, el laicado pastoreaba las iglesias, dejando a los predicadores libres para evangelizar y levantar nuevas congregaciones.

Al volver al modelo bíblico el pastor necesitará adiestrar a los líderes de sus grupos pequeños en la conducción de grupos relacionales y de cuidado pastoral. Al instruir así a los líderes, el pastor podrá asignarlos a un ministerio de mayor atención a la iglesia. El pastor necesitará reunirse con ellos al menos una vez por semana; así los miembros serán atendidos adecuadamente, y el pastor estará libre para adiestrar a otros y evangelizar.

Idealmente, el grupo pequeño es, además, el lugar perfecto para atraer a nuevos miembros. En mi experiencia he descubierto que raramente perdemos a un miembro que se ha unido a un grupo pequeño. ¿Por qué? Porque los "puentes" relacionales se han construido. La mayor parte de nuestra asimilación de nuevos miembros ha sido doctrinal, sin embargo, muy pocos abandonan la iglesia por causas doctrinales. La mayor razón para la pérdida de miembros es debido a las relaciones interpersonales. Los grupos pequeños que estén dedicados a fortalecer dichas relaciones podrían sernos de gran ayuda para resistir la marea de apostasía que afrontamos. Debe involucrarse a la gente en un grupo pequeño incluso antes de que se unan formalmente a la iglesia, de manera que se construyan vínculos de relaciones interpersonales desde el principio.

## Resumen de todo lo dicho

En suma, una iglesia que desee encender de nuevo la llama del adventismo de los primeros años debe tratar de poner en práctica tantos de los siguientes pasos como le sea posible:

- Dedicar tiempo para orar por el Espíritu Santo y por un reavivamiento de la piedad primitiva en la iglesia.
- Redescubrir el papel del laicado como ejecutante de los ministerios de la iglesia.
- Comisionar de nuevo al pastor como instructor de los laicos de la iglesia. Ésta se convierte en la principal responsabilidad del pastor.
- Identificar los dones espirituales de los miembros.
- Ubicar a los miembros en ministerios que estén en armonía con sus dones espirituales.
- Establecer un programa de adiestramiento continuo en la iglesia. Uno que les ayude a adquirir las destrezas necesarias para desempeñar los diversos ministerios.
- Implementar un programa de adiestramiento práctico para suplir la falta de entrenamiento formal.
- Un sistema de grupos pequeños para suplir las necesidades relacionales de los miembros.

El adventismo que está recién entrando al siglo XXI se ha alejado de sus orígenes. Nos preocupamos por el gran estancamiento de la iglesia hoy. Quizá necesitamos volver a nuestras raíces. Este regreso abarca tres áreas principales:

1. **Restablece el ministerio del laicado.**
2. **Reeducación de los pastores para que sean entrenadores en vez de ejecutores.**
3. **Establecimiento de grupos pequeños relacionales para la mejor atención de los miembros.**

Cuando estas tres cosas ocurran, la iglesia será nuevamente un lugar donde la gente podrá compartir gozosamente su vida en Cristo. Como resultado, el adventismo podrá una vez más mover al mundo en preparación para el regreso de nuestro Señor.

**¡Comencemos ahora!**